

F
2307
.2
N92

U.C. BERKELEY LIBRARY

UC-NRLF



B 3 630 988

NUNEZ DE CACERES



~~BANCROFT~~
~~LIBRARY~~



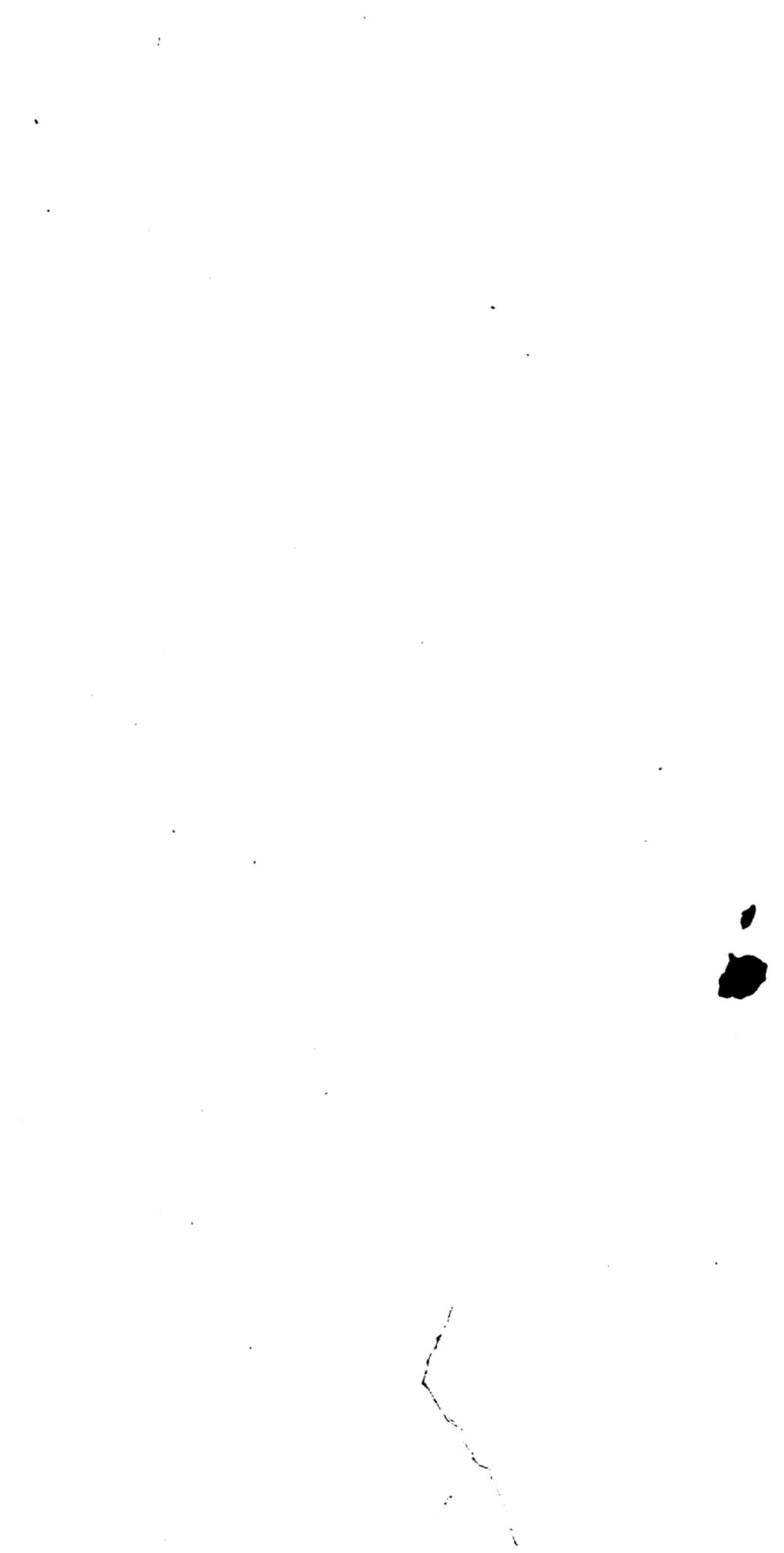
THE LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY
OF CALIFORNIA

Theo H. Crook Collection

Bancroft Library
University of California
WITHDRAWN

BROS., INC.
Manufacturers
Syracuse, N. Y.
Stockton, Calif.





LOS NUEVOS
PETRARCA Y LAURA

6

SONETOS ALEGORICOS A PETRONA

POR

JOSÉ NÚÑEZ DE CÁCERES.



CARACAS

Imprenta de "El Republicano."

1894

1/1
2

Geography



LOS NUEVOS PETRARCA Y LAURA

6

SONETOS ALEGÓRICOS Á PETRONA

LIBRO I.

PROLOGO

Si el vulgo á preguntarme se apresura
Quién sea la simbólica matrona
Que, Petra en Petronila, ó en Petrona,
A nada descendió de tánta altura,

Tendré que responderle, si me apura,
Que puede, al desatar en nuestra zona
Las fajas, descubrir en su persona
La clara Trinidad de mi criatura.

Y si en preguntas sigue hacia adelante
Buscando entre lo oscuro el claro nombre
Del que á las tres soporta ambiguo Atlante,

Le advertiré también que no se asombre,
Si sabe que el autor no es el amante,
Sino el que siendo el Dios ya no es ni el hombre.

Petrona es una triple alegoría,
Tan clara como tres y dos son ocho :
Un chaleco de mangas, que por mocho
Briareo con cien brazos se ponía.

El sordo que no escuche la armonía
De cuentas y chalecos que le abrocho,
No juegue el *pico-pico* ni el bizcocho
Esconda, si no sabe quien lo guía.

Petra en Petrona ó Petronila vuela
Ya en pico, no en las alas, de otro amante.
Quien al *cojo sentado* en Venezuela

No sabe descubrir en un instante,
Es ciego que no escucha la candela
O un sordo que no mira el consonante.

Cualquier lector que mis sonetos lea,
Es justo que de nada se alborote
Luego que en todo del Amadis note
Y de su Oriana, la beldad tan fea.

Confuso ha de quedar quien quier que vea
En Petra y en su amante un masacote,
De Marte transformado en mal Quijote,
Y á Venus en maligna Dulcinea.

Pero el lector que á comprender no alcanza
El juicio de Cervantes en su loco,
Su dama y su escudero Sancho Panza,

En Petra y en su amante nada ó poco
Habrá de comprender, y en mala andanza
Írá de extremo á extremo, y nunca al foco.

SONETOS

Cante Homero de Aquiles y su saña,
Cante Virgilio del varón piadoso;
Cante Alonzo de Ercilla el belicoso
Campo de Arauco y el valor de España.

Que desde el tiempo de María Castaña
Hasta este siglo ilustre y vaporoso,
Que canten, cual de Rodas, al Coloso
Que ni al gigante ni al enano engaña.

•Que yo en lugar del estupendo estrago
Que trajo á Ilion en su furor Belona;
Y en vez de Roma y Grecia y de Cartago,

Trocando por la pluma la tizona,
Y por el dulce amor el odio aciago,
Con arpas de oro cantaré á Petrona.

Siga el frigio pastor á su divina
Tindárida en fatal concubinato,
Y cause su adulterio y arrebató
A Ilion soberbia dolorosa ruina.

Siga Orlando á su Angélica heroína,
Abelardo á Eloísa en su curato,
Y siga cada Claudio de insensato
Su frente sometiendo á Mesalina.

Que allá siga Calixto á Melibea,
Reinaldo á la beldad que á Uriel destrona,
Aquí Licio infeliz á Galatea,

Y Jove á su Saturnia ó á Latona,
Que yo, diosa, mujer ó lo que sea,
Seguir quiero de cola tras Petrona.

Pinta un cielo de estrellas tachonado,
Aurora ó alba de pomposo día ;
Dibuja una divina fantasía
En regio Olimpo ó en firmamento alzado.

Pinta un cielo sin sol, pero alumbrado
Teniendo por incendio en demasía
Dos ojos, por dos soles de alegría
Que al rey del resplandor han apagado.

Dibuja un encontrado paraíso,
Y en medio, aun más perfecta en su persona,
A Eva, con el bien del mal aviso

Que la serpiente á la mujer pregona,
Y si eres hombre de intelecto liso
Verás que es algo así como Petrona.

No sigas claro sol tus aureos ramos,
En nuestras vastas tierras esparciendo,
Ni sigas las antorchas encendiendo
Con que al oscurecer nos alumbramos,

Que ya de luz más linda nos hallamos,
Mil gracias á Petrona, dependiendo ;
Por tanto, de la tuya no teniendo
Mayor necesidad, gracias te damos ;

Mas si ella alguna vez nos abandona,
Muriendo, y por lo tanto, de sus luces
Queda la tierra, de esplendor pelona,

Y á ser su suple falta te reduces,
Entonces, en reemplazo de Petrona
Volverás á traer las que conduces.

Es tánta de Petrona la belleza,
Y tánta su hermosura peregrina,
Que en donde la de Venus se termina
La sobrehumana de su carne empieza.

Al verla de los piés á la cabeza,
Si el arte con su ciencia la examina,
Encontrará con zaucos la divina
Y enana ante su estética grandeza.

Mas como la mujer es de la humana
Fatal imperfección un testimonio,
No siendo de la estirpe soberana

Que tiene entre las diosas patrimonio,
Bajó del cielo para ser tirana
Del mundo, de la carne y del demonio.

Petrona, con perdón de la Escritura,
Tiene un pelo que todos los Sansones,
Apolos, Ganimedes y Absalones
No pueden igualar en espesura.

Tan grande, tan espesa es la hermosura,
Y tal la longitud de sus mechones,
Que pasan más allá de los talones
Y arrastran por el suelo la basura.

Por tanto no hay razón de que admirado
Se quede allá en el cielo ó en la tierra
El ente á quien tal cola haya arrastrado.

O asido como el pez en el anzuelo,
Ó como á mí, que por su cola atado
Voy siempre coliarrastras por el suelo.

Tuvo una Helena sin rival la Grecia,
El Asia una Semíramis famosa,
Egipto una Cleopatra portentosa,
Y la soberbia Roma una Lucrecia.

La Francia á Juana de Arc que justiprecia.
El mundo una mujer maravillosa,
España una Isabel grande y gloriosa,
Y Ebron una Judit más fuerte y recia;

En fin, todos los pueblos han tenido
Mujeres que la historia nos menciona,
Cual símbolos del sexo engrandecido ;

Pero á quien más le cuadra la corona
Entre las hembras que en el mundo han sido,
Que son, y que serán, es á Petrona.

44301188
3000 E —————
44385 44

Es bello el resplandor de la alma aurora
Circuida de claveles en Oriente,
Y bello es el titán resplandeciente
Que rasga el áureo manto á la señora.

Amable es la presencia encantadora
De la argentada luna, cuando siente
El alma enagenada suavemente
La voz de la pasión que la enamora.

Cuán bellas del pensil brillan las flores
Y del etéreo campo las estrellas,
Y el mar, y el horizonte, y sus fulgores !

Mas de Petrona hasta las simples huellas
Que dejan de sus plantas los primores,
Son más que cielo, y tierra, y luces bellas.

Herejes! no beséis santo bendito,
Sagrada imagen, ni reliquia santa,
Ni de la santa Virgen falda ó manta
Con vuestro labio impúdico y maldito !

Que á vuestro insano beso lance el grito
Airada la virtud, y con su planta
Os eche al hondo abismo donde espanta
El diablo á quien comete ese delito.

A vuestros labios el besar no toca
Lo santo, lo bendito y alabado !
Sabed que á la razón indigna y choca

Lo bello, y lo sin par ver profanado :
Sobre todo al saber que con su boca
Antes Petrona las había besado.

Todo el poder de la soberbia Roma,
De Nínive y Cartago, y no tan sólo
La *hectorea vis* que la ciudad de Apolo
A Europa y Asia desplegó en su toma,

Sino también la del vapor que asoma
Del siglo diez y nueve el protocolo,
Y todo ese atractivo que el Pactolo
Opone al Paraíso de Mahoma.

Toda esa inmensidad es un comino,
Bambolla que en poder no vale nada
En parangón con el poder divino;

Con esa fuerza mística encantada
Que cual celeste fuego en torbellino
Revienta de Petrona en la mirada.

Admiro de los astros el portento,
La aurora y el crepúsculo radiante,
La tierra y su esmeralda, el mar tonante
Y el secreto inmortal del firmamento ;

Admiro con profundo sentimiento
Cuanto admiran el sabio, el ignorante,
Y que viene admirando hacia adelante
Sin acabar atrás, el pensamiento ;

Mas lo que admiro aun más como bonito
Y grande en el humano ramillete
Que creó el divino artífice infinito,

Allá en su inescrutable gabinete,
Es ese graciosísimo holluelito
Que tiene Petronila en el cachete.

Atónita la tierra silenciosa
Ante Alejandro se postró rendida,
Y póstrase la Aurora á la venida
De Febo ante quien huye vagarosa.

Uriel en su carrera luminosa
Al mando de Josué prensó la brida,
Por darle en Gabaon tiempo y cabida
Al triunfo de su hueste poderosa.

Se inclina el huracán al viejo Eolo ;
El Ponto concitado ante Neptuno ;
Cual Rengo y Tucapelo á Colocolo ;

Ante Cintio el Piton fiero importuno ;
Mas, de los dioses y deidades, sólo
Petrona no se inclina ante ninguno.

Cuando con verso, aunque en estilo llano,
Retrato de Petrona la belleza,
A quien le concedió naturaleza
Tener alma divina en cuerpo humano,

Me vienen los colores á la mano
Con tanta profusión y lijereza,
Que pierdo al escojerlos la cabeza,
Y gasto inútilmente lo que gano.

De nuevo doy principio á mi pintura ;
Esquivo lo invocado y me equivoco,
Tomando por prudencia mi locura.

El juicio, en el juzgar, me vuelve loco,
Y al ver tanta abundancia de hermosura,
Todo me falta y me parece poco.

Justamente los ojos de Petrona
Valer pueden, al peso, mil reinados:
Su boca de corales encarnados,
De reina universal, una corona.

Y, cual de Michelena la amazona,
Del seno esos claveles matizados
Serían en su cuadro dibujados,
De su pincel la maravilla nona.

De modo que, al sacar justa la cuenta,
Pesando en oro puro tantos dones,
No entrando en este cálculo la renta,

Porque esta es propiedad de los ladrones,
Vale mi Petra, si se pone en venta,
Tres mil trescientos treinta y tres billones.

He dibujado de Petrona el diente
Etcétera . . . y demás ; me falta ahora,
Entre otras partes, la divina aurora
Que vá tras de los soles de su frente.

Mas, ¿ cómo proseguir si neciamente
Pude olvidar que la mejor pintora,
Es esa misma hermana que colora
Su faz con los matices del Oriente ?

Tienen verso catorce los sonetos,
Y en sólo disculpar mi tontería,
Sin éste van gastados dos cuartetos.

Así, yo dejaré para otro día
La obra de cumplir con los tercetos,
De Petra el almacén y mercancía.

No piensen que Petrona es sólo diosa
Ni diva, ni deidad que en raudó vuelo
Bajó á la tierra desde el alto cielo
Para ser en persona, primer cosa.

No crean que es clavel, jazmín ni rosa
De Edén ó Paraíso de otro suelo;
Ni Venus que desnuda, ó con el velo,
Nació de las espumas tan hermosa.

No juzguen que es la virgen encarnada,
Ni es Eva por el hombre seducida,
Aunque fué para amar por Dios creada.

Petrona es cantidad desconocida,
Sui generis: del género de nada,
Y á todo lo infinito reducida.

El fruto del amor que he concebido,
A tí, dulce Petrona, pertenece:
Tú sola eres el dueño á que obedece,
Siendo la madre de quien es nacido.

Como hijo de su madre, agradecido
La flor de quien nació, tierno, te ofrece;
Porque si vive, desarrolla y crece,
Es obra del abono recibido.

Ninguna madre, y con razón, desecha
Del árbol que ha sembrado ópimo fruto,
Y menos si madura al punto y fecha.

Y como su semilla es un tributo
Que rinde la abundancia á la cosecha,
Júntala al cabo cual materia en bruto.

Tiene Petrona un talismán tan bueno,
Que á su sabor, como al olor del guiso,
Se pone pelo-arriba aunque sea liso
El calvo más pelón, casto ó obsceno.

La fuerza principal de su veneno,
Cual pelo de Sansón, está en el viso
Que oculto se mantiene porque quiso
Siempre el misterio mantenerlo ajeno.

De Angélica el anillo milagroso
No tuvo más virtud ni poderío,
Ni daba de Rugero el luminoso

Escudo más tremendo regadío,
Porque este talismán es tan fogoso
Que de tanto quemar, me tiene frío.

La boca de Petrona es tan pequeña
Que no cabe por ella ni una araña:
Es una rosa que al clavel engaña
Y á los jazmínes á reír enseña.

Tan grande pequeñez es pedigüeña
De besos mil con intención tamaña;
Porque es más peligrosa en lo que daña
Que si callera en Boquerón la peña.

Ni el tigre, ni el caimán, ni la serpiente,
Ni hidrófobos endriagos y dragones,
Más daños ocasionan al paciente.

Ni son más de temer sus boquerones,
Que esta boquita cuando pela el diente
Y muerde, al sonreír los corazones.

De Cintio los flamígeros laureles
No sirven de alfombrados á Petrona,
Que tampoco le sirve de poltrona
El carro de la Aurora y sus corceles.

De Tempe nemoroso los claveles
Y yedras trepadoras de Dodona,
Con que la frente el trovador corona,
A Petra no le cuadran de oropeles.

¿Qué, pues, encontraremos que á Petrica.
La pueda convenir, pues todo es poco?
En vano mi pincel se mortifica,

No hallando que elegir, y cuando invoco
El arte al escojer, nada me explica,
No encuentra que decir. . . . ni yo tampoco.

Privado estuvo el cielo de luz pura,
A tientas anduvieron las estrellas,
A gatas las filantes, y como éllas
La aurora de bastón, tentaba oscura.

El relámpago claro aunque no dura,
Por no buscarle al sol fuego y querellas,
Negras dejaba por detrás las huellas
Y por delante sólo ciega altura.

Mas luego que Petrona al mundo vino
Nuevas luces al orbe iluminaron
Con otro resplandor, aun más divino;

Pues sol, luna y estrellas, encontraron
De Petra por el *fiat*, un camino
Do el *fiat* de otras luces olvidaron.

Robe el ladrón y mate el asesino,
De hambre muera el huérfano y la viuda,
Perezcan las virtudes con que suda
El sabio (ó el honrado) en su camino.

Que el crimen se proclame ángel divino,
Ante Gabina la justicia muda
Inclínese, y Locusta horrenda y cruda
Premios alcance del tirano indino.

Sea el vicio en el trono proclamado
Monarca de su pueblo inverecundo;
Y sea de lombrices adorado

El lívido gusano en cieno inmundo,
Que yo de Petra adorador al lado
Odio con élla lo que adora el mundo.

Sobre la excelsa nemorosa falda
Que nombra nuestro pueblo por costumbre
“Del Ávila eminente regia cumbre,”
Altiva con su espléndida esmeralda,

Ciñendo una tras otra la guirnalda,
Llenos los ojos de celeste lumbré:
De espíritu, belleza y mansedumbre,
Y suelto el velo en la turgente espalda,

Bajaron Acidalia, Flora y Ceres,
Y desde aquella regia, alta corona
Buscaron con amor entre los séres

De su ardorosa y predilecta zona,
Cuál era la mejor de las mujeres,
Y hallaron que sin duda era Petrona..

Bien mala puede ser esta pelota,
Esta esfera de glóbulo rotundo
Pues siendo un adúlante, pues es mundo,
Lisonjero del sol, marcha en derrota.

Bien puede no valer media bellota
Y ser un seis por ocho inverecundo
De cuanta peste ó de contagio inmundo.
Á su habitante humanidad azota.

Mas, sólo recordar nos bastaría
Que en un opuesto punto de su anverso
Lo grande de Petrona lo atavía ;

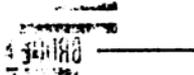
Que entonces, aún lo malo del reverso,
Pudiera convencer, que en la alta vía
Es el mundo mejor del universo.

Grabado está en mis ojos tu retrato,
Tan grande es el artístico deseo
Con que la niña de los tuyos veo,
Y en ellos me extasío á cada rato.

No ve más claro el ratoncillo al gato
Que apresarlo en lo oscuro es su deseo,
Cual yo te miro y como verte creo
Perdido entre tus ojos de arrebató.

Así, cuando te miro, bien querría
Los ojos arraucarme con la mano,
Pues de este modo contemplar podría

En ellos ese rostro sobrehumano,
Y besando mis ojos te daría
En los tuyos un beso más cercano.



Primero el sol se volverá *pan de horno*,
La luna miel de amor ó pan de trigo,
Y primero de Dios será enemigo
Aquél profeta que salvó en el horno;

Primero la verdad en su trastorno
Hará de la razón falso testigo,
El diablo *al nuestro* arrastrará consigo,
Y al santo la virtud dará bochorno;

Y primero la már irá á los ríos,
Irá la calma á rechazar al viento,
El Etna y el Vesubio darán fríos,

Ó cubrirá la tierra al firmamento,
Antes que Petra y los amores míos
En este corazón dejen su asiento.



Cantó de Aquiles el argivo ciego,
Publio Virgilio del varón honrado,
Que huyendo se escapó del decantado
Escándalo de Ilion á sangre y fuego.

Cervantes escribió de su Manchego,
Ariosto de su Orlando enamorado,
Ercilla de su Arauco levantado,
Torcuato Tasso, de Bouillón . . . y luego

Otros bardos ciñeron sus copetes
Con lauros y ganaron su mochila
De elogios á poéticos juguetes

De brujas y hechiceros, . . . ó Sibila
De oráculos y embustes . . . Qué zoquetes !
En vez de celebrar á Petronila !

Si para conquistarte es requisito
Cortarme, dulce Petra, la garganta,
Sabrás que por tu amor nada me espanta,
Y en prueba, si lo mandas me la quito,

De cabeza y pensar no necesito.
¿ Qué vale mi pescuezo para tanta
Largueza de pasión que se levanta
Del límite mundano al infinito ?

Aquí me tienes ya ! . . . me daré prisa
Á cortármela toda, y sólo aguardo
Que ordene la cortada en toda guisa

Que yo en obedecer no seré tardo,
Aunque quedes, Petrona, de Eloísa,
Y yo, por dicho corte, de Abelardo.

Es tu boca un Edén que halló el infierno
Cual perdido clavel entre una rosa ;
Un dulce purgatorio en que ardorosa
El alma se acrisola en fuego eterno.

Un cielo con las llamas del Averno,
Á cuyo alrededor hira afanosa
De mi negra pasión la mariposa
Ansiando consumirse en dolo tierno.

Pero hay en los Edenes de tu talle,
No los quiero nombrar porque es preciso
Sus nombres descubrir ó que los calle,

Dos árboles con frutos, sin permiso
De goces al Adán cuando los halle,
Pues son la perdición del Paraíso.

Es mi amor una dulce frutería
Angélica ilusión, mágico ensueño,
Rocío celestial, aéreo beleño,
Un eco de seráfica armonía.

Es el néctar del alma, es la ambrosía
Que nutre el corazón, es el ensueño
Que entre los brazos del hermoso dueña
Nos lleva á imaginaria lejanía.

Es un canto, un susurro de ventura
Un niño que columpia allá en los cielos
Un angel con endechas de ternura.

Blanca paloma que se aleja en vuelo
Un perro cuya rabia y mordeduras
Sólo se sanan con sus propios pelos.

Es amor candidato de difunto
Que nunca, cuando muere, resucita,
Que cuando vive, hasta la muerte quita ;
Mas, pone, cuando muere, al coma, punto.

De cerca, ó en distancia, acerca junto
Con otro un corazón ; y cuando grita
El uno al otro, respondiendo, imita
El eco de dos almas en conjunto.

Es un tierno laud dulce y sonoro
Acorde á los acentos de una lira,
Y cuando el uno se desata en lloro,
La otra llorando de dolor suspira,
Y si éste al resonar, dice : te adoro.
Responde élla con risas : es mentira.

Yo no muero, Petrona, aunque me mates,
Contigo he de vivir aunque me muera,
Y viviré por tí. quiera ó no quiera
El potro de tormento donde me ates.

Por más que mis entrañas desbarates,
Muerto ó viviendo, de cualquier manera,
Con vida he de existir, y duradera
Aun cuando hacia la muerte me arrebatas.

Si mandas que me muera, te aseguro
Que muerto, de la tumba resucito
Porque á la muerte anteponiendo un muro,

Detrás con vida, aunque me mates, grito
Jurándote mi amor: porque en lo oscuro
Repetiré á la luz lo que repito.

Hay sólo una deidad encantadora,
Un sol que alumbra al universo entero;
Que es por las tardes matinal lucero
Y en las mañanas vespertina aurora.

Hay una flor que con delicia adora
El ángel del Edén, un hechicero
Clavel del sacro huerto en un florero,
Que al dios de los jardines enamora.

Hay una, entre doncellas, inocente,
Que aspira, por lo virgen, á matrona
Del que empezó patrón sin ser pariente,

De la que sin *haber* tuvo persona.
Pues bien, si no hay quien diga de repente,
Diré que en tanto haber sólo hay Petrona.

Aunque Horacio con todos sus quilates
Nos diga con un tono sentencioso,
Que morir por la patria es delicioso,
Paréceme del juicio disparates.

Morir por Grecia y Roma en sus combates.
Ó por rascarle sarna al ambicioso
Que acaso entre los perros es sarnoso :
Que Horacio me dispense . . . son dislates.

Si *Flaco* hubiera dicho que en la cama
Decoro es el morirse con *Petrona*,
Ya eso es otro cantar ! eso se llama

Morirse antes que venga la pelona,
Y al que es ya caballero sobre dama
Esfuerzo dá á su brazo . . . á su tizona.

Hay un amor en la terrestre vida
Que emula en sus deleites al del cielo:
Imagen de los ángeles con velo,
Ó máscara de un dios al velo unida.

Figura de una cara parecida
Á esas fases que arrostran en el suelo
Sus ráfagas, nutriendo con su celo
La antorcha del placer que han encendido.

Ese amor es un lábaro celeste
En que triunfa el amante y se corona,
Si vence del desdén la débil hueste:

Un amor que jamás nos abandona,
Porque cunde en el alma cual la peste
Que causa ese contagio de *Petrona*.

Con hambre pero lleno de ilusiones
Llegué á mi pobre albergue, enriquecido.
De dorados ensueños, mas venido
Morfeo, con camisa y pantalones,

Tendíme sobre el catre, sin colchones,
Y como soy cristiano y he temido
Tánto á Dios como al diablo, adormecido.
Me incorporé á rezar mis oraciones:

Iba ya á comenzar el *alabado*
O bendito, con salve á la matrona,
Á que estoy desde niño acostumbrado,

Quando dije, cambiando de persona,
Absorto, distraído y trasnochado :
Bendita y alabada sea Petrona.

No cuentes, Petronila, con riqueza,
Que pobre he de morir en esta vida,
Ni cuentes con vestuarios ni comida,
Y, como pobre soy, ni con belleza.

No cuentes con que pierda la cabeza
Ganando á otra mujer, ó que perdida
La esponga por jugar otra partida
Como la juego en tí con mi pobreza.

Mas cuenta, y con apuesta te lo juro,
Ya que ésto hace el tahir de la existencia,
Con un amor de sobra porque es puro.

Serás rica conmigo, en la indigencia,
Pues quando estés por hambre en gran apuro,
Comerás de este amor, y ten paciencia.

Si acaso por capricho, ó por exceso
De aquella femenina extravagancia,
Que come á la mujer desde la infancia,
Hasta que tiene carcomido el hueso ;

Si por la fuerza ó la virtud del peso
Que tiene en los amores la constancia,
En pago de la mía, ó por ganancia,
Petra, me dieras, sin contarlo, un beso ;

No sé qué caso extraño causaría
Tal cosa en lo interior de mi persona;
Pues sólo de pensarlo, el alma mía

Tal mundo de demonios amontona,
Que siento esa humedad que sentiría
Si ardiese entre tu llama, ¡oh fría Petrona!

Si á la humana cabeza femenina
Bajo una aureola de celajes llena,
Pusiere algún piutor áurea melena
De Venus en el bosque peregrina.

Si de Aurora á la frente alabastrina
Añade ojos con luz pura y serena,
Y bajo la nariz de una sirena
Los labios de Tindárida divina.

Llamados á adorar este portento
Que diera á Michelena otra Amazona,
¿ No dirías, Pisones, al momento,

Que si el mónstruo de Horacio os lo perdona,
Al contrario de aquél es el aumento
De Venus mejorada en mi Petrona ?

Sirva el cielo de tela á tu retrato,
Y una aureola boreal dé los colores,
El sol, luna y estrella, los fulgores,
Y todo el firmamento su aparato.

Den del cielo las reinas el ornato,
Cual divinas modistas en primores,
Que Vertuno y Pomona den sus flores
Y esencias las deidades del olfato.

Que quiero con celestes elementos
Y con las maravillas terrenales
Pintar de Petronila esos portentos

Que son con sus bellezas celestiales
Del cielo y de la tierra monumentos
Y glorias de heroínas infernales.

Por qué, Petra, al nacer no te moriste,
Ya que ciegos te miran y desean
Estos ojos que obligas á que vean
A esos tuyos de sol con que naciste,

Siendo alados Morfeos no quisiste,
Los Argos arrullar que les rodean,
Y mandas á los míos que no sean
Intérpretes del sueño que les diste.

Si pues á los que están ante tu vista
Mandas velar aunque se vayan de ojos,
Y ordenas imponer en tu conquista

Al triste vigilar duros cerrojos,
Encárgale siquiera á un oculista
A los tuyos poner un par de anteojos.

Sólo es grande en verdad un Dios eterno,
Y grande es la verdad de su grandeza,
Grandes son la mujer y su belleza,
Si no es ángel caído en el infierno.

Es grande, es infinito, es sempiterno
Más grande que lo bajo en la pobreza,
Más alto que lo enorme de la alteza,
Es el robo en aduana sin gobierno.

Son grandes el espacio, el infinito,
El principio y el fin de lo creado,
Y de esa eternidad es grande el grito;

Más sobre todo grande y agrandado,
Más que todo lo inmenso, es lo chiquito
De todo, con Petrona comparado.

Tan viva es esta llama que devora,
Y está tan ensebada en su ardimiento
La mecha del amor, que ya me siento,
Como el pabílo que entre el fuego mora.

Y no pasa ni un día, ni una hora,
Un minuto, un instante, ni un momento,
Sin sentir las cenizas de contento
Salirse de esa caja de Pandora.

Y esos males y bienes en que fundo
El placer ó dolor que me aniquila,
Me llevan del infierno de este mundo

A ese cielo infernal, donde tranquila
El alma condenada á su segundo
Sepulcro, vivirá con Petronila.

Que imponga el regidor del firmamento
Reposo universal ! Que en su tribuna
Se meta oscuro el sol, mientras la Luna
Cubre de plata su dorado asiento.

Que el genio de la calma en movimiento
Se ponga con Morfeo, y que oportuno
Le arrastre la modorra hacia la cuna,
Do vierta dulce calma y suave aliento.

De arcángeles la hueste voladora
Descienda del empíreo, y bajo el techo,
Donde el amor con la inocencia mora,

Formen la guardia en vigilante acecho
Del genio tutelar, que ya es la hora
En que Petrona se retira al lecho.

He sentido en tu canto una sirena,
En tus iras el rayo que estremece,
El trueno en tu mirar, que impone y crece,
A medida que el eco zumba y truena.

En tus ojos miré la luz serena
De un sol que en tus mejillas aparece,
La nube en la melena que oscurece
Ese rostro con luz de luna llena,

En tu seno miré vías del cielo :
Lácteas auroras que en estrella clara,
Son palomas de Venus bajo el velo,

Y si de abajo arriba te mirara,
Como de arriba abajo desde el suelo,
Vería lo que el amor sólo explicara.

La noche con su plácido beleño,
La ninfa del reposo que vigila,
La calma que en los párpados destila
Su adormidera con amable empeño.

Favonio, el suave céfiro halagüeño,
La mórbida falange en paz, tranquila,
Del plácido Aritman, á Petronila
Invitan por la noche al grato sueño.

No á mí santos, Morfeo vigilante,
Ni Rita, ó milagroso San Antonio,
Me invitan á dormir un solo instante.

Pensando en Petra sólo, no hay Petronio
Que en sueños me la ponga por delante,
Y así paso unas noches del demonio.

No importa, al dando y dando, que me niegues,
Por pobre, tus carísimos favores ;
Ni importa que á los frutos de tus flores
Des precio enorme porque el hambre alegues.

No importa que á mis goces los entregues
O nó, por galardón de mis amores,
Pues ya no importa un bledo á mis ardores
Que opongas resistencia, ó que me ruegues.

Que quieras, ó no quieras, ya conmigo
Estás, de mi bolsillo sin derroche,
Todos de balde á mi saber consigo!

Porque quitando á la ilusión el broche
Desde la diez hasta las seis contigo
Paso, á las claras deliciosa noche.

Ven ustedes, señores, á Petrona
Tán santa que parece un angelito ?
Con un aire de céfiro bendito,
Que sopla como airada santurrona ?

La ven de Magdalena que perdona
De arrepentido Magdaleno el pito,
Si dice que no mata ni un mosquito ?
Pues sepan que no es brava sino leona.

Es una Satanás sobre una tigra,
Que al león, al tigre y al demonio espanta,
Por quien la sierpe del Edén peligra ;

Que cuando, como el diablo, se levanta,
De ella el infierno á Venezuela emigra,
Y el diablo, aunque cornudo, no la aguanta.

En vez de confesar que estoy perdido,
Me empeño en sostener que estoy ganando ;
Y de pérdida en pérdida, jugando
Sigo tras del desquite entretenido.

En vez de retirarme convencido
De que este juego de Citera en que ando,
Me vá con terremotos arruinando,
Hasta verme al escombros reducido,

Sigo tras de apaleado, vil cornudo,
Con dorados tacones adelante,
O en las paradas donde nada pudo

Sonar mi mala suerte, en buen contante,
Hasta que quede por tahir desnudo,
Con una mano atrás y otra delante.

En medio de una fuente cristalina
Ví á Betrona bañándose. El resuello
Apenas contenía dentro el cuello,
De donde me brotaba en ventolina.

Al ver aquella estatua alabastrina,
Suelto en la espalda el virginal cabello,
La vista al *non plus ultra* de lo bello
Vino á parar de la beldad divina.

Costóme el no cegar doble trabajo,
Al ver aquel infierno de belleza,
En alto me quedaba cabizbajo :

En bajo levantaba la cabeza,
De arriba la miré, mas no hasta abajo,
Porque en medio me ví de mi bajeza.

De pensamiento en pensamiento pienso
Que muero de pensar, siendo tan vivo
El báratro en que vivo pensativo,
Sin tregua cavilando en lago inmenso.

Mi modo de pensar es tán intenso,
Tán hondo, tán profundo y reflexivo,
Que el cuerpo dentro el alma está cautivo,
Vagando como espíritu en lo extenso.

De modo que pensando vá la mente
Con tánta intensidad en lo profundo,
De un modo de pensar tan inconsciente,

Que pasa por un siglo en un momento,
Y de tan largo espacio de repente
Dá vuelta el pensamiento á todo el mundo.

¿Cuál es en Petronila esa azucena,
Esa mística flor, rosa ó narciso,
Que hallada en el jardín del paraíso,
De nuestra perdición valió la pena ?

Flor que por Paris arrancada á Helena
Puso al Asia y á Grecia en compromiso;
Que para rescatarla fué preciso
Dar á Vulcano la troyana almena.

Que diga Salomón, si lo adivina,
Mas yo no lo diré por todo el oro
Que el rico Tajo en su arenal hacina;

Porque al solo nombrar tan gran tesoro,
Además de sentir hambre canina,
Ladro, á lo perro, y como gato lloro.

Yo te miro, Petrona, allá en el cielo,
Te contemplo en el Sol como en la Luna,
En todas las estrellas, una á una,
Y te miro también acá en el suelo.

Te observo por los aires yendo al vuelo,
Y en alas, ó en la rueda de fortuna,
Te admiro adormecida en blanda cuna,
Como ángel de inocencia y de consuelo.

Te veo en el descanso, en el trabajo,
Unas veces difunta, en otras viva,
Sirviéndole á mi muerte de espantajo.

Mas volviéndote á ver por la pasiva,
Después que te he mirado boca abajo,
Termino por mirarte boca arriba.

Verde esmeralda del abril florido,
Pintadas flores del frondoso enero,
Y fúlgidas violetas de febrero
Que bulle de esplendores guarnecido.

Césped eterno de carmín teñido
Que riega alegre Flora en su sendero,
Cubierto de pomposo semillero
Regado en abundante colorido.

Vosotros, monte y llanos de la zona
Do Vertuno en Pomona se levanta,
Y valles donde Ceres amontona

Ópimo premio que al pastor encanta,
A todos beso yo, si es que Petrona
Os huella en su pasar con noble planta.

Si dije que los dos, digo que solo
Un ojo de Petrona solamente
De los que á la vanguardia de su frente
Atrás dejan el sol, y á un lado el polo.

Valer puede, en valor, lo que el Pactolo
Arrastra en treinta siglos de corriente,
Y lo que en los fulgores del Oriente
Esparce en la mañana el rojo Apolo.

Si mi sistema de contar no es nulo,
De ese ojo, al deducir exacta cuenta,
Si la envidia, por vil, con disimulo

Otra manera de contar no inventa,
La ojeada examinando, al fin calculo
Treinta billones, si se pone en venta.

Es el pelo de Petra una melena
Que no tiene entre divas semejante :
Tiene frente de aurora, y un semblante
Que viniendo de un sol, es luna llena.

Su cuello es el de un cisne de azucena:
Dos rosas sobre nieve palpitante
Son ebúrneos misterios, que al pasante
Seduca con hechizos de sirena.

Todo en ella es encanto, aquesto, aquello,
Esto otro: y lo demás que Dios bendiga;
Mas lo que pone á su escritura el sello

Y muera de lector quien lo consiga,
Por ser de todo el libro lo más bello,
Todos lo saben aunque no lo diga.

Hay dos ojos que son dos basiliscos,
Que matan á la muerte de repente,
Y como tiernas garras de su frente,
Destrozan mastodontes á pellizcos.

Dos húmedos volcanes tán ariscos,
Que apagan los Vesubios prontamente,
Mil cielos encandilan de accidente,
Y al sol y á sus planetas dejan bizcos.

Son rayos de un poder tan terminante,
Que puede exterminar en sus enojos,
A Jove y á su rayo, en un instante.

El topo, el ciego, el miope sin anteojos,
O el bruto, no sabrá por ignorante,
Que son de Petronila los dos ojos.

Es Petra en su excelencia soberana,
No digo una mujer de carne y hueso,
Ni Eva en paraíso, el embeleso
De Adán, porque es de tierra sobrehumana.

No es vestida ó desnuda, casta Diana,
Minerva de marfil, virgen de yeso,
Ni estatua decretada por Congreso,
Ni busto de una Ilustre Americana.

No es lucero de aurora ó vespertino,
Ni sol que dora la argentada luna,
Ni es coloso de plata ó argentino.

Ella en verdad, y sin mentira alguna,
Es hoy hipotenusa á lo divino,
Que cuadra á nuestra rueda de fortuna.

Reducir á quietud el raudo viento,
Quitarle al terremoto su pujanza,
Al dolor eternal darle esperanza,
Y trocar en delicia su tormento.

A los astros privar del movimiento,
Al volcán imponer frío y templanza,
Al clima despojar de la mudanza
Que da á las estaciones cambio.

Hacer del huracán céfiro blando,
Y á los mares cambiar en llama pura,
Todo esto es más factible, menos grave,

Que en este corazón la rajadura
De Petrona ensanchar, porque no cabe
Siendo estrecha al entrar tanta hermosura.

Es Petra entre lo dulce un *bien me sabe*,
En lo fresco y salado un bien me supo,
En quien saber, sabor de salza cupo,
Pues todo bien derecho bien le cabe.

Es zumo de ambrosía hecho jarabe,
Un néctar de turrón y miel en grupo,
Que en mis ensueños de sabores chupo
Temiendo que el panal al fin se acabe.

Por eso figurarme ansioso quiero
Que estoy como la mosca en regalado
De nata, dulce mar en que prefiero,

Al puerto, al verme náufrago y ahogado,
Y cuando del vivir siento el me muero
Me encuentro en otra vida sepultado.

Que Petra, con sus manos delicadas
Me baje como á un niño los calzones,
Y sin tener motivos ni razones,
Me dé con dichas manos mil nalgadas.

Que con los piés me dé crueles *patañas*
Y con sus blandos dedos mojicones,
Que aplaste mi nariz con sus tacones,
Que con garrote vil y palizadas,

Con zurras, sin rival en las modernas,
Me ponga más tiznado que un *zamuro*,
Y dígame en injurias sempiternas,

Hasta *barriga verde* . . . y yo le juro
Que metiéndome el rabo entre las piernas,
No diré ni Jesús ! . . . á buen seguro !

Nada te doy, porque tampoco nada
Me pides que te dé de lo que tengo,
Y si algo tuyo á demandarte vengo,
Me voy sin miga porque fué negada.

En tanto, si la pides, será dada
La vida que por dártela mantengo,
Y yo me cortaré cuanto sostengo,
Aunque eres para mí tan recortada.

Por mucho que me exijas, sin embargo,
Verás cómo te doy lo que me pidas,
Pero en el caso de pedir te encargo

Que en cuanto se te antoje no te midas,
Que en lo que te daré seré tan largo,
Que tengas para almuerzos y comidas.

Estoy tan emponjado con mi dama,
Que no me cabe en la camisa el pecho;
Amante no existió tan satisfecho
Ni mecha más alegre entre su llama.

Tángo el orgullo en mi pasión se inflama.
Que sin saber por donde, voy derecho
A ese jergón que ni se llama lecho,
Ni se puede llamar catre ni cama.

De orgullo henchido, en vanidad hinchado,
En el que llamo lecho porque es mío
Me tiendo solitario aunque abrasado.

Únicamente con mi orgullo frío,
Hasta que Aurora en mi calor helado
Me encuentra sin Petrona en el vacío.

Qué son todos los reyes de la tierra ?
Qué son los Alejandro, Escipiones,
Los Césares, Aurelios, Napoleones,
Y todos esos hijos de... la guerra ?

Qué son cien mil Guayanas que Inglaterra
Se robe por ganar cien mil perdones,
Qué son esos redobles que en cajones,
O en sus dobleces el ladrón encierra ?

Que es toda cantidad, si todo es nada,
Si cuanto dá el poder no proporciona,
La dicha á lo perfecto encaminada.

Y la que sólo un ángel en persona
Tendría si cual águila apresada,
Se viese entre las garras de Petrona ?

Dónde está la verdad ? dentro del pozo.
El robo y la mentira ? en todas partes.
Dó está la diplomacia ? en malas artes.
Y dónde la política ? en su embozo.

La inocencia y justicia ? en calabozo.
Dó está la libertad ? en los baluartes,
Donde alza el opresor sus estandartes.
Los libres dónde están ? en su destrozo.

Dónde está la nobleza ? en el dinero.
Y dónde la virtud ? en la enojosa
Miseria del honrado, ó pordiosero:

Y de esta suerte humana tan odiosa
En dónde está el consuelo verdadero ?
De Petra en la persona y en la cosa.

Quisiera que el salón del firmamento,
De arriba abajo con fragor volara ;
Que con astros y lunas se acabara
Del orden sideral el movimiento.

Quisiera que la tierra en un momento,
Y el mar en un instante se tornara
En vastas soledades, y quedara
El mundo sin bebidas ni alimento.

Y que allá, en un oasis apartado,
En medio de una selva deliciosa,
Oyendo de las aves el trinado,

En éxtasis eterno y vida ociosa
En las piernas de Petra acomodado,
Pasase así una vida qué sabrosa !

Cual etérea Babel que se derrumba
En las inmensidades del espacio,
Y forma de rubíes en topacio
Con pompa universal solemne tumba.

O como trueno que al principio zumba
Del cóncavo elemento en el palacio,
Con roncadas voces y después despacio:
Y pasa, y poco á poco no retumba.

O cual exhalación que va primero
Veloz entre las aulas del zafiro,
Y luego en lontananza pasajero,

Se calla lentamente y no de un tiro,
Tal Petra con su espíritu altanero
Al fin se me escapó con un suspiro.

La noche en medio mundo se extendía,
Y pálida, entre fúnebres crespones
De espesos apiñados nubarrones,
La hueste del zafiro se escondía.

Tremenda, sepulcral melancolía,
Un caos tenebroso de visiones,
Regaba en los opresos corazones,
Y el orbe en pesadilla se dormía.

En este oscuro centro solamente
Fuí de una sola luz iluminado,
Que á mis ojos brillaba claramente.

Alzélos á la luz ; pero extasiado
Quedé viendo que Petra era en mi mente.
Un fuego entre dos nubes derramado.

Era una noche plácida y serena
De luces y celestes resplandor s,
Jamás la ví tan bella en los fulgores
Y dulce encanto de que estaba llena.

Bajando del empíreo en gloria plena
Ví el coro de los ángeles mayores,
Y sobre sus celestes conductores,
Se alzaba majestuosa una sirena.

A poco apareció con ese encanto
Que el sér divino á la razón explica,
Y luego envuelta en vaporoso manto,

Salió de aureola celestial más rica,
Y cuando del empíreo cesó el canto,
Me dijo en baja voz: yo soy Petrica.

Serena está la noche, el cielo claro
Y en torno de Selene las estrellas,
En las de nácar apacibles huellas
De luz esparcen resplandor avaro.

En tan solemne majestad me paro
De Dios á contemplar cosas tan bellas,
Y la sublime claridad que en ellas
Prodiga con amor su eterno faro.

Las aves las contemplo, las remiro,
Su mágica grandeza me impresiona,
Y atónito á su autor siento y admiro,

Mas, ay ! que á mi razón aunque razona
Le dice la verdad con un suspiro:
Todo es muy bello . . . pero más Petrona.

Adivina, lector, cuál es el ojo
Más lleno de ojeriza y disimulo,
El ojo más brillante en que calculo
Que hay de rayo de soles más despojo.

En que puso el infierno por antojo
Esa paila candente en que me anulo,
De cuyo fondo contra más reculo
Más me acerco y me estiro aunque me encojo.

Pues bien, si al desojarlo, no adivina
Tu cálculo integral, ó te abandona
De ese ojo la parábola dañina,

Si mudo, tanto hablar no te pregona
De ese ojo la hermosura superfina,
Te digo que es el ojo de Petrona.

Una cosa le vemos á Petrona
Que al verla, el terremoto se estremece;
En élla el pelo como yerba crece
Crespo ó liso en la reina ó la fregona.

Lo tienen la soltera, la matrona,
La doncella, y también quien lo parece,
De linda pasa á fea, si envejece,
Y la arruga al demonio la abandona.

La cosa mencionada es carne viva:
Morada del pudor. . . . y, cosa rara,
A nadie se la esconde ni la esquivá,
Ni á quien á retratarla se prepara,
Pues esa cosa cierta y positiva
Es nada menos que su linda cara.

Poco me importa que la tierra entera
Con eco universal en prosa y verso,
A trueno de armonía el universo,
Cantando los amores de quien quiera.

Poco me importa que el Petrarca fiero
Laura le muestre corazón adverso,
Que á Eloísa Fulbert le ponga terso
El corte de Abelardo con tijera.

Que sólo á mí me importa en esta vida,
Ganar por mis sonetos la corona
De gloria con martirios adquirida;

Pues aunque de esta Niobe tan llorona
Gano risas al fin de la partida,
Con llanto regaré sólo á Petrona.

Con Petra estoy tan remojado y hueco,
Que cual la hueca en agua, derretido,
Me encuentro; y á las veces parecido
Al gallo *pataruco*, poncho y clueco.

Estoy tan embebecido de embeleco
Que ya en mi propio molde refundido,
Me veo, aun sin espejo, convertido
En figurín de natural muñeco.

Hablando sin difraz ni disimulo,
Estoy de fatuo convertido en loco,
Pues tal es el aprieto con que adulo,

Que al Perico Sarmiento casi toco,
Tanto que al fin, y como ya calculo,
Si no me lleva el viento, falta poco.

Aunque eres, Petronila, tan muchacha,
Vuelves Narciso hasta el Sileno viejo:
Al Adonis de quince haces añejo,
Y al Ganimedes de Titón das facha.

Eres mujer, pero mujer tan macha,
Que el hombre más varón puede perplejo
Quedarse, si se mira en el espejo,
Más hembra que varón puro ó sin tacha.

En todo deshacer eres tan ducha,
Y en hacerlo al revés estás tan hecha,
Que si el demonio á tu llamada escucha,

Entrándose de tu alma por la brecha,
Robarle puedes toda ó más que mucha
De su graciosa aunque infernal cosecha.

Quise pintar una belleza enorme,
Y dije para mí: ¿haré una diosa,
Un ángel, una virgen milagrosa,
Un numen á los númenes conforme?

¿Haré de las hermanas de triforme
Desnuda trinidad, de flor en rosa?
De Juno la hermosura majestuosa?
De Aurora la celeste y aeriforme?

Mas, nó, que la belleza positiva
Que ni el gran Michelena en su Amazona,
Ni Rojas, ni Tovar, ni Herrera, viva

Ni muerta en los Edenes de Mahoma
Pudieran descubrir, en la exclusiva
Que el cielo quiso dar sólo á Petrona.

Ya el sol vá recogiendo sus bridones,
Y yo las bridas suelto al flojo llanto
Pensando en Petronila, á cuyo manto
Se acojen mis dormidas ilusiones.

Mis lágrimas ya mojan los colchones,
Las sábanas y almohada, y mi quebranto
Aumenta porque siguen entre tanto,
Con ímpetu mayor á borbollones.

Y sigo así llorando hasta que viene
La aurora con su manto humedecido,
Que el mío en enjugar no se detiene,

Hasta que al fin en humedad rendido,
Soñando con Petrona. . . . aquí me tiene
Mojado de soñar que había dormido. . . .

Dejará de alumbrar todos los días
Entre áureas plumas el crinado Apolo,
Y en las alturas donde zumba Eolo
Las aves dejarán sus melodías.

Sin luz, sin movimiento ni armonías
El orbe quedará: sin Dios y solo,
Sin ecuador, sin meridiano y polo
Los astros se saldrán fuera de guías.

El cojo quedará sin su muleta,
El loro sin estaca, y sin corona
El rey, sin consonantes el poeta.

El araguato dejará á la mona,
Y el niño *aqué*l aflojará la teta,
Primero que olvidarme de Petrona.

Es Petra una beldad tan perfilada,
Que cuando la sacó de su capullo
La fiel naturaleza con orgullo
Quedó de su muñeca, y tan prendada

Que loca de contento á la morada
Subió, donde el Señor en santo arrullo
Dormía, y le despierta con murmullo
De gozo. Al anunciarle su llegada

Alzase Dios y le pregunta en tanto :
¿ Por qué, Naturaleza, estás tan hueca ?
Sacó entonces de lo hondo de su manto

La madre su magnífica muñeca,
Y admirado el Señor, lleno de encanto,
No pudo menos de exclamar ; *Eureka !*

Al fin llegará el fin, la láctea vía,
Todo el sistema detendrá su vuelo,
Tarde ó temprano en orfandad el suelo
De luces quedará sin alegría.

De todo el universo la armonía
Habrá de convertirse en caos, duelo,
Desórden, conclusión hasta del cielo,
Y el diablo mismo acabará algún día.

Mortales ! no lloréis, tened paciencia,
Si diablo, carne y mundo arden en fila,
Y vuelve al viejo caos la existencia,

Tened con la esperanza alma tranquila,
Que acaso dejará la Providencia
En salvo únicamente á Petronila.

Tiene Petra en mitad de la cabeza
De negro pelo un emponjado moño,
Que cuando lo contemplo me emponzoño
Y pierdo del veneno, la cabeza.

Si Petra lo que tiene en la cabeza
Me diera cuando al verlo me emponzoño,
No solamente le peinara el moño,
Qué digo ! lo cogiera en la cabeza.

Dame Petra á peinar el lindo moño
Que llevas á lo griego en la cabeza
¿ No vez como de verlo me emponzoño ?

Si pierdo al contemplarlo en tu cabeza.
¿ Por qué no me regalas ese moño
Ya que puedes cortarme la cabeza ?

Si el sol mira á Petrona se oscurece,
La luna si la mira queda oscura,
Y el cielo si á mirarla se apresura
Saliendo de su azul se desvanece.

En medio del zodiaco se estremece
El Rey del firmamento, y en su altura
Al ver que es obra suya esa hermosura,
De orgullo y complacencia resplandece.

Excepto el niño *aquél* y sus secuaces,
Con una alma de cántaro y tranquila,
De cínicos, estúpidos, y audaces,

Que adoran sólo al dios de la mochila,
Con su *auri sacra fames*, son capaces
De ver sin conmoverse á Petronila.

Disputan si élla es diabla, santa ó diosa,
Pues su reputación es de sirena,
Reputada á la vez de fruta buena
O de mala, y en bienes infructuosa.

Repútanla paloma, ó peligrosa
Serpiente que al antidoto envenena,
Una oveja que muerde entre una hiena,
Un áspid que nos besa entre una rosa.

Mas cese el disputar : esta querella
De su reputación pára en disputa,
Que yo termino con decir que es élla

Una Dido de Eneas, en su gruta,
Igual á Juana de Arc, la gran doncella
Que Orleans de virgen, y sin par, reputa.

Me he visto muchas veces al espejo,
A solas deplorando mi figura,
Y al ver con estos ojos esta hechura
Deshecha en tanto amor quedé perplejo.

Filósofo imparcial hice el cotejo
Entre este Cuasimodo y la hermosura
De la Esmeralda Petra, y la pintura
Fue el cuento de la leona y el conejo.

Convine en el proverbio: que no queda
Duda, que siempre quedará la mona,
Mona aunque vista de oropel y seda.

Y siendo yo conejo y élla leona,
Quedando mono aunque vestirme pueda,
Convine en que razón tiene Petrona.

Calle en la alta región el raudo Eolo,
En el sublime espacio el rey tonante
Detenga su culebra fulminante,
Y el ronco trueno que estremece el polo.

Calle un momento el trovador Apolo
De su templada lira el són vibrante,
Deténgase en su marcha el viejo Atlante,
Y quédese en el aire el mundo solo.

Calle el eco estentóreo con que llama
Los mundos á su centro el sér tremendo;
Que calle esa armonía que derrama

Su espíritu, los ámbitos moviendo,
Y calle el firmamento ! que en su cama
Tenemos á Petrona ya durmiendo.

Si yo no me he matado, vida mía,
Por mi vida! no es causa el ser cobarde,
Ni porque en este corazón en que arde
De amar el fuego mi querer se enfría.

Ni creas que es del alma cobardía,
Que el cuerpo de la muerte no hace alarde,
Ni porque crea que el morir no es tarde,
A quien desde temprano no vivía.

Mas porque con morir nada consigo
Si en mi muerte el afan no se reposa,
Pues no queriendo demorar conmigo

El alma dejará dentro la fosa
El cuerpo, para unirse aquí contigo,
Y siempre viene á ser la misma cosa.

Cuando contemplo lo que soy, y he sido,
Y lo que debo ser en lo futuro:
Cuando contemplo el apretado apuro
Á que estos mis aprietos me han traído:

Cuando abarco el espacio recorrido
Ciego cayendo en callejón oscuro,
Por esta vida hasta la muerte juro
Que muero de pensar cómo he vivido.

Y juro hasta el morir que si no fuera
La falta de recursos compraría
Un cañón, un cuchillo, una tijera,

Y en presencia de Petra, en pleno día,
De un tajo la cabeza toda entera
En prueba del amor me cortaría.

Ya están mis ojos de llorar cansados,
Pues lloro sin descanso noche y día;
Dos pañuelos y medio que tenía
Están ya de mis lágrimas bañados.

Mis llantos cada vez más empapados
Remojan, sin pañuelos, su porfía;
Oh, Dios! los que mojé por culpa mía,
Ó con mi llanto, seguirán mojados.

Y como el moquillar nunca descansa,
Ni tiene del sollozo los consuelos,
Mis trenos geremiando sin tardanza,

Dará en Jerusalem con tántos duelos
Llover sobre mojado, y sin mudanza,
Estando tan aguados mis pañuelos.

Tus mejillas son Petra, un par de rosas,
No de carne encendida sobre el hueso,
Que fuera en Michelena un retroceso
Pintar, por tus cachetes, tales cosas.

Dos albas que al venderlas, por costosas,
Ni el sol comprara convertido en Creso,
Por dar en éllas el Atrida un beso
Dejado habría en Troya cien esposas.

Y yo que no soy Dios, ni casi un hombre,
Pues todo pobre es diablo por perdido,
¿Cómo á Petra pedir, sin que me asombre

Á mí mismo la sombra del pedido,
De cuyo siempre recordado nombre
No me quiero acordar en tánto olvido?

Es, Petra, tu marmórea dentadura
Ebúrneo polo entre la rosa helado,
Es un piano de Singer con teclado
De leche virginal por ser tan dura.

Una tropa de aljófár que figura
Un bando de palomas apresado:
Un rebaño de ovejas que ha mamado
De la cabra Amaltea nieve pura,

¿Dirán Adán y Eva que estos dientes-
Para sólo el mascar han concebido?
Nó, que en tus labios de coral ardientes

La maldición de Dios los ha escondido,
Por ser de Satanás lindas serpientes,
Que el fruto del placer habían mordido.

Yo dije que Petrona bien valía
Tres mil trecientos treinta y tres billones,
Mas téngase entendido, por razones
Tan claras como el sol de cada día,

Que nadie por tan poco alcanzaría
Comprar el más precioso de sus dones,
Cuyo nombre la tinta entre renglones
Dejó porque la pluma quebraría.

Y yo también lo dejo en el tintero,
Pues, ello es bien sabido, el ser callado
No priva que lo grite el mundo entero,

Quien ya desde *ab initio* fue obligado
A no comprar la dicha con dinero,
Y menos la que Dios le ha regalado.

De un jefe de Israel, juez ó profeta,
Que al sol detuvo con potente mano,
Petrona imitaría, como hermano,
La misma hazaña, pero más completa.

Cuál es? Si de parábola un cometa
Saliese y se encajara en el oceano,
Si el sol rompe á la luna, Atai á Urano,
Y el Orco contra el Tártaro topeta;

Si ardiente en el espacio con desnudo
El orbe entre el espacio se encajona,
De tanto cataclismo no haya miedo,

Porque en ese momento si Petrona
Alza la mano cual Josué, tan quedo
El cielo ha de quedarse, y nos perdona.

Entra el sol por las puertas del Oriente,
Y sale por las rejas del ocaso,
Y por debajo de la tierra, el paso
Dirije al mismo punto antecedente.

De nuevo el viejo auriga refulgente
Del etéreo camino el fiel repaso
En giro sempiterno y nunca laso
Emprende con su carro diligente.

Y torna, y vuelve, y vá, y entra saliendo.
Por una y otra puerta, siempre entrando
En eterno vaivén, yendo y viniendo.

En tanto voy con Petra caminando
En senda de dolor triste gimiendo,
Y cuando no, los dos juntos roncando.

Cuando pienso en Petrona triste y laso
En nadie ni de nada pongo mente,
A Zoilo y á Aristarco juntamente
Confuso llevo sin medir el paso.

Bien pueda tropezarme por acaso
Con el peñón de Gibraltar, de frente,
Ó con el niño *aquel*, que yo inconsciente
A buen seguro que les haga caso.

Y está este pensamiento por quien hablo,
Con Petra entre mi cráneo tan profundo,
Que ya poco me importa que á Juan Pablo

Se lo lleve el demonio con Raimundo;
Que al mundo todo se lo lleve el diablo,
Ó que al diablo se lleve todo el mundo.

Como es Petrona la que me ha matado
Yo vivo con mi muerte muy contento;
Á nadie envidio su vital aliento
Ni á ninguno su muerte le he envidiado.

Á la vida volver resucitado
No deseo en mi tumba, ni un momento :
Cadáver como soy, feliz me siento
Entre el sepulcro donde existo helado.

En Petra me enterré, y en élla gozo,
Cual si el segundo Misifuz yo fuera,
Que en vez de en uno de placeres pozo,

En una de fregar cayó Caldera.
Petrica es el sepulcro en que retozo
Hasta que en vivo retozar me muera.

Oculto está en tus labios el veneno
Que el rapazuelo en sus Locustas halla,
Del cual no halló remedio, escudo ó malla
De Esculapio hasta Hipócrates, Galeno.

En la ebúrnea hermandad de tu almo seno
Ardoroso volcán de nieve estalla,
Y en vano la razón grita, pues calla
Con risas el amor al sordo trueno.

Entre uno y otro melindroso labio
Asecha ese escorpión con que conquista
La pérvida inocencia al dulce agravio.

Porque hace de un Colón, burro flautista,
Y un asno de Aristóteles el sabio,
Y con los ojos claros y sin vista.

Prefiero con Petrona en el infierno
Pasar en viva llama ardiente vida :
Si Júpiter sin Petra me convida,
Al goce de su Olimpo sempiterno.

Le digo, muchas gracias, Jove eterno,
Que á tu Olimpo sin Petra es preferida
De Pluto la volcánica guarida,
Lo juro por las aguas de su Averno.

Y en prueba de que en dicha preferencia
Mi gusto aunque pagano vá fundado,
Es que á todos la sabia Providencia

Nos tiene de las Petras en el vado,
Y mientras no se acabe la existencia
El mundo no se salva del pecado.

Mientras me tengas como esclavo atado
Al cepo en servidumbre y oprimido,
De mí será este yugo bendecido,
Y por siempre bendito y alabado.

Dios tenga á mi verdugo al cielo alzado,
Por este bajo infierno en que me ha hundido,
Y sea acá en mi templo enaltecido,
Porque en sus puertas me suspende ahorcado.

Bendita la horca para siempre sea,
Que brinda á mi amargura el dulce yugo,
Y quiera el victimario que me vea,

O sienta tan feliz con su tarugo,
Que en el suplicio de mi linda Astrea
Dé á Temis gracias mil por mi verdugo.

De Petra la abstinencia me ha matado,
Soy esqueleto de cadáver muerto,
Ya sombra de un difunto expectro y yerto,
Y espíritu de momia en cuerpo helado.

Desnudo carapacho descarnado
Que el buitro devoró ya en el desierto,
Macilento fantasma vago incierto
Cual asno sin señor flaco y llagado.

En mi ataúd que es mi *chinchorro* nuevo,
Tendido me tendréis, como en su hamaca
El flojo, ó cual la yema dentro el huevo.

Allí me he de quedar, donde de estaca,
Aunque el diablo se meta no me muevo,
Ni á palos, si Petrona no me saca.

Cómo puedo vivir, si estoy ya muerto,
Pues tal de mi existencia es el estado,
Que estando en cama ó en sepulcro helado,
De vivir ó morir no estoy tan cierto.

Yo quisiera morir pero despierto ;
Velar siempre mirando el rostro amado,
O ya cadáver rígido, enterrado,
Tener en mi sepulcro un punto abierto,

Por donde yo pudiera en mi reposo
Sacar de cuando en cuando la cabeza,
Y así gozar, difunto, el delicioso

Placer de contemplar, en mi bajeza,
De muerto sin oficio, el rostro hermoso
De Petra, rebajándome á su alteza.

Tienes los dientes de marfil nevado,
Sin mezcla ni remate de amarillo,
Es de nieve tu frente, y el carrillo
De clavel entre blanco y encarnado.

De leche bajo nata sonrosado,
El seno donde no me maravillo
Que el pérfido, malévolo chiquillo
De Venus, con la Aurora haya habitailo.

Tu pelo es de azabache largo y terso,
De que sólo es rival en hermosura,
Otro pelo que en todo el Universo

El buscarlo mejor, fuera locura....
Porque el negro es, por bueno, tan perverso
Que no lo puedo ver sino en pintura.

Pensando estoy en Petra de continuo,
Y en ella pensaré continuamente,
Y seguiré pensando acá en mi mente,
El mismo pensamiento á que me inclino.

Si me alzo, si me siento, ó me reclino,
Si andando me detengo de repente
Y vuelvo á caminar, más diligente,
Al paso de un errante peregrino;

Y si de tanto andar, con tanto empeño,
En estos pensamientos meditando
Me rindo pensativo al hondo sueño,

Sigo en el paso, porque ya soñando
Me encuentro, de que soy de Petra dueño,
Con ella haciendo lo que estoy pensando.

Deja Poséidon el imperio solo,
Purpúreo entre el fulgor de la mañana,
La Aurora esparce su telón de grana,
Y sus melenas el soberbio Eolo.

Tiende su luz el rubicundo Apolo,
Radiante en su belleza soberana;
Convoca al regio Olimpo, y á su hermana,
El rey tonante que estremece el polo.

Y tánta del empíreo algarabía,
Al eco de estupendas conmociones,
No creas que es locura ó fantasía

De la naturaleza, sino acciones
De gracias, que despiertan cada día
A Petra adormecida en sus colchones.

Si quieres que te diga francamente
Qué son tus lindos y rasgados ojos,
Declaro que son pérfidos antojos
De un numen asesino y come-gente.

De Ardena son la peligrosa fuente,
De flamígeros rayos dos manojos,
Con que el dios de placer en sus enojos
Se venga atormentando al penitente.

Dos crueles insensibles asesinos;
De tartáreos volcanes, dos fogones :
Dos soles de los cielos peregrinos ;

Dos ángeles graduados de ladrones,
Que salen á robar en sus caminos
Matando con amor los corazones.

Si Petra se muriera, convencido
Estoy de que su espíritu glorioso,
De su cuerpo jamás, por tan hermoso
Será, ni con la muerte desprendido.

La vida con la muerte ha convenido
En que, al momento de morir, gozoso,
El uno junto al otro en el reposo
Del otro mundo continuar unido.

En cuerpo y alma emprenderá su vuelo,
Que el alma de su estuche desatada
Pronto sería convertida en yelo ;

Ambos tener en la eternal morada
Es necesario al interés del cielo,
Que quiere de Petrona, todo, ó nada.

Yo no quiero ni diosa, ni embeleso
De estúpida inmortal, diva ó sirenas,
Que para un dios serán cosas muy buenas,
Mas, no para un mortal que tiene seso.

Yo quiero una mujer de carne y hueso,
Que tenga sangre humana entre las venas,
Que me haga estremecer á carnes plenas,
Con solo imaginar que me da un beso.

Yo quiero una mujer. de sexo, humana
Que tenga únicamente de divino
Lo que Eva á Adán brindó, fruto ó manzana,

O aquella con que Petra al mundo vino;
Pero que tenga sin cesar la gana
De dármele á comer.... y de contino.

Es bello el resplandor de la alma aurora
Circuida de claveles en Oriente,
Y bello es el titán resplandeciente
Rasgando el manto á la gentil señora.

Amable es la preséncia encantadora
De la argentada luna, cuando siente
El alma enagenada suavemente,
La voz de la pasión que la enamora.

Preciosas son en el jardín las flores,
Y mágicas del éter las estrellas,
Y el mar, y el horizonte, y sus fulgores ;

Mas, de Petrona, hasta las simples huellas
Que dejan de sus plantas los primores,
Son más que cielo y tierra y luces bellas.

Que desde Adán, nuestro primer abuelo,
Desafío á que apuesten los que escriben,
De damas que vivieron, y que hoy viven,
Ninfa, diosa, ó mujer de tierra y cielo ;

Que apueste sus Cleopatras ese suelo
Que tántas maravillas circunscriben :
Que apuesten desde Eva los que exhiben
La fábula y la historia, por modelo :

Que apueste la Escritura su Susana ;
Roma á Biblia, Veturia ó á Lucrecia ;
España su Isabel, ó su Sor Juana ;

Helena, la sin par, la docta Grecia....
No ganarán ! porque de todo ufana
Petrona á las demás vence y desprecia.

Lo único en que soy sobre la tierra,
Más que todos los hombres, ambicioso,
Es de verme, aunque ciego, en el frondoso-
Jardín de donde Petra me destierra.

Con tal vehemencia al corazón se aferra.
La gana de comer el delicioso
Fruto vedado de su Edén precioso,
Que tantos bienes por mi mal encierra ;

Y tanto me aguijona el gran deseo
De verme sobre el árbol de la ciencia
De esos males, ó bienes, que no veo,

Que quisiera perder esta inocencia,
Que es el único bien que yo poseo
Y que á Petra dedica mi impaciencia.

A orillas de la mar, los dos, á solas
Estábamos, Petrona y yo sentados,
Con las manos cogidas, y extasiados
Oyendo el grato ruido de las olas.

Melodías de alegres barcarolas
Sus ecos dilataban en los prados.
Estábamos los dos como enredados
De amorosa ilusión en las aureolas....

Mil besos y apretones, con delicia
Nos dábamos los dos con gran empeño,
Porque estaba Petrona azás propicia....

Mas cuando andaba á proclamarme dueño-
Hallé que era fantástica delicia
De mi fantasma, en malicioso sueño.

Eres, Petra, la flor y maravilla
Del sexo femenino americano,
Que del tronco vetusto castellano
Nació para recuerdo de Castilla.

De tí saldrá la liberal semilla
Que habrá de producir el soberano
Dragón del general venezolano,
O endriago de la heróica pesadilla.

Saldrá también la *verga* omnipotente
Que venga á quebrantar en nuestra escuela
De azotes la cabeza á la serpiente

De la Federación que nos asnela,
Si viene por milagro un presidente,
Mesías salvador de Venezuela.

Dicen que el loco por la pena es cuerdo,
Y aunque vivo penando en mi locura,
No es remedio el penar, ni dá cordura.
Antes de loco me transforma en lerdo.

Conozco que soy loco, y no me acuerdo
De pena al olvidar mi desventura:
¿Qué gano en el penar si tanto dura,
Que hasta el juicio de un loco en penas pierdo ?

Si remedio se hallara para un loco,
La pena al encontrar no lo sería ;
Porque en tanto sufrir, ya poco á poco

De mis locuras encontrado habría
Ese remedio á que por fin no toco,
Siendo hoy tan grande la locura mía.

Tuvo una Helena sin rival la Grecia,
El Asia una Semíramis famosa,
Egipto una Cleopatra portentosa,
Y la soberbia Roma una Lucrecia.

La Francia á Juana de Arc que justiprecia
El mundo de mujer maravillosa,
La noble España una Isabel gloriosa,
Por grande en lo tenaz, io sabia y recia.

En fin, todos los pueblos han tenido
Mujeres que la historia nos menciona,
Cual símbolos del sexo engrandecido ;

Pero á quien más le cuadra la corona
Entre las hembras que en el mundo han sido,
Cual la diosa mujer, es á Petrona.

Eres, Petra, de Flora una canasta,
Do encuentra amor de floescencia un pozo :
Venus oculta en virginal embozo,
Y del celeste pabellón el asta.

La flor que olerla á las deidades basta,
Para arrobarse en verdadero gozo
De aquel sublime olor, del cual un trozo
Basta gozar, para volverse pasta.

Eres la diosa del placer eterno,
Porque en la vida hasta la muerte dura :
Aunque es tan blando, polvoroso y tierno.

Pero eres con tu olor y tu ternura
La flor que en los olores de su infierno
Me quema con celeste calentura.

No me digas, hablando, que me quieres,
Porque temo, si te oigo, que del gusto
Me muera, si lo dices, y del susto
Me parece que callas y te mueres.

Si lo dices, no escucho pareceres,
Aunque al propio escuchar tánto me ajusto ;
Pues queriéndote oír lo que es tan justo
También temo escucharte mis quererés.

No lo digas, Petrona, porque estando
Casi muerto al pensarlo de contento,
¿ Qué fuera de mi vida, si gozando

Me viera con tu sí, de ese momento ?
Oh, nó ! no me lo digas, que acabando,
Sin que á decirlo empieces, ya me siento.

Cuando toda ganancia hayas perdido,
Y cuando todo te reduzca á nada,
Y cuando tu memoria ya olvidada
Esté de quien tuviste en pleno olvido ;

Cuando ya no te quede otro partido,
Que después de parir quedar preñada,
Quitándole hasta al pobre y entrampada
Ñapas pidiendo á quien no te ha vendido ;

Y cuando sola en la estación desierta,
De triste ancianidad te hayas parado,
Y sin tener donde caerte muerta,

Avísamelo, Petra, que de grado
A recogerte iré, tras de la puerta,
De todos tus amantes, el sobrado.

En un lugar de cuyo nombre quiero
En todos los lugares olvidarme,
Porque en todos los tiempos, acordarme
De Petra, es el recuerdo que prefiero ;

Me puse á analizar con mucho esmero,
Dispuestas mis memorias á ayudarme,
Y yo queriendo del error sacarme,
Qué encierra de Petrona el nombre entero ;

Y al fin he descubierto en su persona
De Trinidad el bifurcado trío,
Porque siendo primero el de Petrona,

Y el de Petra el segundo, en desvarío,
Me queda el "Petronila" que ocasiona
En clara Trinidad, secreto mío.

Con gran respeto suspendiendo el manto
De Petra, pintaré pieza por pieza :
El tronco, los lagartos, la cabeza,
Y todo el paraíso de su encanto.

Proseguiré de su pintura el canto
Alzando y suspendiendo la grandeza
De espíritu, que aumenta su belleza,
Y de su oculto Edéa el cómo y cuánto.

Iré pintando la manera y modo
De hacerlo, hasta llegar á aquella parte
En que la forma, la materia y todo,

No encuentran medio en la mitad de su arte-
De hallarle á su secreto ese acomodo
Que tanto en lo curioso se reparte.

Tu linda boca del placer morada
Tiene más dulce que el vedado fruto,
En cuyo parangón la miel en bruto
Del paraíso terrenal es nada.

La olímpica ambrosía decantada,
Del néctar el homérico atributo,
Y toda la dulzura en absoluto
Pulula entre tus labios concentrada.

Entre ellos vive el áspid venenoso
Y tiene el paraíso una serpiente
Que mata con su dardo peligroso.

Allí murmura la divina fuente
De un néctar que manando delicioso
Va esparciendo mi ruina en su corriente.

Tiene Petrona en su jardín florido
Una preciada incomparable rosa,
La más entre las flores primorosa
Que Dios desde el principio ha concebido.

De vista no la he nunca conocido,
Mas yo me la figuro tan hermosa
En la imaginación, como una cosa
Que yo en mis ilusiones he cojido.

Nunca el varón en su mortal pecado
Flor tanta deshojó más encendida
Que la que tiene Petra en su cercado.

Yo hubiera con Adán triple caída
Por esta flor de maldición cambiado
Que es hoy nuestra manzana bendecida.

Supongo que el remedio verdadero
De comprarle á Petrona sus favores,
No es hacerle sonetos, ni de flores
Llenarla, como amante jardinero.

El seguro, aunque caro, del ventero :
El óptimo de todos los mejores,
Usado por los buenos compradores,
En las ventas de amor, es el dinero.

Fuera de este remedio, nadie ignora
Que existe otro mejor de “no hay tu tía,”
Pues ninguna mujer, sierva ó señora,

Resiste á su oportuna brujería,
Y es : llegar, como dicen, á la hora
En que llegó el arriero, cierto día.

Aquí tienes, Petrona, una alma inerte,
Un cadáver por cuerpo aniquilado
Que existe, de su vida tan causado
Que cambia la existencia por la muerte.

Aquí tienes un seno donde vierte
Mortífero veneno tu Etna helado,
Un débil corazón que de apretado
No lo siente latir tu mano fuerte.

Aquí tienes también, como propina,
De todas esas ñapas ó regalos
Que te hago del haber que has puesto en ruina,

Un libro de sonetos, que son malos,
Porque salen de un númen que imagina
Que la vida del estro es muerte á palos.

El ángel de la sombra en la montaña
Del Avila camina al paso lento,
Y de su cumbre á la llanura, el viento
Al eco envía su canción extraña.

El vampiro agorero le acompaña
Con breve y esporádico lamento,
Y en este melancólico momento,
Con que el amor mi fantasía engaña,

En tí pensando estoy, Petrona mía ;
Y más que en tí pensando, estoy acaso
Haciendo una impensada fechoría

En cuya ejecución de tí me abrazo
Y lo que con palabras te diría
Si ya de voz no me sintiera escaso.

Lleno de fuego con ardor soñaba
—Es natural y consecuente el hecho—
Que á pierna suelta y en mullido lecho
Contigo á solas, Petronila, estaba.

Qué bueno ! qué sabroso me gozaba
Sintiendo el mío comprimir tu pecho,
En nudo tan gordiano por lo estrecho
Que de tanto aflojarlo reventaba.

Y al fin se reventó ! más, no fué el lazo,
Ni fué la comprimida ligadura
De pecho contra pecho en el abrazo ;

Fué el catre que se abrió por la armadura ::
Me dí cual nuevo Anteón un gran porrazo
Cayendo al seno de Cibeles pura.

Todo ha de perecer ! no es herejía
Decir que la alta sierra, el bajo llano,
Lagos y ríos, el profundo oceano
Y cuanto el mundo en sus entrañas cría.

También perecerá la gerarquía
Que rige el firmamento soberano,
Y hasta el mismo arquitecto sobrehumano
Habrá de terminar en algú día.

Más lo que nunca mentirá lo eterno,
Por ser indestructible en sus quilates,
Es este amor á tí, tan claro y tierno,

Por más que lo tritures y maltrates,
Esta alma incombustible de tu infierno
Que nunca ha de morir aunque la mates.

Con Petrona me acuesto y me levanto,
Me siento ó me acucillo con Petrona,
Con Petra voy en nombre y en persona
Del diablo á la mansión, ó á la del santo.

Con Petra me desteto ó me amamanto,
Con ella voy al polo y á la zona
Do el sol á sus calores se abandona,
Y con ella enterrado al camposanto.

Y estoy tan seriamente decidido
Este camino á continuar derecho,
Que iré no sólo hasta el Edén perdido,

Sino también al purgatorio estrecho
De tu sombrío paraíso, en nido
De goces convirtiendo nuestro lecho.

Cuando el frigio pastor allá en el Ida
Dió al alma Venus la fatal manzana,
Que alzó las furias de Saturnia insana
Y el celo de Minerva por vencida ;

Y cuando Paris á la infiel querida
Condujo á Troya con traición profana,
Y cuando Amadis en favor de Oriana
Doncello se mantuvo de por vida ;

Y cuando tánto necio enamorado,
Gastó tánto papel en sonsouetes,
Cual con Laura el Petrarca ha demostrado,

Fué causa el que tan necios monzalbetes
No habían á Petrona aun mirado
E hicieron el papel de unos zoquetes.

Nace y sucumbe cuanto el cielo cría :
Saturno con su impávida mirada
Convierte en alto monte la explanada,
Y nacen flores donde el mar batía.

Allá do Hecatonfiles existía
Hoy es del buho sepulcral morada,
Y aquí sobre la arena desolada
Soplan los austros donde Ilión ardía.

Sólo hay, como entidad pura y eterna
Un sér que de Saturno compañero,
La Parca ni lo mata ni gobierna ;

Y es este indestructible y verdadero
Amor inmaterial de llama interna,
Este fuego interior con que te quiero.

Al decir la verdad, hablando en serio,
Tiene Petrona una beldad de santa,
Que ni la *torre de marfil* aguanta,
Porque es de corazones cautiverio ;

Su rostro es un tirano, un cruel Tiberio,
Un vivo infierno que al demonio espanta,
Y todo lo que en ella al diablo encanta
Es un mágico abismo de misterio.

Pero entre tanto haber hay una cosa
Que en precio no hay medida que le iguale,
Aunque el numen la mida de una diosa,

Ni existe cantidad que la señale,
Que en el lenguaje humano en verso ó prosa,
No hay término que exprese lo que vale.

Soy el sér más cobarde de la tierra :
Tiemblo al ver una espada ó un escudo ;
Me espanto de una mosca, de un zancudo,
Y hasta del coco el escuchar me aterra.

Tanta flaqueza en mi poder se encierra,
Que el enano Tom Pouce vencerme pudo :
Soy en suma, con armas ó desnudo,
El hijo más cobarde de la perra.

Pero que salgan Rodamonte vivo
Y el hijo de Laertes en persona,
Que cual furioso Orlando los derribo

Al bote de mi lanza ó mi tizona;
Si dicen lo más mínimo ofensivo....
La más pequeña cosa de Petrona.

A mí mismo con lástima me veo
Después de haberme con rubor mirado,
Vergüenza me dá verme tan notado
De Judas á la vista por lo feo.

Me miro con vergüenza, porque creo
Que todos me han de ver avergonzado,
Si miran que es tan grande mi pecado,
Cuanto es indisculpable mi deseo.

Ojalá que cegara por no verte,
Ya que ven mi rubor al no ocultarlo ;
Mas la conciencia sin cesar me advierte

Que el castigo mayor es publicarlo,
Pues del crimen loable de quererte
Es bastante castigo pregonarlo.

Si el cielo á los infiernos me condena
A ser de eterno fuego devorado,
En la laguna estigia á ser ahogado,
O á arrastrar en el Orco la cadena ;

Si Nerón resucita y me envenena,
O soy por su Locusta envenenado,
O como á Prometeo encadenado
El buitre las entrañas me barrena,

Yo sé que si Petrona lo exigía
No me hiciera temer el orbe entero,
Mas sé que únicamente bastaría

El que ella me pusiese un ceño austero,
Para morir de susto y cobardía,
Pues ya de imaginármelo me muero.

Petrona, con perdón de la escritura,
Tiene un pelo que todos los Sansones,
Apolos, Ganimedes y Absalones
No pueden alcanzar en su espesura.

Tan grande, tan extensa es la hermosura,
Y tal la longitud de sus mechones,
Que pasan más allá de los talones,
Y arrastran por el suelo la basura.

Por tanto, no hay razón de que admirado
Se quede acá en el cielo y en la tierra,
El ente que Petrona haya arrastrado

O asido como el pez en el anzuelo,
O en sus colgantes trenzas enredado
Al que ella arrastra como á mí en el suelo.

Ven, Petronila, á contemplar el grado
De cruel degradación, á que has querido
Que, amándote sin fin, haya venido,
Y el término final á que he llegado.

Ven á ver el visible mal estado
En que estoy por estar, como he vivido,
Muriéndome por tí, porque he existido,
Viviendo como un loco rematado.

Ven á ver como mata ese deseo
Por tí, puesto de Judas á la vista ;
Ven á ver si me miras, cual me veo,

Tal, que de seda aunque el favor me asista,
Con todo, he de quedarme peor, lo creo,
Que cuanta mona en la irrisión exista.

Sigue el timón tras del bajel pegado,
Como tras del cuadrúpedo la cola,
Detrás del alba la encendida bola
Que por tener un nombre es sol llamado.

El astro de la tarde sonrosado
Como el suave carmín en la amapola,
Va tras de Febo, y para hacerle aureola
La luna, de la tierra sigue al lado ;

Así cual contenido al continente,
Cual cola de un amor que la ventila,
O á tierra cual península adyacente ;

O como tras del rico la mochila
Va pegada al viajero diligente,
Voy de cola pegado á Petronila.

Me abrazo á la carrera en fuego lento,
En tanto que en un mar hondo y helado,
Con larga lentitud ya casi ahogado,
Débil y exhausto del bregar me siento.

Con ímpetu arrastrado por el viento
Voy contra el odio de Neptuno airado,
En ponto proceloso, amenazado
De naufragar en huracán violento.

Y es la imagen de amor áspera y fiera,
Que viene figurando en mi estropeo,
Naufragio y perdición en la ribera

De un lívido Aqueronte, en un Leteo
Que es una de fregar honda caldera,
O tumba de enterrar vivo deseo.

Duerme, Petrona, en mi velar tranquila,
Ronca, segura de que estoy alerta,
Celoso cancerbero que en tu puerta
Por velar sobre tí, no despabila.

Tender puedes las piernas, Petronila,
De tu guardián en la confianza cierta
De que él mantiene sin cesar abierta
Tu sueño vigilando, la pupila.

Descuídate en los brazos de Morfeo,
Que mi inocencia tu pudor escuda:
Si acaso, por descuido y no deseo,

Pues de conducta mi honradez no muda,
Pudiera un tembloroso manoseo
Darte mi mano, si te ve desnuda.

Me siento del pesar seco y liviano,
Partido ó chico lo que estaba entero,
Con faltas lo que estaba sobrancero,
Y lo que estaba duro, hueco y vano.

Sólo quedan tendones en mi mano,
Cartílagos sin carne bajo el cuero,
Y tengo dentro el alma un agujero
Do está mi carapacho en cuerpo humano.

Tengo los ojos de llorar hundidos,
Honda y sin dientes de gritar la boca,
Marchitos los cachetes y fruncidos :

La mente sin razón, el alma loca,
Y todo lo demás tan sin sonidos,
Que no le saca son á quien los toca.

Quisiera de tus nítidos cabellos
Algunos arrancar de algunas partes,
Mas como á mi querer no los repartes
El modo buscaré de dar con ellos.

De esos tan lindos porque son tan bellos,
Para arrancarlos me daré mis artes,
De allá donde los tienes de baluartes,
O por mejor decir, de guarda sellos.

Tan luego que los ate haré una sogá,
No para ahorcarme, que no soy suicida,
Ni soy maestro, en el amor, de toga ;

Mas sí para tenerte suspendida,
Y en esta suspensión que tánto ahoga,
Te aflojaré si dás sin que te pida.

Cuán triste es esta vida sin amores :
Sin ellos ¿ quién habrá que no prefiera
Vivir como el pabilo entre la hoguera,
O como Satanás en sus ardores ?

La vida sin Petrona es sin olores
La flor, sin esmeralda la pradera :
Es un cielo nublado sin lumbrera,
El iris sin sus vívidos colores.

Tu amor es de la vida hermosa planta
Que brinda unos mamones tan sabrosos,
Que sin comerlos el olor encanta.

Y en su hambre nos sentimos tan dichosos,
Que es mejor no comerlos, porque espanta
La idea de encontrar que están cocosos.

Yo quiero una mujer á lo divino ;
Pero á la moda y condición humana,
Que suelte el cuerpo cuando tenga gana,
Aunque el alma la deje en su camino.

La quiero que me invite de contino,
Cual Eva al padre Adán con la mauzana,
Aun cuando del Edén por la mañana
Me mande á trabajar el cruel destino.

Yo quiero una mujer de quien se diga
No que es únicamente una consorte
Que cumple sus deberes de barriga,

Sino mujer que cuando llegue al corte,
La encuentre *con tabaco en la vejiga*
Y que un eterno masticar soporte.

¿ Do tienes, Petronila, tu consejo,
Tu calma indiferente acaso espera
Que acabe de vivir sin que me muera
O viva aunque acabándome de añejo ?

¿ Que lo que nuevo es hoy, mañana viejo
Se ponga por lo anciano de manera
Que cuando sobre el hueso carne quiera
Brindarte, sólo encuentres el pellejo ?

¿ Esperas que el horario hoy en las doce
Llegue en fin á las seis lamiendo un plato
Donde murió con el manjar el goce ?

¿ Esperas que Saturno en su maltrato
El perro de tal suerte me destroce,
Que no le quede ya sino el olfato ?

Hierve mi sangre en la abultada vena,
La carne en viva llama sobre el hueso,
Y dentro el cráneo derretido el seso
Con estentóreo cañonazo truena.

La bilis derramada me envenena,
Y llega el mal de rabia á tal exceso,
Que el pelo encaramado, hirsuto y tieso
Por partes el sombrero me barrena.

Sobre mí me suspendo, me lo cojo
Cuando él en torbellino se amontona,
Y es tal la fuerza que me dá el enojo

Que yo mismo levanto mi persona
Cual si me alzara un gigantesco piojo :
Y esto causan mis celos con Petrona !

No puede de ambos polos todo el yelo
Ese fuego apagar de aquella rosa,
Que en este corazón tan ardorosa
Divina apareció por ser del cielo.

Y vino á ser en el humano suelo
La reina celestial, deidad hermosa,
De todos adorada como diosa
Del ángel femenino bajo el velo.

Hoy es el sol cuya esplendente llama
No puede derretir el hielo frío,
Que ella tiene y sin piedad me inflama,

Cual si fuera el desdén de fuego un río
Que olvido eterno en el amor se llama,
Pues que ella olvida tanto el amor mío.

Qué es esto, Petronila ! que me pasa,
Que me siento abrasar no sé por dónde,
Porque este fuego abrasador se esconde
Precisamente en el lugar que abrasa.

A esta del alma quemadora brasa,
Pregunto con ardor y no responde,
Si es que desea que el lugar se monde
O que se hunda en el fogón que la asa.

Acude, ven, camina, pronto vuela,
Que este incendio demanda tu socorro,
Pues pasa de las chispas á candela.

Si tardas en venir, yo mismo corro
A darle auxilio á la encendida vela,
Que falta fuera no apagar el chorro.

Desnudo de piedad, sólo vestido
Con la mortaja del que vive muerto,
Del hambre y sed eterna en el desierto
Do marchó macilento y abatido.

Con pesadillas del amor dormido,
Por insomnios fantásticos despierto,
Soñando sin dormir me rindo incierto
Ansiando un suave arrullo apetecido.

De ese ensueño, la imagen lisonjera,
Al despertar con su soñar me daña,
Aunque es una mentida imagen fiera

De esa diosa infernal que con su saña
Ordena que yo viva, porque muera
Del fuego con que impávida me baña.

¿ Por qué perder el tiempo sin provecho
De Petra en describir genio y figura,
Si sólo el pretenderlo es gran locura
O pruebas dar de entendimiento estrecho ?

¿ No es presentar al imposible el pecho,
Y el talento poner en gran tortura,
Queriéndolo elevar á tanta altura,
Donde por lo ancha morirá desecno.

Y caso de emprender tan arduo intento
Al fin he de quedarme, cual me hallo,
Tan falto de colores y argumento,

Y de pincel para la empresa fallo ;
Y puesto que he de andar sin movimiento
Mejor es por ahora *no meneallo*.

En esta mi cabeza, mía y propia
Juzgo que Helena, que Cleopatra, Dido
Y mil beldades que en el mundo han sido
De Grecia, Roma, Egipto y aun de Etiopia,

No fueron, en verdad, sino la copia
De la belleza artística que en Gnido
Dió formas al modelo convenido
Dejando á otras bellezas en la inopia.

Mas la razón de la razón que tengo
En esta mi cabeza propia mía,
En decir y afirmar que no convengo

En que hubo una belleza como hoy día,
Sino beldades del tenor realengo,
Es que entonces Petrona no existía.

Petrona me miraba con dos ojos,
Y yo la contemplé con los dos míos ;
Mostrábame desdén con desvaríos,
Y yo le contestaba con enojos.

No anduvimos los dos cortos ni flojos
En pruebas de entusiastas amoríos ;
Unas veces calientes, otras fríos,
Unas veces con saltos, pero cojos.

Cuando ella me decía : prenda amada ;
Yo entonces contestaba : prenda mía ;
Yo quedaba en silencio, ella callada.

De nuevo comenzaba la porfía,
Y cuando á su mansión ella tornaba,
Yo entonces á mi casa me volvía.

Mientras más me aborrezcas más te quiero :
Te adoro tanto más si me maltratas ;
Más vida tengo mientras más me matas,
Y mientras más me entierras menos muero.

Mi amor es sin vivir tan duradero
Que mientras menos mi existir dilatas
O más el hilo del vivir desatas,
Tanto más vivo en el vivir postrero.

En vano, Petra, dictarás mi muerte ;
Que deje de vivir no lo imagines ;
Porque es tan dulce mi tirana suerte,

Que mientras más me mates y asesines,
Con tanto más vigor y vida fuerte
Iré detrás de tí por dó camines.

No hay poder en la tierra que me venza,
Ni puede el orador más persuasivo
Hacerme comprender causa ó motivo
En humana razón que me convenza.

Es único mi intento, el cual comienza
Jurando con fervor aumentativo,
Y con la impavidez de un muerto vivo
De hacerme, por amor, un sinvergüenza.

Con tal de ser esclavo de Petrona,
O ser de sus caprichos el juguete,
Desprecio de un monarca la corona,

Y la tiara, la mitra ó el bonete ;
Y en fin, por ser la oveja de esta leona
Dejaré lo de vivo por zoquete.

No me mueve, Petrona, para amarte
Cosa alguna que me hayas prometido
Ni me mueve el haber siempre tenido
Tanta aguda calilla que aguantarte.

No me mueve tampoco el contemplarte
Cual paraíso donde voy perdido
O como hallado Edén donde he vivido
Muriendo por la dicha de encontrarte.

Sólo me mueve de vencer la idea
Cuando contigo con mis armas luche :
Después....qué importa que parezca fea

La espada de una vez en el estuche,
Y así diré de tí cuando te vea:
Teniendo yo su oreja, aunque no escuche.

De Apolo los flamígeros laureles
No sirvieran de alfombras á Petrona,
Ni servirle tampoco de poltrona
El carro de la Aurora y sus corceles.

De *Tempe* nemoroso los claveles,
Y yedras sacrosantas de Dodona
Con que la frente el trovador corona,
A Petra no le cuadran de oropeles.

¿ Qué pues encontraremos que á Petrica
La puedan convenir, pues todo es poco ?
En vano mi pincel se mortifica:

Nada puedo escoger ! me vuelvo loco,
el arte al escoger nada me explica,
Y nada me dirá.... ni yo tampoco !

Privado estuvo el cielo de luz pura,
Lo estuvieron el sol, luna y estrellas,
Y oscuras las efímeras centellas,
Y la luciente aurora estuvo oscura.

El relámpago claro, aunque no dura,
Por no buscarle al sol fuego y querellas,
Negras dejaba en la extensión sus huellas,
Y el resplandor abandonó la altura ;

Mas, luego que Petrona al mundo vino
Las luces por el orbe se regaron :
Volvió el Crinado á su esplendor divino ;

Pues sol, luna y estrellas recobraron,
No luz de la que él riega en su camino,
Sino la luz que en Petronila hallaron.

Yo mismo me aborrezco y me condeno,
Al verme tan oscuro de sentido,
Que paro en el rubor de haber corrido
A toda rienda suelta al desenfreno.

Soy de mi propia sanidad veneno,
Que vierto en mi despecho contenido,
Y mírome tan mal, y maldecido,
Que aun para hacer lo malo no soy bueno..

En vez de libertad, pido cadena,
Y es ya el alivio á mi dolor penoso,
Y tánta sin razón ya me enajena,

Que vivo con mi angustia temeroso
Que pueda al fin cesar mi acerba pena
Y verme en salvación, libre y dichoso.

A un tiempo, Petra, te aborrezco y quiero;
Contigo estoy contento y enojado,
Y al paso que me siento enamorado,
Disgusto y saciedad de amor infiere.

Del odio y del amor cual prisionero,
No puedo concebir cómo á tal grado
El uno de segundo haya ganado,
Y el otro haya perdido de primero.

Si amor ha consentido al uno entrada,
El otro buscará pronta salida,
Huyendo uno del otro en retirada.

Amor retornará muerto á la vida,
Y mi alma á Petra quedará ligada,
Hasta segunda orden de partida.

Si Petra se muriera, convencido
Estoy de que su espíritu glorioso
De su cuerpo jamás, por tan hermoso,
Será, ni por la muerte, desprendido.

La vida con la muerte ha convenido
En que el día final pueda gozoso
El uno junto al otro en el reposo,
Con vida ó muerte, continuar unido.

En cuerpo y alma emprenderá su vuelo,
Que el alma de su estuche desatada
Pronto sería convertida en hielo.

Ambos tener en la inmortal morada
Es necesario al interés del cielo,
Que quiere, de Petrona, todo ó nada.

No me importa, Petrona, al escribirte
Buscar las expresiones en el arte,
Que fuera necesario al retratarte
La ciencia celestial para bruñirte.

Más claro es en lo oscuro al definirte
Hacerlo sin los fines de alabarte,
Porque el medio mejor de ponderarte
Es no tener palabras que decite.

En lo bello del mundo tú no cabes
Siendo del cielo tus bellezas raras,
Serían para tí cuestiones graves.

Si pintarte á tí misma hoy intentarás,
Porque al verte y saber lo que no sabes,
Mucho de lo que sabes ignoraras.

Dices, traidora, que te olvido! . . . mientes!
Porque nunca me acuerdo de olvidarte;
Mi memoria de tí, parte por parte
Se acuerda aunque olvidándome te ausentes.

Jamás son mis recuerdos diferentes,
Tan iguales han sido en recordarte
Que ni saben si deben apartarte,
Ni ignoran que olvidándote no sientes.

Si yo fuese feliz por ser querido
Olvidarte pudiera algún momento,
Y acaso la memoria de mi olvido

Pudiera recordar al pensamiento
Las causas por las cuales he vivido,
Muriendo por saber si ignoro ó siento.

Vióme Petrona con sagaz mirada,
Y yo bajé los ojos de contento:
Vióme de nuevo, y como fué en aumento
De mí no supe, ni sabré más nada.

Volvi á mirarla con la vista alzada,
Volvió á mirarme con mayor intento,
Y yo, con no menor atrevimiento,
con cara la miré más descarada.

Miróme, la miré, volvió á mirarme,
Y yo torné á mirarla fijamente,
Dispuesto á persistir sin retirarme;

Y cuando más miraba, de repente
Observo, que el seguir, era engañarme,
Pues Petra á quien miraba era á Vicente.

El fruto del amor que he concebido
A tí, dulce Petrona, pertenece :
Tú sólo eres el dueño que obedece,
Y eres la madre de quien es nacido.

Como hijo, de su madre agradecido,
La flor de que nació tierno te ofrece ;
Porque si nace, desarrolla y crece,
Lo debe á ese cultivo recibido.

Si tu indolencia maternal desecha
Del árbol que sembraste, ópimo fruto
Que tanto ha producido hasta la fecha.

Hará que de su vida sea tributo,
Y á fin que no se pierda la cosecha
Iré juntando la materia en bruto.

Este rostro que vés descolorido,
Porque sólo son negros sus colores,
De Petra son milagros en primores
Que me han hecho perder hasta el sentido.

Es el rostro que nunca ha pretendido
Los años acusar de destructores,
Que imitando al ocaso en sus albores
La tierna juventud pone en olvido.

Petrona es el Saturno que ha arrancado
De su joven raíz, viejas las rosas :
Y ella lo tiene, como vés, sembrado

De abrojos y espinillas escabrosas....
Que sólo un mentecato enamorado
Puede sufrirle semejantes cosas.

Cómo es posible que sin venda asista
A verte sin quedar, como sospecho,
Sin tuétano en los huesos, y maltrecho
Sin el valor con que á tu ceño embista.

Cómo quieres, vencido, que resista
Después de un cataclismo tan deshecho,
Que apenas presentar me es dado el pecho,
Y á esos tus ojos dirigir la vista.

Y cómo resistir en tu presencia
La fuerza tentadora de ese encanto
Que quiso la divina Providencia

Dar á tu rostro, si me tiene el llanto
Tan débil para hacerle resistencia,
Que mi propio valor me causa espanto.

Tiene Petrona un talismán tan bueno
Que á su sabor, como al olor del guiso,
Se pone pelo arriba á fuer de erizo
El calvo más pelón, casto ú obsceno.

La fuerza principal de su veneno,
Cual pelo de Sansón, está en el rizo,
Y en esa dulce sal que de su hechizo
Constantemente lo mantiene lleo.

De Angélica el anillo milagroso
No tuvo más virtud ni poderío :
Ni tuvo de Rugero el luminoso

Escudo, tan ardiente señorío ;
Porque este talismán es tan fogoso
Que de tanto quemar, me tiene frío.

Los dientes de Petrona son marfiles
Que dieron los celestes elefantes :
Son perlas, son arjófares brillantes,
Bruñidos por artífices sutiles.

Son níveas azucenas de pensiles
O cisnes entre rosas navegantes,
Palomas, á las blancas semejantes,
Que á Venus atribuyen los gentiles.

Dientes ebúrneos que morder pudieran
Las rosas á la madre de Cupido
Si madres y Cupidos existieran.

Esos dientes de sierpes me han mordido,
Como á otros tales perros les mordieran,
El alma, el corazón, y hasta el sentido.

Oh, musa de los brindis y banquetes,
Inspírame, que quiero entre los brillos
De Petra, celebrar los dos carrillos
O, con más propiedad, los dos cachetes.

Con música, bombardas y cohetes,
Y al son de retambantes estribillos,
Los quiero edificar como castillos,
Do encierran los cupidos sus juguetes ;

Pero dime primero, sacra musa,
Cuál es en los sistemas del Parnaso,
El método mejor, ó que más se usa,

De dibujar cachetes ; y si acaso
La escuela de Ollendorff no se excusa,
Me lo dirás después que voy de paso.

De Petra la nariz no es galo-griega,
Ni es una especie de nariz romana,
No es árabe, francesa, ni italiana,
Sicambra, ceniniense, ni noruega.

¿ Será nariz que á lo divino llega,
Y no la alcanza la nariz humana ?
No la tiene Saturnia soberana,
Porque Petra imperiosa se la niega.

Bajando de los ojos á la boca
Es de aquella columna el brillo cierto,
Si el profeta Moisés no se equivoca,

Que condujo á Israel por el desierto
Que hoy Adcnai para ser, coloca
De salvación en Petronila, el puerto.

La boca de Petrona es tan pequeña
Que no cabe por ella ni una araña :
Es una rosa que al clavel engaña,
Y á los jazmines á reír enseña.

Tan grande pequeñez es pedigüeña
De besos mil con intención tamaña ;
Porque es más peligrosa en lo que daña
Que si cayera en Boquerón la peña.

Ni el tigre, ni el caimán, ni la serpiente,
Ni endriagos, calamares y dragones,
Son más dañinos al morder la gente

Abriendo sus tamaños boquerones,
Que esta boquita cuando pela el diente
Y muerde, al sonreír, los corazones.

He dibujado de Petrona el diente,
La boca y la nariz: me falta ahora,
Entre otras partes, su divina aurora
Más celestial en su elevada frente.

Mas ¿ cómo dibujarla si impotente
La musa aprecia de mejor pintora
La ninfa de los lirios que colora
En las mañanas del rosado Oriente.

Tienen versos catorce los sonetos,
Y en solo disculparme en poesía
Con este van gastados dos cuartetos.

Así, yo dejaré para otro día
La obra de concluir con los tercetos,
Frente, aurora y demás de Petra mía.

Que quieras ó no quieras, te poseo !
Gracias mil, Acidalia....en mi locura
Por ella, gozo noches de ventura
Y en sueño entre tus brazos me recreo.

A toda pierna suelta mi deseo,
Y á todo saborear de tu hermosura,
Oh, Petra! en tu dulcísima apretura
Noches enteras con amor me veo.

Negarme no podrás cómo he gozado
El bien que tántos males me ha traído,
Y todo ese placer que me has negado :

Qué importa que no sea lo creído
Verdad, siendo eso clavo ya pasado,
Y doy por becho lo que nunca ha sido.

Cuando con pena en mi vergüenza veo
Cuán digno del castigo es el pecado
De haberme con escándalo dejado
Sin freno dominar de mi deseo :

Cuando las horas meditando empleo
En verme, tras de cuernos, apaleado
Por quien como al descuido y con cuidado,
Manda á un santo adorar en quien no creo ;

Y cuando del amor, ciego por verte,
No me atrevo de incrédulo á negarlo,
Viene en pos la razón que me lo advierte

Encuentro mi castigo en publicarlo,
Pues del triste pecado de quererte
Es más que penitencia confesarlo.

Aquí tienes latiendo en este pecho
Un tierno corazón, que palpitante
Está desde este día en adelante,
Doblado enteramente á tu derecho;

Aquí tienes un alma en lazo estrecho,
Unida con la tuya, en abundante
Cosecha de pasión, firme y constante;
Y aquí tienes comida y blando techo.

Después que haya otras cosas repasado,
Responde á esta pregunta : ¿ te parece
Que añada á la comida otro bocado,

Más grande por el fuego en que se cuece,
Y aumente por la sed en que está asado ?
Respóndeme, por Dios ! ¿ quieres que empiece ?

Petrona me aborrece, y soy su amante,
Le soy agradecido, ella es ingrata ;
Humilde la obedezco, y me maltrata,
Y á tan variable sér le soy constante.

Porque humilde le lloro, de adulate,
De vil, de bajo y baladí me trata;
Pero ella en vano sin morir me mata,
Pues de muerte y dolor salgo triunfante.

Le pinto de mi amor el buen deseo;
Mas me responde con fingido enojo,
No dejándose ver, porque la veo;

Y si el silencio por refugio escojo,
Me ordena dar de gritos, por recreo
De su capricho y singular antojo.

Si Petra, como alivio de mi duelo,
Quisiera permitirme un solo robo !
Ladrón dichoso, arrancaría al lobo,
Que también ha robado, más de un pelo.

Si al levantar de su guarida el velo
A donde sube el alicate en globo,
Ya no sería en el arranque un bobo,
Como he sido en desearlo con anhelo.

Y como tal permiso fuera justo,
No crea el lobo que del pelo haría
La soga del ahorcado, porque gusto

Ninguno con ahorcarme le daría,
Sino que á solas con mi pelo augusto:
“Al César lo del César,” le diría.

No piensen que Petrona es solo diosa,
Ni sólo una deidad que en rauda vuelo,
Bajó á la tierra desde el alto cielo,
Para ser en persona primer cosa ;

No crean que es clavel, jazmín, ni rosa
De Edén ó Paraíso de otro suelo ;
Ni Venus que cubierta con el velo
Nació de las espumas tau hermosa.

No juzguen que es la virgen encarnada,
Ni es Eva por el hombre seducida,
Para ser por amor madre preñada.

Petrona es cantidad desconocida,
Sui generis, del género de nada,
Y á todo lo infinito reducida.

Amigo, no te duermas en desvelo ;
Ni duermas desvelada, amiga mía ;
Ni nadie se desvele, noche y día,
Soñando en nada grande de este suelo.

No ! queridos amigos, ni del cielo
Piensen en santos, porque, en fin, sería
En todos, y en vosotros, tontería :
Hacia los tontos dirigir el vuelo.

No pienses, buena amiga, en vanidades
Que engañan á los ciegos, te lo digo :
No pienses en los entes y entidades.

Que nunca el pensador lleva consigo :
Ni pienses tú tampoco en necedades :
Piensa sólo en Petrona, buen amigo.

“Pues ese cielo azul que todos vemos,”
(El plagio disimule un Argensola)
Ni es cielo, ni es azul, ni es una sola,
La fábrica de embustes que tenemos.

El mundo y cuanto existe, cuanto hacemos,
Decimos y charlamos, son la bola
Más grande del mentir, que en carambola,
Rechaza esas verdades que creemos.

En toda esta mentira mal forjada,
Sólo hay una verdad sin falso modo
Con que nos dice una razón, vedada

Al hombre vil, por el candor del todo :
“En muerte, todo á la verdad, es nada,
En vida, Petra, sin mentir es todo.”

Sobre la excelsa nemorosa falda
Que nombra nuestro pueblo por costumbre,
Del Avila eminente regia cumbre,
Altiva con su espléndida guirnalda.

Ciñendo su alta frente la esmeralda,
Llenos los ojos de la clara lumbré
De espíritu, belleza y mansedumbre,
Y suelto el velo en la turgente espalda,

Bajó una vez la rozagante Ceres,
Y desde aquella fúlgida corona,
Buscó de entre las ninfas y los seres

De su querida y predilecta zona,
Cuál era la mejor de las mujeres,
Y halló que sin disputa era Petrona.

Si pienso en tu cintura, me derramo,
En goces de fogosa fantasía ;
Si pienso en esos ojos de heregía,
En amorosa quemazón me inflamo.

Si en esos labios que de rosas llamo,
En célica ilusión libo ambrosía,
Me lanza á tal extremo la osadía,
Que de los santos caridad reclamo.

Y tánto me sorprende en movimiento,
El ala de Cupido, que en su altura,
Ya loco de cobarde atrevimiento,

Me veo en el extremo de locura,
Si pongo con el solo pensamiento.
El dedo en la incurable matadura.

El orbe dejará de ser un cielo,
Y la tierra de ser un pobre mundo :
El Ponto dejará de ser profundo,
Y en hondo abismo trocaráse el suelo.

Primero el ave dejará su vuelo,
Y el hombre por los aires errabundo,
Tan pobre como diablo vagamundo,
De tierra y aire volará gemelo.

Podrá la muerte convertirse en vida,
Podrá la vida convertirse en muerte ;
Y á nada la existencia reducida,

Antes que yo por mi tirana suerte
Te deje de querer, Petra querida,
Ni aunque tú no me quieras, de quererte.

Si pudiera gozar, Petronilita,
En tus labios de miel un dulce beso....!
Oh! cómo saboreara ese embeleso,
Del *cambio* celestial de salivita.

Oh! cómo me supiera en tu boquita,
Como al perro cou hambre sabe el hueso,
Como al muerto la misa, al santo el rezo,
Y al fraile la limosna que él le quita.

De sólo figurármelo se inflama,
No ya la carne en el brutal deseo,
Sino la sangre en la ardorosa llama,

En que los huesos y la carne veo,
En ese ardiente infierno de la cama,
Que tiene por tormento su recreo.

Como el perro que baila por la plata,
No me digas, Petrona, que te adoro:
Te quiero por robarte ese tesoro
Que está de tu fusil en la culata;

Que como una secreta catarata,
Más que si fueran manantiales de oro,
Contiene esa riqueza que te imploro,
Y cuya posesión tanto dilata.

En premio de un amor tan verdadero,
Oh, ¡ dámelo, Petrona! y yo te juro
Que, como el más honrado tesorero,

Ladrón te puedo ser, mas no perjuro;
Pues aunque el interés me robe entero,
El capital te dejaré seguro.

Llorando estoy mi tiempo mal perdido,
Tan mal en tantas pérdidas empleado,
Hubiera en el perder más bien ganado,
Con otro jugador, no con Cupido.

Jugando sin ganarle ni un partido,
No tengo qué perder: todo he jugado;
Me río con dolor de haber llorado,
Y escucho con vergüenza mi gemido.

No siendo tiempo de atajar el lloro,
Seguir debo llorando, si no puedo
El llanto detener, mientras deploro.

El ver que ya no es dable estarme quedo,
Estando como estoy en tu alto coro,
Sin subir ni bajar, como Quevedo.

Ay, mísero de mí! que sembré flores,
Y espinas he cojido por cosecha:
Los cirios que encendí, son hoy la mecha,
Que en sombras convirtió sus resplandores.

Del trabajo saqué sólo sudores,
Tornóse mi áurea senda en pica estrecha,
Dó la izquierda seguí por la derecha,
Y dó mis males se pusieron peores.

Volviéronse malezas mis jardines,
Y sus perfumes en odiosa peste:
Y los que fueron rosas y jazmines,

Son malas yerbas, ó *cadillo* agreste
Cercándome, en lugar de serafines,
Turba infernal y endemoniada hueste.

Ay, mísero de mí! que otros piñones
Sembraron y felices recogieron
Flores y rosas, que después sirvieron
De abono para nuevos corazones.

En ellos cultivaron ilusiones
Que en puras realidades les rindieron,
Cuantas cosechas recojer quisieron
De goces y tesoros á montones.

Por lo que sus malezas, y antes breñas,
Tornáronse en edenes y jardines :
Manaron miel sus escabrosas peñas,

Y así tántos demonios serafines
Tuvieron y Amaríldas risueñas,
Y auroras de zafiros y carmines.

Robe el ladrón y mate el asesino,
Mueran de hambre el huérfano y la viuda,
Perezcan las virtudes en que suda
El sabio en su ridículo camino.

Que el crimen se proclame ángel divino,
Y ante sus leyes la justicia muda,
Inclínese al horror con que se escuda
El bárbaro, el ladrón, el vil beduino.

Sea el vicio en el trono proclamado
Rey soberano del linaje inmundo,
Y el oro de los ricos adorado.

De hinojos con amor inverecundo,
Que yo de Petra adorador al lado
Poco me importa que se acabe el mundo.

Es mi amor á Petrona una serpiente
Que contra más me muerde, más nociva
Es siempre su picada, y más se aviva
En mi alma su dolor, y más se siente.

Cada vez que en furor me clava el diente,
Hace la fuerza de su hiel más viva,
Contra más me lamento más altiva
Crece la furia del veneno ardiente.

Bien pudiera evitarme esos rigores
Con darle á la serpiente en la cabeza,
Curando de una vez tantos dolores;

Pero hallo tanta fuerza en mi flaqueza,
Que por débil prefiero en mis amores
Morir de mi impotente fortaleza.

Es mi amor á Petrona un dulce sueño,
Imagen con que lloro de alegría ;
Un cuadro, un panorama en fantasía,
Una grata visión de ángel risueño ;

Un medio entre vapores y beleño,
Una torta de néctar y ambrosía ;
Un sol de noche con que paso el día,
Fuego en que me ardo convertido en leño.

Entre dentera y el dolor de muela,
Es llama que me quema vigorosa,
Una mecha abrasada entre su vela,

Una brasa encendida y ardorosa,
Una hoguera, un fogón, una candela,
Un infierno, una imagen espantosa.

Cuando estaba mi amor en primavera
Esperaba tener un buen verano,
Creyendo fácilmente echarle mano
Al fruto que el calor darme pudiera ;

Mas al pasar de la estación primera,
Cuando el árbol su flor brota lozano,
El fruto recojer fue intento vano,
Hallando soledades por pradera.

Porque al momento que pasó el estío,
Helado invierno sucedió al otoño,
Y el dulce fruto que debió ser mío

Tocó á un vendimiador menos bisoño,
Que aprovechó el calor antes del frío
Y el fruto desgajó de su retoño.

Dame, Petrona, tus purpúreas flores,
Que en mi horóscopo fue bien descubierto,
Que dentro de veinte años habré muerto,
Si siguen como empiezan mis amores.

Si pronto no apaciguas tus rigores
Será caso perdido, hallar por cierto,
Que por no descubrirte á mí cubierto
La tierra me tendrá con mis dolores.

Y cuando me contemples sepultado,
Remedio no hallaré para mi cura,
Ni en la conciencia encontraré el cuidado

Atroz de contemplar que en sepultura
Está el que hubiera tu piedad salvado,
De su falta de juicio en su locura.

Cuando sólo admiraba tu belleza,
Y gozaba rendido á tus encantos,
Sin dudas, sin jaquecas, ni quebrantos,
Cansado de tu amor por la dureza,

Qué mucho si mil veces la tristeza
Dulce mis ojos inundara en llantos,
Si creía de amor ser duelos santos,
Siendo, al contrario, del amor fiereza ;

Mas hoy por siempre la ilusión perdida,
Dá campo al desengaño doloroso,
Y está de tus maldades convencida ;

Hoy dejo la esperanza en el odioso
Infierno donde el diablo de la vida,
Nos lleva en torbellino pavoroso.

Se hallan mis ojos de su propio llanto
Ya convertidos, verdaderamente,
No ya en arroyo, manantial ó fuente,
Que pueda el dique detener un tanto,

Sino en diluvio que me causa espanto ;
En b́aratro, vorágine ó torrente,
Que porque no me cubra hasta la frente,
De pié sobre sus ondas me levanto.

Ahogarme temo en él, tánto ha crecido,
Que en mis lágrimas propias he nadado,
Y al ser gran nadador sólo he debido

Haberme con vejigas libertado ;
Mas, ya que con nadar no he perecido,
Me veo en propios llantos naufragado.

Dulce tormento por mi mal hallado ;
Triste y amargo por que lo he querido,
Mejor para mi bien hubiera sido,
No haberlo por mi mal alimentado.

Quién me hubiera ese mal pronosticado,
Que en eterno dolor me tiene hundido,
Siendo la causa de mi bien perdido,
Y de todos los males que he ganado.

Quisiera permutar este tesoro
Por otro que me hiciese tesorero,
Porque el uno no siendo plata ú oro,

Ni usar pudiendo el otro como quiero,
Compraría con uno el bien que adoro,
Ya que el otro se compra con dinero.

Que cese el Universo en su trabajo,
Que de órbita se salga el cielo entero,
Y no quede en su altura ni un lucero
Que no se venga de cabeza abajo.

Que el coro del Olimpo cabizbajo,
En este universal derrumbadero,
Se encuentré de maleta y escotero,
Con Júpiter y Juno hecho estropajo.

Que en llamas arda, ó que se aniegue el orbe,
Que el cáos vuelva á su primer abismo,
Que en el infierno Satanás se encorbe

Sobre este pavoroso cataclismo,
Que nada habrá en el mundo que me estorbe
Seguir con mi Petrona siempre el mismo.

Pensando estaba Dios con gran cuidado,
Si es que en Dios puede haber causa ó motivo
De estar, como sus siervos, pensativo,
Después de haber como Señor pensado,

Que cuando por su mano fue creado
El hombre, por descuido positivo
Se le escapó de mano, ó fué excesivo,
En dones con el barro malhadado.

Pues que al formar la universal matrona,
Que el nombre universal de madre lleva,
Sin duda no advirtió que una persona

Habría de nacer, que tras de nueva,
Más bella había de ser, cual es Petrona,
Más que la antigua, la moderna Eva.

Dá pena confesar que ciertamente
Hay vates de elevadas fantasías,
Que pierden escribiendo fruslerías,
Tiempo y trabajo miserablemente.

No sé cómo no muero de repente,
Al ver cómo con mil pedanterías,
Escriben sin conciencia tonterías,
Que aumentan el mal gusto de la gente.

Teniendo un elemento en abundancia,
Un tema sin rival en las bellezas
Con que pueden tener honra y ganancia,

Y tras de fama y gloria las riquezas,
Al cantar el primor y la elegancia,
Y la gloria de Petra y sus grandezas.

Aunque escritores que impusieron yugo
A la literatura en nuestros días,
Y fueron eminentes gerarquías
Que metieron al Zoilo su tarugo,

Desprecio á Castelar, á Víctor Hugo,
Desprecio á Echegaray y compañías,
De cuyas literarias porquerías
Mis manos, cual Pilatos, las enjugo.

Y quien no se las lava de unas cosas
De las que se lavara una fregona,
Pues son tan impudentes y asquerosas

Que no hay, ni de mal gusto, una persona
Que guste de unas obras tan odiosas,
Que nunca mencionaron á Petrona.

Si en Dios quiero pensar, sin querer pienso,
En Petra sin reposo ni descanso ;
Pienso en el río, en el arroyo manso,
Mas pronto vuelvo á mi pensar inmenso.

Nunca en Petrona de pensar me canso :
En ella el pensamiento está suspenso ;
No es el canto del cisne, que es del ganso,
El grito agudo del pensar intenso.

Pensar quiero en la Virgen y en sus flores,
Y mientras ya pensando me creía,
De todo corazón en los dolores

**Angustias maternas de María,
Advierto que he pensado en los amores
De Petra, que es mi virgen de ironía.**

Quieres saber lo que Petrona vale,
Cuál el valor de lo que no me vende,
Hasta qué altura su valor suspende
Un precio que no hay oro que le iguale ?

El que quiera saberlo que señale
Un punto donde quiera que se extiende
De Petra ese valor, y si me entiende,
Sabrá que no hallará quien lo acabale.

Comience de los piés á la cabeza,
Prosiga por detrás y por delante,
Examine muy bien, pieza por pieza,

Y cuando tope con lo más brillante,
Le exijo que me diga con franqueza
Si soy en justiprecios ignorante.

En torno de Lutecia con estruendo
Cual genio aterrador de la batalla,
Despide la mortífera metralla
La abierta boca del cañón horrendo :

Cruge en Cartum con el herir tremendo
La aguda lanza en acerada malla,
Y del celeste imperio la muralla
Resiste del francés choque tremendo.

Sobre los hombros del divino atleta
Lanza el mundo los ecos de su gente,
Que de gloria y baldón vive repleta ;

Y baja, y sube y truena ese torrente,
Y en medio á ese bullir canta el poeta
Las glorias de Petrona solamente.

El rayo tremebundo que Vulcano
En su tartárea fragua tenebrosa,
Con su hueste de Cíclopes grandiosa
Forjó para el tonante soberano;

La espada de Mavorte, el dardo insano,
Que la implacable Palas belicosa
Lanzó contra la estirpe generosa
De Priamo, sobre Héctor, el troyano,

Y Brontes, Piragmon y Polifemo,
Micrómegas, Tifou, Briareo y todo,
Esteropes, del uno al otro extremo,

Armado contra mí, de ningún modo
Harán que yo abandone ese supremo
Placer, con que en Pezona me acomodo.

Tienes los dientes de marfil nevado,
Sin mezcla, ni remota, de amarillo :
Es de nieve tu frente, y el carrillo
De clavel, entre blanco y encarnado.

De leche, bajo nata sonrosada,
El seno, donde no me maravillo
Que el pérfido, malévolo chiquillo
De Venus, con la aurora haya habitado.

Tu pelo es de azabache, largo y terso,
De que sólo es rival en hermosura,
Otro pelo que en todo el universo

El buscarlo mejor, fuera locura. . . .
Porque el negro es, por lo bueno, tan perverso,
Que no lo puedo ver sino en pintura.

Entre duras y blandas, como apenas
Basta un sólo soneto; en apretura
Me veo al describir tánta hermosura
De rosas, y claveles y azucenas.

Hay tanto que decir en cosas buenas,
De tanta bella imagen y figura,
Que el pintor más Urbino en la pintura,
Se hallara Rafael entre cadenas.

Pintarte, á Meissonier le fuera empacho,
De artísticos tormentos es un potro,
Pues uno piensa, al ensillar, el macho,

Y lo que piensa el que lo ensilla, es otro.
Ya he concluido el soneto, y ya lo tacho
De no haber ni ensillado lo que empotro.

Quando quieras enaguas, camisonas,
Zapatos, mil embrollos de mujeres,
Contigo cumpliré con mis deberes,
Encargos y demás obligaciones.

En teniendo, yo y tú, dos corazones,
Comeremos de amor, dicha y placeres,
Que el hambre poco importa entre los seres
Que saben mantenerse de ilusiones.

Quando quieras comer, Petra querida,
Y yo también lo quiera, no hay cuidado ;
Que yo sabré traerte por comida

Un tierno corazón alimentado
De amor con ilusión que dá la vida
Al que está sin comer pero acostado.

Petrona, si el honor salvar quisieres,
Y además del honor, también la panza,
No tengas entrevistas, ni de chanza,
Con ese empreñador de las mujeres.

Si aspiras á salvar esos enseres
Que son de una doncella la esperanza,
Y que sin duda á conservar alcanza
Si cumple honestamente sus deberes,

No tengas amasijos, ni entrevista,
Con nuestro Jefe, Director y Centro,
Porque de aquéllas quedarás en lista

Que quedaron por él en un encuentro
O con los ojos claros y sin vista,
O, entre las piernas, con el rabo dentro.

Ese fuego interior que halla alimento
En tu desdén y destemplanza fría,
Se enciende más desde el oscuro día,
En que empezó mi tempestuoso viento.

Por eso tanto más hoy me lamento
Que cuando menos encendido ardía,
Y como nunca tu impiedad varía
Voy triste consumiéndome en aumento.

Pero, ay! que ni en el fuego me consumo,
Antes voy añadiéndole á mi pena,
Tal grado de dolor en que me sumo,

Que ya la pira, aun de ceniza llena,
Sigo del alma despidiendo el humo,
Y el fuego á que tu frío me condena.

Si libertarme del amor pudiera
Más sería por libre esclavizado,
A dura servidumbre acostumbrado
Más en prisión como liberto fuera.

Pero si odiarte el corazón me diera
Al contemplarme de mazmorra echado,
De mi opresora libertad cansado,
A mi anhelada esclavitud volviera,

Prefiero verme siervo aborrecido,
A no sentir el yugo de adorarte ;
Prefiero ser esclavo al foete ásido



EL INFIERNO PRENUMERANDO

CANTO I.

Ningún mayor pesar dice el poeta,
que del tiempo acordarse venturoso
cuando éste á la desgracia nos sujeta.

Con afán su recuerdo sin reposo
nos hunde entre la herida el férreo dardo
que aumenta su derrame venenoso.

Inmenso en la miseria pesa el fardo
que oprime el corazón que en vano grita
descanso al implorar con paso tardo.

En doliente vía crucis de su cuita,
como el Cristo del alma, desfallece,
y absorto en su deliquio no palpita.

¡Y cómo al despertar de nuevo crece
desde el fondo del cáliz la amargura
que la hiel de su víspera le ofrece!

La noche en el recuerdo es tan oscura
como en pos de la noche es negro el día
que más clara hace ver la desventura

Huye el Dios de consuelo en la agonía
de ver, sin esperanza, ir adelante
el ángel que engañó la fantasía

Y entónces el pesar es un gigante
de pavorosas sombras, que se empeña
en hacer cada vez más penetrante

La voz de quien lo causa, porque enseña
que hoy la vida es tan fúnebre y llorosa,
porque ayer fué tan lúcida y risueña.

Cual las olas de un mar que no reposa
la peña en combatir que opone un muro
del dios á la embestida tempestuosa,

Tal ese melancólico y oscuro
fantasma indefinible del pasado
es tanto más al alma lento y duro,

Y al corazón más triste y desolado,
cuanto más de su marcha en largo día
se siente el peregrino fatigado.

Tan honda es la tenaz melancolía
como es negro el abismo donde vaga,
sin término la mente, y se extravía.

En el ímprobo atán con que se embriaga
los pesares convierte en alimento,
su suerte al recordar dura y aciaga ;

Y entonces, ¿ de qué valen el lamento
y el vano razonar contra la muerte
que es sorda entre la tumba, y ni un momento

Escucha al que persigue avara suerte
que impávido prosigue en la incesante
tarea que le impuso el dedo fuerte ?

Y cuenta su fatiga á cada instante
de impaciente martirio lentas horas
perdidas para el laso caminante.

Unas penas son de otras precursoras
sin siquiera abrigar una esperanza ;
pues son las esperanzas voladoras,

Y en esa eternidad ¿quién las alcanza,
si aunque vuela también el alarido
es un eco de inútil remembranza ?

En tanto el corazón arrepentido
ya tarde de no haber aun más amado,
y con mejor conciencia, el bien perdido,

Anhela en vano un sol hoy eclipsado,
por quien convierte flores en abrojos
y en solitarias ruinas el poblado.

Tras la nube que oculta los despojos
se levanta una sombra aparecida
con prestigio mayor á nuestros ojos ;

Y esa sombra hace entonces más querida,
más llena de ilusión aquella prenda
que adornó las miserias de la vida.

En cuya fatigosa, árida senda,
si al hogar perturbó leve trastorno,
fué el árbitro prudente de la enmienda.

Mas hoy al dirigir la vista en torno
contemplo de esa prenda despojado
el doméstico altar de que fué adorno;

Y viéndolo al presente derribado
¿qué consuela el no oír las armonías
que endulzaron las penas del pasado ?

Si de allí tornarán en negros días,
como un eco doliente y moribundo,
las que fueron tranquilas alegrías ;

Y á mi triste desierto tremebundo
hacia la eternidad dicen sus huellas
que ya se despidieron de este mundo.

¿Y á qué flores que entonces fueron bellas,
si en el mustio pensil yacen perdidas,
como en cielo nublado las estrellas ?

¿Qué importan las auroras ya cumplidas
y aquel dorado sol, lucero y luna,
al ramo de que fueron desprendidas,

Si del aura propicia ya ninguna
memoria de su amor, ni un suspiro
escucha allá en su célica fortuna ?

Ya es vana mi plegaria en el retiro,
al cielo dirigir, do silenciosos
no responden los genios del zafiro.

Y vanos son del alma los sollozos,
que no habrán de escucharse en la alta cumbre,
mansión de los espíritus gloriosos.

Del inútil rogar la pesadumbre
es acaso importuna, y su quebranto
perturba á la celeste muchedumbre.

Perennes tempestades son en tanto,
aquellas que en el hondo firmamento,
ensordecen la voz de nuestro llanto.

Inertes en su vano pensamiento,
con las alas de plomo van las horas,
perdidas en quejoso desaliento.

De dorados ensueños, las auroras,
no vuelven á rielar en el oriente,
ni á ser de otras sonrisas precursoras.

Lo que pasa no vuelve, y el presente
anuncia un porvenir que han anegado,
el ajeno y acíbar de su fuente.

El cáliz de sus ondas rebosado,
acrece el sinsabor en que perdura,
sin fuerzas un espíritu agobiado.

La inefable efusión de esa ternura,
que es de santo dolor suave rocío,
si la fe y la esperanza se apresura,

Las almas á extraviar sin albedrío ;
pues faltando el valor la fe parece
y vaga la razón en el vacío.

En ánimos sin fe, la duda crece,
consejera fatal del desconsuelo
en que el alma sin alas desfallece.

Impotente al alzar á Dios el vuelo,
¿ qué hacer sino seguir en esa vía,
en donde sin la luz, hija del cielo,

Y de esa religión que es nuestra guía,
sorda á su voz la perturbada mente
de Dios en sus errores desconfía ?

Por la fuerza fatal de esa corriente,
atrás deja el mortal el eco agudo
del grito asolador que raudó siente,

Si escucha la verdad. Prosigue mudo,
y pierde el pensamiento el buen sentido,
que el náufrago llevar al puerto pudo,

Do cesa de la angustia el alarido ;
en tanto que le ofusca el tosco enredo
de su funesto error, sin fé y perdido.

Cobarde de sí mismo, sin denuedo,
marchando contrariado en el camino,
donde pierde el ideal quien pierde el credo,

Convierte en propio daño el desatino,
de abandonar la fuente verdadera,
de esa luz que nos dió el sopló divino.

Y ciego, encandilado por su hoguera,
se lanza en frágil nave al ponto insano
do incauto sus naufragios acelera.

Y no le tiende allí su santa mano,
ese amigo tan grande como bueno,
que irradia en el madero soberano,

Y su rostro adorable y tan sereno,
ya no le dice como el buen amigo :
“ yo soy tu Salvador ! ven á mi seno,

Que en él encontrarás seguro abrigo,
contra ese vendabal que azota al mundo,
del cual te salvarás si andas conmigo ”

Y una vez en el dédalo profundo,
sin el hilo seguir no habrá Teseo,
que venza al minotauro tremebundo,

Ni es posible en tan ciego devaneo,
sin ideales salvarse del abismo,
que el hipócrita sabio ó falso ateo

Le cava al ignorante y á sí mismo,
en la escabrosa senda donde al trote,
le arrastra el monstruo cruel del fatalismo.

La duda, ese maligno sacerdote,
de la infernal deidad empecinado,
es en su altar el victimario azote,

El infeliz secuaz, desamparado,
y de esperanza en salvación desnudo,
por sí mismo al tormento es condenado.

Inexorable espectro, cáncer mudo
que mantiene el veneno corrosivo
de eterno padecer fiero y sañudo.

Buitre insaciable, en devorar activo,
ejerce el ministerio carnicero,
el seno manteniendo siempre vivo.

Renaciendo inmortal al daño fiero,
la víctima en su horrenda incertidumbre
no espera del suplicio un fin postrero ;

Pues cuando tras la noche allá en la cumbre,
amanece radiante el sol temprano,
nuevas sombras le anuncia con su lumbre.

Tal es ese invisible y cruel tirano,
que cual de las conciencias el delito,
es de su seno el roedor gusano.

No sacia aunque devora un apetito
que al crudo victimario en sus rigores
le aumenta en golosina el flébil grito.

Los días se suceden voladores,
mas, lentos en la carne revivida,
ahondan en la llaga los dolores.

Cada aurora en su fúnebre salida,
anuncia sin piedad que es nueva pena
la piedra numeraria de la vida.

En tanto que el ideal nos enajena
diciendo al corazón : sigue adelante
y arrastra con paciencia la cadena ;

Que sobre la alta esfera, rutilante,
está la beatitud que habita el cielo,
en donde son mil siglos un instante ;

Y un átomo de tiempo en este suelo
hace un siglo el dolor á quien padece
en triste soledad de eterno hielo.

Tal es ese recuerdo! él encarece
la pérdida del bien que el alma llora
y en hacerlo más caro se enardece.

Y es inútil gemir! en vano implora
aquel que la esperanza haya perdido
de ver tras negra noche blanca aurora.

¿ Consuelo, compasión, remedio alcanza
quien ve siempre delante el ceño austero
de un hado en sus decretos sin mudanza ?

Oscuro nimbo es hoy aquel lucero
que un tiempo más sereno iluminaba
con luz dulce y tranquila mi sendero.

El ángel del hogar que lenizaba
de la vida el cansancio y los desvelos,
y á la razón en su deliquio hablaba,

Es sombra que pasó, y allá en los cielos
bendita entre benditos moradores
de aquella habitación donde no hay duelos,

Acaso en sus divinos resplandores
ha hundido entre las ondas del Leteo
mi memoria, mi amor y mis dolores.

Y en el erial desierto en que me veo
¿ qué estela he de seguir si al horizonte
se aleja fugitiva á mi deseo ?

Mas nó, que al otro extremo de Aqueronte
do está de eterna noche en la ribera
tu luz impedirá que me remonte.

Esta alma mía que á la tuya espera
unirse eternamente en un destino
sublime al terminar de mi carrera,

Habrá de remontarse en su camino,
el mundo abandonando, á la morada
do está la beatitud del Ser Divino
y donde vives tú, oh esposa amada !



CANTO II

Era ya la estación en que de flores
el árbol de la vida se despoja
porque el pálido otoño y sus rigores

Marchitando el verdor secan la hoja;
cuando mustia del monte allá la cumbre,
que al rayo matutino se sonroja,

Apenas del titán rara vislumbre,
desde la aurora hasta el nublado ocaso,
recibe en silenciosa pesadumbre.

Noche era de fulgor leve y escaso,
por que entre los vapores el huero
á cada instante detenía el paso.

Como entre negras sombras el viajero
de pavor misterioso acongojado
prosigue con su estímulo agorero,

Tal recuerdo, confuso, que postrado
de un sueño melancólico y doliente
ó en un mar de visiones engolfado,

De positiva realidad ausente,
me hallaba entre la muerte y esa vida
que del ser y no ser es inconsciente.

Y la idea en fantasmas confundida
ni del simple animal tiene el instinto,
pues se halla como en sueño amortecida,

El propio ser en la conciencia éxtinto
y apenas explicara la memoria
que estuvo la razón en laberinto.

¡ Oh noche de Aqueronte ! Si la historia
de tu pérdida gente en árduo emblema
no fué de reales hechos delusoria,

Entonces en tu imagen como el tema
de luz y oscuridad, premio y castigo,
vi en futuro cumplir la ley suprema

La mano fiel que me llevó consigo,
del cielo, del infierno; y de la tierra
abriéndome las puertas, fuí testigo

En presente y futuro de la guerra
con que triunfan del bien todos los males
que Pandora en el fondo nos encierra;

Y vi cómo la estirpe de mortales
de virtudes y gloria se despoja
cediendo á los estímulos fatales.

Y del libro al leer sólo una hoja
había tantas lágrimas vertido
que era un mar voluptuoso de congoja.

Sentíame vagar desvanecido
en esa inmensidad donde perdura
de Dios el desamor al maldecido.

¿Del hórrido Aritman era la oscura
mansión donde su espíritu acosaba
de Ormus la indefinible desventura?

¿O el ofendido juez me condenaba
al báratro insondable en que la mente
del crimen concebido se olvidaba,

A pagar por la ley del inocente
con penas ominosas del pecado
de otro réprobo audaz y delincuente?

¿O acaso, aunque sin culpa abominado
corría á los suplicios infernales,
por justicia divina condenado?

Oh Dios! cómo entre sombras sepulcrales
me hallaba sin saber en qué otendido
hubiera yo á los entes celestiales.

Absorto me pregunto si han podido
mis ojos derramar tan luengo llanto
y el alma despedir tánto gemido.

Y crece en tal dolencia mi quebranto
inconsciente al dudar si estaba muerto
ó vivo, en las mansiones del espanto.

Cenotafio de horror era el desierto
donde encontré la tenebrosa vía,
que lleva al desengaño duro y cierto.

Decirme la conciencia no podría
si fué de larga noche sueño amargo
ó el maligno sopor de oscuro día,

Que del hado fatal el triste encargo
al alma revelaron luminosa
opresa de un fatídico letargo.

Porque, ay! en la tragedia misteriosa
turbaron al amor con hiel horrenda
del odio y la Mejera venenosa,

Los que á la patria por heróica ofrenda,
el templo de los próceres cerrando,
abrieron el de Jano á la contienda

Luctuosa, y sus altares elevando
con sangrienta hecatombe el homenaje
rindieron de ambición al dios nefando,

Y los que del gran padre con ultraje
de lágrimas y sangre en triste duelo,
de la madre mancharon el ropaje.

Y vi los enemigos del consuelo
hacinando cadáveres hermanos,
cuyos huesos blanquearon nuestro suelo.

Y vi los sacrificios inhumanos
que perpetuó con intención impura
el sacerdocio cruel de los tiranos.

Y vi la suerte en la expiación futura
de aquellos que el gran crimen cometieron
contra la madre patria sin ventura.

Y en el futuro ví los que ya fueron
privados en presente de esa lumbre
que desde su pasado allá perdieron.

Porque habiendo subídose á la cumbre
del reino de Aritman, en guerra y muerte
contra el benigno Ormuz la muchedumbre,

Habrá de sucumbir ya que la suerte,
aun cuando presta á la impiedad su ayuda,
sobre élla tenderá la mano fuerte.

Y en venganza del huérfano, la viuda,
del hijo ó del hermano ya difunto,
en la batalla fratricida y cruda,

Habrá de encadenarla á un triste punto,
y dándola del tártaro á la prole
hará de Pandemonio atroz asunto.

Y ordenará al verdugo que la inmoles,
que á cada muerte nueva el estandarte
de satánicos triunfos enarbole.

El Orco en la extensión de su baluarte,
retumbará con el erínneo estruendo
que Alecta por sus ámbitos reparte.

Y al tartáreo patíbulo estupendo,
alzándose el artífice del odio,
entonará su cántico tremendo.

¿ Y cómo he de callar ese episodio,
que explica nuestro amor y desventura,
y en que fuiste mi lábaro y custodio ?

Por la justa pasión que en mí perdura,
llevado entre las furias del Averno,
olvidé tus consejos y cordura.

Perdona si las iras, sin gobierno,
que el alma en su rencor me han anegado,
callaron de tu voz el eco tierno.

Y ya que en tántas penas me has dejado,
perdona, dulce amiga, ese quejido,
que es tu amor lo que causa mi pecado.

De un anhelo insaciable compelido,
pido en vana plegaria á la esperanza
contigo me devuelva el bien perdido.

¿ Y qué presta al dolor la remembranza
de ese ideal *más allá* que es el consuelo,
el cáliz de la bienaventuranza,

Si el laso peregrino sobre el suelo,
y en las inmensidades del vacío,
es sordo á la razón aunque es del cielo ?

¿ Y qué puede esperar el dolor mío,
si cuanto el alma con vehemencia anhela
yace en la tumba inanimado y frío ?

En este asiduo afán que me desvela,
é induce á tal deliquio el pensamiento,
que olvida hasta la fé que nos consuela,

Atónito del propio sentimiento,
y hundido en inefables impresiones
que buscan al pesar triste argumento,

Giraba en torbellinos de visiones
que evocando mi negra fantasía,
la llevaron del Orco á las regiones.

No era el duelo de noche, no era el día,
el caos ni la nada, ni era en todo
el bátrato insondable en que yacía.

Vorágine de larvas luengo Exodo,
del lívido Aqueronte desprendido
en ruda confusión y extraño modo.

Jadeaba el corazón tan oprimido,
que ignoro si era en sueños ó despierto
que á mi propio dolor quedé rendido.

Dudoso le interrogo si está cierto
de haberme trasportado al otro mundo,
que la horrenda verdad me ha descubierto.

Pesadilla de un drama tan fecundo,
en temas de crueldad tan espantosa,
que en mi vida dejó rasgo profundo.

Oh Dios ! cómo la imagen dolorosa,
en la página abierta del pasado
miré cual pura virgen congojosa.

El libro inescrutable donde el hado
tiene escrito del hombre los destinos
por ella en mi visión fué revelado.

Allí con caracteres peregrinos,
leí la tremebunda desventura
dictada por los árbitros divinos.

Y vi con desconsuelo y amargura,
por el crimen pagando la inocencia
la pena de su amor y su ternura.

Pero ay! la inescrutable Providencia,
que al intelecto humano quita el juicio,
que pudiera formar de su alta ciencia,

Acaso de su dicha en beneficio
dispuso que á instrumentos pecadores,
los justos le prestasen sacrificios.

Que por falsos y pérfidos traidores,
los fieles á su Dios y al hombre leales
sufriesen de sus culpas los rigores.

Y fuesen por sus leyes los mortales,
en mal, en bien, en premios y en castigos,
mientras gira la tierra, desiguales.

Y como el mal del bien es enemigo,
y por su misma ley más poderosō,
peso y balanzas arrastró consigo.

Y por eso el mortal, ciego y dudoso,
é ignorante de Dios, juzga su suerte
injusta y sin razón en el doloso

Terrestre laberinto donde el fuerte
al débil atropella, y donde el malo
á la virtud del bueno, guerra á muerte

Declara, sin descanso ni intervalo;
y que el vicio, la crápula y bajezas,
rodando en los festines y en regalo,

Infelices eunucos de tristezas,
del cieno levantaron falsas glorias,
de tiranos indignos de grandezas,

Que creyeron cual inclitas victorias,
ser de Dios y del pueblo aborrecidos
para hundir en el odio sus memorias.

Y en el dédalo infausto ví perdidos
á mónstruos que aún existen, ignorando
que aquí pronto, cual ciegos, conducidos,

Serán por Satanás, al centro infando
en donde les espera en lo futuro
el infierno que es hoy prenumerando ;

En cuyo mar sin fin, hondo y oscuro,
vi al atroz victimario, al asesino,
al traidor, al malévolos perjuero.

Y de este pandemonio en el camino,
á eternas maldiciones condenado,
vi de la patria el opresor mezquino.

¿ Y no bajó del cielo el Humanado,
á ser por los delitos de la tierra
del hombre en redención crucificado ?

¿ Y por qué la maldad haciendo guerra
sigue en el mundo como Dios y el hombre,
porque su laberinto aún lo encierra ?

¿ Es del sabio delito el que le asombre
la causa misteriosa que produce
efectos tan indignos de su nombre ?

Y esa misma razón que nos seduce,
como á la incauta mariposa el brillo
que al engaño y la muerte la conduce,

¿ No es para el hombre el pertinaz martillo
con que en su noble aspiración la mente
trabaja sin romper el duro anillo

Que le ciñe opresor, y en que inocente
de eterna imperfección, que es su tirano
nace y muere luchando inútilmente ?

Que obtener el ideal del arte humano
hasta esa beatitud que loco implora
es mentida esperanza, intento vano,

En que sonríe ó en silencio llora,
porque en su noche eterna de ignorante,
apenas un crepúsculo, una aurora

De momentánea rápida filante,
es la luz decantada de su ciencia ;
creyendo porque ciego hacia adelante

Prosigue estimulado en la creencia
de que hallar cada vez nuevo tropiezo
que le obliga á tentar nueva experiencia,

Es ya la perfección en su progreso,
sin saber que verdad es la mentira
que fué verdad del anterior proceso ;

Sin saber que esa luz á que él aspira
está en el más allá do nunca llega,
pues la vida del mundo eterna gira

Hacia ese más acá, donde se aniega
la duda de que siempre es opresora
la verdad y razón que Dios le niega.

Mentida es su ilusión, falsa y traidora
la luz de la verdad que brilla apenas,
puesto que es de su ideal mentida aurora..

Opreso el corazón en las cadenas
de mazmorra fatal, siu tregua gime
en ese torbellino de sus penas.

Loco insensato la ambición le oprime,
pues cuando más el dicho le adelanta
tanto menos el hecho le redime.

Bella es la flor de cada nueva planta
más para dar el fruto cae marchita
y ese fruto á su vez le desencanta.

Porque al nuevo sabor sigue la cuita
de donde nuevamente en lo acabado,
de nuevo á viejo andar se precipita.

Y es tal la ley providencial del hado
que rige en ese círculo vicioso,
donde el hombre á perderse fué arrojado

Que en fatal confusión, y en el tortuoso
laberinto sin luz, á tientas gira,
sin fé, sin religión, vano, orgulloso.

Olvida á su Creador, y á sí se admira,
sin ver que cuando crée que se adelanta,
se acerca sin saberlo á otra mentira.

¿Y cómo ser feliz, si lo que encanta
su cándida creencia y necio orgullo,
es causa del error que lo quebranta?

Porque esa voz lejana, ese murmullo
que ha poco en el placer le columpiaba,
durmiendo de esperanzas al arrullo,

Cual trueno le despierta; y lo que amaba
como objeto del mundo más querido,
y en cuya adquisición se desvelaba,

Llega á ser el verdugo empedernido,
el cruel despertador, porque le advierte
que en su propio cadalso había dormido.

Y es tanta la injusticia de su suerte,
que el día de placer es en la vida
la víspera tremenda de su muerte.

Si un momento de dicha apetecida,
de efímero placer, puro y sin daños,
en la humana existencia hallan cabida,

Luego vienen en pos los desengaños
de malhadado amor, de pesadumbre,
ó del afán sin frutos, luengos años;

Pues no divisa un faro que le alumbre
hacia esa perfección, nunca alcanzada
en nuestra persistente incertidumbre.

De proceloso rumbo ó nube airada
que oculta otro destino más sublime
en ese más allá de nuestra nada,

La luz no alcanzará que le aproxime,
atado por su estrecho entendimiento,
al dios de la verdad; porque le oprime

El impasible inexorable intento
del persistente *nó* que opone un muro,
eterno burlador de su lamento.

Sordo, insensible, con su enigma oscuro
sigue el tiempo adelante, y cuando pasa,
le oculta en lo presente lo futuro,

Tras cuya ambigua luz, débil y escasa,
ostenta sus progresos de año en año,
creyendo adelantar cuando se atrasa.

Predica por verdad lo que es engaño,
y olvida, porque pierde la memoria,
que lo que amó por bien causó su daño.

Contando cada día una victoria,
no advierte que son locos devaneos
su triunfo, su verdad, su vana gloria :

Y vano el esplendor de sus trofeos,
porque al ver su pendón en alto alzado,
vé en lo bajo el mandil de sus deseos.

Vuelto del sueño á mi primer estado
confuso hoy me pregunto si he vivido,
en él, como en la tumba sepultado ;

Mas viéndome de nuevo revivido
á este valle de lágrimas sin cuento,
á donde no regresa el que ha partido,

Más dura es mi sorpresa, porque siento
la vuelta á los afanes de la vida,
como Sísifo al canto y al tormento ;

Y porque en esta senda recorrida
la amorosa expresión del ser amado
sentencia es de una pena aún no cumplida.

Ay! cuánto en remembranzas lacerado
me siento el corazón desde aquel día
en que fui por el rayo traspasado!

Y en doliente deliquio el alma mía
lo escuchaba palpitár con tanta pena
que en él corré la sangre lenta y fría,

La vida al recordar, cuando serena
en la paz y en la unión, tuvo su encanto
cual en rudo breñal blanca azucena,

Confiada en su caudor sencillo y santo
mientras lejos el Boreas inclemente
no viene á perturbarla con su espanto.

Así de la ambición el hombre ausente,
de inalterable paz en la grandeza,
y al mundanal ruido indiferente,

Sin odios desafiando á la pobreza
vive á solas, conforme, no envidiado,
ni envidiando del grande la riqueza.

¿Y quién ante la Erinnis despiadada
el rostro no inmutó ? quién poderoso
fué tánto, ni en la fuerza decantada

Del oro á los mortales tan precioso,
que pueda en frágil nave peregrina
seguro navegar el ponto undoso,

Si cuando en calma y sin temor camina
de flores al pensil, Euro violento
le arrastra de las rosas á la espina ?

Así, cual leve pluma lleva el viento,
los lares y penates de mi asilo
huyendo, se llevaron el contento.

Pues la parca insensible cortó el hilo
de esa amiga tán cara á la existencia,
hoy eco de mi espíritu intranquilo;

Y el genio vengador de la inocencia
al imperio inclinándose del hado,
en hondo sueño ó en fatal ausencia,

Yacía en mi desierto retirado,
dejándome doliente en el desvelo
del mísero en sus penas agobiado.

Pero ay! en el penar y desconsuelo,
mensajeros del alma y la memoria,
aun puedo recordar, en hondo duelo,
de mi visión la desolada historia.

CANTO III

Al véspero cercano de la vida
me encontré en una selva tan oscura,
que no vieron mis ojos la salida.

Alzábase á las faldas de una altura
de espesos nubarrones coronada
que hacían más profunda su tristeza.

La mente por visiones perturbada
del tenebroso drama peregrino,
no me puede explicar si era pasada

La hora en que la noche su camino
señala en la mitad del firmamento;
y aún duda si era el tiempo en que el divino

Celeste luminar, en su ardimiento,
siguiendo el paso de la blanca aurora,
las sombras desterraba de su asiento.

Y ni podrá decir si era la hora
de su ardiente esplendor, ó si era acaso
aquella en que su flámula colora

La cumbre de los montes, cuando el paso
dirige á su otro reino de occidente
trazando el panorama del ocaso.

Así, en contradicción confusamente
procuraré explicar aunque dudoso
del bosque el espectáculo doliente.

Y contaré el horrendo y rumoroso
elenco de aquella arca naufragada
del Orco en el abismo pavoroso.

La maleza era allí tan intrincada
que en el lóbrego seno del recinto
Uriel no hallara á su esplendor la entrada.

Al hosco, enmarañado laberinto,
de vespertina luz débil celaje
penetraba tal vez; mas, tan extinto,

Por entre su caótico ramaje,
que nunca hasta los términos del suelo
señalaba una huella en su pasaje.

Por sobre sus titanes denso velo
de tenebrosa niebla se extendía
que ocultaba en momentos todo el cielo.

Apenas rara vez se distinguía
una ráfaga pálida y serena
que una flébil fantasma parecía.

Terrores inspiraban en la escena
los seculares troncos cenicientos
de que estaba la selva en torno llena.

Creyéranse tartáreos monumentos
en funerarias formas, como endriagos
ó mónstruos que servían de ornamentos,

En atrios de infernales areopagos,
ó cual malignos ogros escondidos
meditando sus últimos estragos.

Los ví como Briareos adormidos
ó espectros macilentos de Pitones
que turbaron la luz de mis sentidos.

Caóticas siluetas de escorpiones
con retorcidos miembros de jayanes
surgiendo de plutónicas regiones

Mudas sombras que en rudos ademanes
mantenían en alto levantados
inminentes harpones de alacranes.

Allá en la oscuridad encapotados
entre la opaca sombra resurgían
como cuernos de toros encarados
gigantescos troncones do tegían
repletas de su hartazgo las arañas
que monstros en sus redes sorprendían.

De esta suerte la selva en sus entrañas,
con negras pesadillas á la mente
narraba desventuras tan extrañas

Que al alma aparecieron tristemente,
mansiones de los séres maldecidos
de la execrable estirpe de la gente.

Parecíame oír hondos gemidos,
ó blasfemias de larvas ominosas
que de lejos herían los oídos.

Abismos insondables donde ansiosas
las hijas de la muerte sin tándanza
ejercen sus tareas afanosas.

Donde el réprobo infiel jamás alcanza
de Astrea la piedad sino el castigo
del eterno dolor sin esperanza.

Porque siendo del árbitro euemigo,
y opresor de los pueblos en el mundo
la hoz de su rencor lleva consigo.

Cual si del bosque en el horror profundo,
campeara el minotauro del averno,
en su estética, fiero y tremebundo.

Juzgué verlo en mazmorras subalterno,
mofándose de Ormuz que sollozaba
con lágrimas de plomo sempiterno.

Juzgué ver Aritman, libre sin traba,
ni treguas, que á la raza perseguía
condenada por Dios á ser su esclava

Desde el triste, fatal y oscuro día,
en que quiso severa Providencia,
por sus leyes de artística armonía

Y causas insondables de alta ciencia,
al hombre castigar por el pecado
que amor halló más dulce sin licencia,

Porque plugo á su luz que por el hado,
el árbol misterioso de los males
secase el de los bienes á su lado,

Haciendo á los deleites naturales
tan caros los sabores de su fruto,
que debieran pagar con inmortales

Castigos, por su amor, duro tributo
que impuesto á la materia le trocaba
lo humano por lo ideal de su atributo.

Opreso el corazón me palpitaba,
y el alma, el intelecto y los sentidos
ahogáronse en el mar donde bogaba,

Y donde oí los flébiles ruidos,
que entre lívidas sombras tenue viento
llevaba en maldiciones repetidos.

Solemne y sepulcral era el momento
que turbó la razón en los arcanos
de aquellos escenarios del tormento

Que allí los inviolables soberanos
dictaron, presentando los emblemas
que el hombre se forjó con propias manos.

Cual nuncios precursores de anatemas
que habrían de cumplirse en lo futuro
con sentencia de lágrimas supremas.

Con pasos vacilantes, inseguro
por la sombría senda malhadada
seguí como impelido al centro oscuro

En cuya lobreguez ví levantada,
con plutónicos lívidos colores
de venideros reos la morada.

La faz de los proscritos malhechores
ví terrible vagar por el camino
do la muerte sembró sus negras flores.

Allí al monstruo del bárbaro asesino,
figurábame verlo condenado
entre el fango á rodar de su destino.

Así de acerbos penas agobiado,
vagaba en mi delirio por la senda
de execrables endechas atronado.

Sin duda era en mi sueño, cueva horrenda,
hogar de la deidad caliginosa
que á las almas arrastra en su contienda.

Detúvose la mente pesarosa,
de su propia visión petrificada
cual inmóvil cadáver en la fosa.

Deliraba inconsciente y contrastada,
por vaga incertidumbre del vacío,
que es el reino infinito de la nada.

Misteriosa pasión del desvarío,
efecto de aquel sueño tan profundo
que puso mi razón en extravío.

Gimiendo solitario y errabundo,
mudo y contrito de pecado incierto
palpaba mi existencia moribundo.

Como espíritu vano en cuerpo muerto,
el alma se esparcía en su tristura
como el polvo regado en el desierto.

Cual plomo tropezando en roca dura,
tenaz y en lentitud me detenía
jadeando de fatiga y amargura.

Horrenda era la imágen que veía,
la mente en la parábola ominosa
que en la selva trazó la fantasía.

Junto al árbol del mal la venenosa
diabólica manzana allí crecía,
que fué á la humanidad tan perniciosa.

Flora execrable de Locusta impía,
en el hórrido huerto derramaba
la hiel con que sus artes ejercía.

En torno con su hedor se propagaba,
mortífera, malévola y poluta,
del veneno mortal que derramaba,

Aquella sucia planta que la fruta
produce de que extrajo la injusticia
para el justo y el sabio la cicuta.

Y la erótica yerba que impropicia
fué siempre á la virtud y la inocencia,
en artes de la impúdica malicia.

Pues del sátiro vil tomó la ciencia
que en el templo del lúbrico pecado
ejerce en sacerdocio la impudencia.

Absorto contemplando aquel cercado
de infernales cosechas sus rastros
ó residuos de horror habían dejado.

Fijos en él, á mi pesar, los ojos
vanamente en cerrarlos me esforzaba
que puestos los tenía en sus despojos.

El ajeno del tallo ascosa baba,
vicioso en su mortífera abundancia
vertía do el gusano pululaba.

El *Cadillo* que inunda sin fragancia,
é invade con auxilios destructores
y sin esa atractiva nigromancia,

Con que á incautos seducen los ardores
que del Erebo son, entre sus ramas
celaba las insidias de traidores.

El fuego entre el amargo de retamas,
soplaban salamandras y conchudos
engendros milagrosos de las llamas.

Armados con arpones punteagudos,
cubiertos con la escama de sus discos
cuál trofeos de lanzas tras de escudos.

En acecho vibrantes basiliscos,
la muerte con mirar daban horrendo
de sus ojos ignívomos y ariscos.

Refractario energúmeno creciendo,
su efecto el *hippomane* còrrosivo,
en torno cual relámpago blandiendo.

Al hombre seducían con nocivo
halago de falacia y cruel engaño
llevándolo en el pérfido atractivo

Que fué del hombre infiel el primer daño,
ál ímpetu, no sólo de la gula
por quien perdió Esaú campo y rebaño,

Mas también al amor con que atribula,
del paraíso la ilusión primera
perdida en ese lodo que estimula.

Al paso la espinosa enredadera,
con garfio emponzoñado laceraba
causando en sus heridas gusanera.

Entre hálitos de pestes derramaba
podredumbre el clavel que junto al muerto
sus restos nauseabundos vijilaba.

Cual tumba solitaria en el desierto,
blanqueaba á la distancia en claro oscuro
tal dorso de osamenta ascoso y yerto.

A cuyo rededor lívido muro,
de vómito fosfórico vertido,
yacía en puz y sangre, negro, impuro,

Que la humedad sin soles convertido
había ya en viscoso atolladero
de venenoso muladar podrido.

Y sobre indescriptible basurero,
ví mugrientos harapos que el difunto
llevara cuando el ángel justiciero

Le condenó á cumplir en aquél punto,
la pena por un crimen pronunciado
que allá en su tribunal nunca es presunto.

Y sobre cada tumba profanada,
como injuria al cadáver en su estancia
veíase la miasma encaramada.

Y en torno con su inútil abundancia,
la mustia y desdeñosa adormidera
lloraba sin matices ni fragancia.

Inágen de fantástica hechicera,
los zarzales cubriendo de crespones
se esparcía la tiña pordiosera.

Negros sauces cual vámpiros llorones,
con alas abatidas hasta el suelo
imitaban satánicos panteones.

Monstruoso por su mole en negro duelo,
el obeso *mamón* cual pensativo
solitario elefante sin consuelo

Al contemplarse espanta repulsivo,
allí estaba enemigo de la hambre
cuya ausencia lloraba por cautivo.

Su crimen fué su grande mansedumbre,
y el haber dentro el arca de la alianza
servido de estorbosa pesadumbre.

La fuerza ocasionó su mala andanza,
pues hasta al animal castigo acosa!
si es que causan sus fuerzas desconfianza.

La negra y agorera mariposa,
el aspid, la tarántula, el zanendo,
la araña de zaeta venenosa

Que con sólo morder deja desnudo
el cadáver de carne, en hueso inerte,
y ese gusano de apetito agudo

Ansioso de la podre que la suerte
del hombre maldecido en carne humana
brinda á su vida al recibir la muerte.

Del infernal follaje en la hoja insana
moraba como joya de Mejera
con su lívida piel la egipcia rana.

Y todo en torno de los antros, era
melancólico bátrato de espanto,
blasfemias de la Esfinge ó la Quimera.

Uníanse al suspiro del quebranto
la horrible maldición y el improprio
con que el verdugo corresponde al llanto.

Aquel del intelecto cautiverio
donde Moloch y Belthebuth, oculto
mantienen en cadenas el criterio

Do sólo por razón trueno el insulto,
y todo á la ofuscada fantasía
es disforme fenómeno en tunulto.

A mi vista en desorden se ofrecía,
y cuando no á los ojos, al oído
llegaban, ó algazaras de la orgía,

O interminados ecos del gemido,
ó incesantes blasfemias del ateo
en sus propias mazmorras oprimido.

A la humana razón aquel arreo
hubiera presentado un pandemonio
de sombras infernales en torneo.

Y con mejores luces testimonio
habría de la selva al hombre dado
como justas en fiestas del demonio.

Tal era aquel panteón del renegado,
do Medusa y Gorgona en duro imperio
petrifican los entes en su vado.

Era el juicio final, el cementerio
del seso, porque el alma dolorida
lloraba al ignorar el cruel misterio

Que á nuestra prole infausta y maldecida,
impávido le oculta nuevo arcano
de aquella incierta venidera vida.

Así del triste sueño al caos insano
llevándome en confuso torbellino
siguió de pesadillas al oceano.

Volviéndome á lanzar, por el camino
en donde terminando mi carrera
de nuevo al mismo punto á hundirme vino.

Cual si fuese del Lete en la ribera
bullía al beneficio refractaria
la turiara malévola y rastrera.

La adelfa del Erebo, funeraria,
de tumbas y sarcófagos mendiga,
que en viejos cementerios solitaria

Del dolor en silencio es sólo amiga,
allí se entrelazaba estrechamente
con el mustio sepulcro que la abriga.

Lejanos misereres del doliente,
perenne lamentar del pinabeto
por el aire yagaban tristemente

Al eco respondiendo del secreto
sarcasmo del verdugo, cruel y fuerte
al supremo dolor del esqueleto.

El cóncavo *Samán*, no de otra suerte
que bóveda de escombros desolado,
patético se erguía en dorso inerte.

Lleno de jugo embriagador á un lado
ví prosperar la maldecida viña
que á Lot los incentivos del pecado.

En sueños infundió, para que en riña
perenne su nefanda descendencia
viviera con el pueblo, á quien de tiña

Sirvió, para causar la disidencia
y el odio que no escucha empedernido,
el eco atronador de la conciencia.

Sobre osarios humanos extendido
cual cabellos de Gorgona inclemente
ví sangriento el laurel aborrecido

Con cuyas hojas la romana gente
urdió sucia guirnalda, y del tirano,
con vileza y pavor, ciñó la frente.

Y ví el mirto de Astolfo que de humano
Alcina, prostituta y hechicera,
para un nuevo placer de amor insano

En afflictiva planta convirtiera.
Cual seco, deshojado, mustio pino,
ví el cepir favorito de Mejera,

Y aquel de que la lanza de Longino
sacada fué, que penetró el costado
de nuestro Salvador, Jesús divino :

Jesús, que por el bien sacrificado,
salvando al hombre ingrato del infierno
fué Dios en carne humana transformado.

Y en el profundo abismo sempiterno
sobre la fosa de Nerón, vetusta
yacía aquella planta del Averno

De que sacaba la feroz Locusta
la ambrosia letal con que alevosa
brindó en la copa la sentencia injusta.

Rastrera por escuálida y babosa
la malva de la impúdica Gabina
crecía para el mal sólo abundosa.

El espíritu réprobo de Alcina,
oh vergüenza de amor! inverecunda,
las sombras evocó de Mesalina,

Con asco respiré la nauseabunda
pestilencia y hedor que difundía
contagios en la adversa baraunda.

En medio de la cual un lago había
glatinoso, de hiel, livido y hondo,
en cuya superficie resurjía

De mala yerba un bosque desde el fondo
que en torno iba esparciendo, de su baba,
un hálito mortífero y hediondo.

El fúnebre ciprés luengo se alzaba
inmóvil, como emblema de la muerte,
ó impávido fantasma que velaba,

Gozándose del réprobo en la suerte
que en el mundo infinito y desolado
le esperaba en los siglos, siempre inerte.

Y en su negro follaje encapotado
el sórdido espantajo de los vicios
roncaba junto al ogro del pecado.

Veía en los opacos intersticios
de aquella peligrosa encrucijada
los buhos, á los seres impropicios,

Siguiendo con su estólida mirada
del bosque á los espectros errabundos
en siniestra falange amortajada.

Allí entre sus acólitos inmundos
moraba el escorpión de atroces dardos
que el odio hace en la llaga furibundos.

Ví en asedio tenaz con pasos tardos,
la víctima acechando luengas horas,
carniceros chacales y leopardos

Con erisados lomos : voladoras
serpientes que de su hórrida guarida
evocaban las plagas destructoras.

De la Hidra de Lerna tan temida
los hijos para el bosque renacieron,
que después Satanás por su caída

Lanzó contra la tierra á dó vinieron
trayendo en sus furores los endriagos
que pueblos y naciones destruyeron.

Y en días melancólicos y aciagos
ó en siglos del vetusto infausto mundo
al hombre hicieron víctima de estragos.

Porque el hado en inventos tan fecundo
fué siempre en su crueldad con los mortales,
que sacó del penar lo más profundo.

Y para redoblar sus rudos males
del cáos fabricó no sólo el cieno,
su padre, y los efectos inmorales,

Sino también que en libertad sin freno
tuvieron en la tierra su guarida
guerras, pestes, incendios y veneno.

Allí de Lotofagos la comida
que dió á los compañeros de Laertes
al olvido fatal, fué pervertida.

De Licaón en las diversas suertes
de incentivo y placeres que á sus platos
les brindaba el sabor de tántas muertes.

De Sísifo, de Ixión, de mil ingratos,
que injuriaron del numen los altares,
estaban rueda, y canto, y aparatos.

Y estaba la inmundicia de manjares
que Astolfo, como Zetas y Kaleo,
con el cuerno lanzó de los hogares.

Del ciego Preste Juan, y de Pineo,
y ya en putrefacción negra y deshecha,
estaba el minotauro de Teseo.

Y Nesus, cuya sangre por la flecha
de Alcides derramada, fué en la pira,
y en la túnica infausta satisfecha.

Junto al temido estirpador, con ira
vengándose del monstruo, como esposa
y amante, sollozaba Deyanira.

Con plutónica piel y sanguinosa,
del refulgente flechador postrada,
vertía cruenta podre venenosa

La serpiente Piton, y derramada
en la ofendida Vesta, aquella mole
produjo, con que fuera fabricada

En cataclismo universal, la prole
por cuya hostil belleza es reducida
la humana stirpe á que en su altar se inmole.

Cayó en verdad Satán, mas su caída
por siglos de los siglos, de año en año,
no veda en la Cibebes afligida

Del Anticristo el portentoso daño,
que reina apocalíptico en la corte
donde imperan sus teas desde antaño.

Alzó rápido el vuelo su cohorte
de espíritus malignos, que tuvieron
el diluvio de sangre por resorte;

Porque el vientre materno ellos abrieron,
sajando sus entrañas el cuchillo,
y sangre, hiel y lágrimas virtieron.

Al aire fabricaron su castillo
la sed del oro, con hambriento orgullo,
y de ambición el pertinaz martillo.

Durmiéronse en sus tronos, al arrullo
de las mentidas auras los tiranos
que, del pueblo no oyendo alto murmullo,

O maldición de abyectos ciudadanos,
cubrieron con cadáveres la tierra
de amigos, de parientes y de hermanos.

Pues desde la llanura á la alta sierra,
del homicida bronce el estampido
zumbando atronador llamó á la guerra.

A cuyos gritos bárbaros huyendo
dulces Penates y sagrados Lares,
del iracundo Jano el templo abriendo,

En lágrimas bañando los hogares,
donde extinguió de caridad el fuego
el soplo destructor de los altares.

Sordo el amante del amor al ruego ;
al de la madre y al del padre el hijo,
que de venganza y de pasiones ciego,

Se olvidó de la voz que le bendijo
y le enseñó á rezar en el regazo,
el santo Padre Nuestro al Crucifijo ;

Y la madre y el padre del abrazo,
al hijo desechando, que otros días
del amor conyugal fué el tierno lazo,

Fueron sordos también, y en sus orgías.
unos y otros entonces el oído
prestaron sólo á torpes banderías.

Y entonces vencedor como vencido,
en sus mares de sangre naufragaron,
y estado, y nave, y todo fué perdido ;

Porque en lugar de puerto sólo hallaron
en la arena del bárbaro cuchilla
de execrable degüello á que aportaron.

Tornó el dorado sueño en pesadilla
del lívido Aqueronte, dó el barquero
conduce maldiciendo en la barquilla

De opresivo vaivén, al fin prostrero,
esta de Adán y Eva infortunada
prosapia que vigila el Can Serbero.

A dónde? oh cruel dolor! á esta morada
que inundó en sus razones mi locura,
porque en ella ví al vivo retratada

De aparente injusticia en la figura,
la misteriosa ley que no comprende
ese átomo de luz en la criatura,

Que ilumina tal vez, pero no enciende
antorchas á que aspira en su camino
de perfecciones, sin el Dios que ofende.

Y acaso por favor de un ser divino,
entre larvas del bosque tan estrañas,
ví en símbolos de aspecto peregrino

Al monstruoso Tiphon, cuyas hazañas
á la tierra anunciaron, en su ruina,
ver ardiendo en el aire sus entrañas.

Y ví con su ingeniosa disciplina
el diabólico lecho que el Procusto,
mundano, en sus escándalos combina,

Con el necio propósito vetusto
de hacerse entre sus réprobos validos,
testigo y juez del tribunal injusto.

La sombra de los ángeles caídos
y las de aquellos monstruos que ya fueron
por la clava de Hércules vencidos.

Llenos mis ojos de terror los vieron,
pero en tanto la imagen permanece
por quien mis sueños á su luz volvieron.

Su fiel amor en el recuerdo crece
con más intensidad, y su memoria
el corazón conmueve y estremece.

Pues ella fué la víctima espiatoria
del amor conyugal y del materno.
Y, desde donde goza en alta gloria

De la santa mujer el premio eterno,
fué mi dulce Beatriz, columna y guía
del sueño á las regiones del infierno.

¡Oh imagen que en el alma y fantasía
grabada has de quedar hasta el instante
en que á la tuya se unirá la mía,

Escúchame en tu esfera rutilante :
no desdeñes mi voz, ni tu consuelo
niegues á aquel que con amor constante
vive en tu ausencia en doloroso anhelo.



CANTO IV

Era el tiempo en que el astro rubicundo
su flamígero carro tristemente,
dejando atrás la noche sobre el mundo,

Dirijía á sus reinos de occidente ;
Y mientras los mortales en su ocaso
al sueño se entregaban dulcemente,

Yo en las tinieblas dirigiendo el paso
comprendí que la mente aprisionada
no podría salir del duro caso.

Y comprendí la suerte desdichada
que al alma del dolor arranca el grito
al verse irresponsable y condenada ;

Porque en el hombre infiel, de Dios proscrito,
haber nacido de carnal pecado,
fué, aunque inocente, su mayor delito.

Por ello del empíreo el hijo amado
al Gólgota bajó, manso cordero,
por nuestra redención crucificado.

Y puso de este valle en el sendero,
entre el hombre y su Dios, tan ofendido,
como el iris de paz el gran madero.

Mas el barro infeliz endurecido,
olvidándose ingrato de la ofrenda
sublime del sin mancha concebido,

Siguió del mal la desdichada senda
donde ciego, la cólera divina
provoca sin propósito de enmienda.

Y sigue, candidato de su ruina,
de sí mismo agorera mariposa,
que á las llamas eternas se encamina.

Pero antes al gusano entre la fosa,
con ceniza le sacia, y podre infanda
que apenas un instante allí reposa.

Ay Dios! de salvación en la demanda,
de aquella melancólica maleza
de Satanás mansión negra y nefanda,

Volviendo á cada instante la cabeza
de una en otra visión más espantosa,
quise en vano alejarme con presteza.

La selva era unas veces silenciosa,
en otras retemblaba con estruendo
por toda su extensión caliginosa.

Con espanto mayor iba sintiendo
lejanas algazaras bacanales,
el gemido ó silencio interrumpiendo.

Atronaban la mente funerales
endechas, *de profundis* cavernoso
cual fuesen romerías infernales.

Tronaba cada vez más espantoso
de enfurecidas bestias el bramido,
que el eco prolongaba cadencioso.

Del Ogro retemblando el alarido
de su pesado sueño, en hondo lecho
al monstruo despertaba, que, rendido

A influjo del diabólico despecho,
roncaba despidiendo con pesados
resuellos el rencor del ronco pecho.

En traperas mugrientas revolcados,
pululaban insectos que del lodo
fueron á un tiempo con Adán creados;

Pues de Adonái la maldición á todo
había de alcanzar, para castigo
de nuestra imperfección y frágil modo;

Pues soberbio, aunque sórdido y mendigo,
su humillación olvida y la indigencia
que ya desde el nacer trajo consigo.

Y absorto contemplando esta sentencia
dictada en mi doliente pesadilla,
sentí de la divina Providencia

El dedo misterioso, que á la orilla
nos lleva de ese mar donde Pandora
esparce en la ribera su semilla.

Enroscada la víbora traidora
cual la serpiente del Edén impía,
inclinaba á la muerte seductora.

La estólida lechuza competía
con vámpiros y buhos en acentos
de fatídico horror que el aire henchía.

Oh Dios! eran blasfemias, no lamentos
el canto de las aves, mensajeras
de futuras desdichas y tormentos,

Profético historial de venideras
sentencias ó anatemas, vaticinio
que en las nocturnas horas lastimeras,

Y en que tiene el dolor más predominio,
como página oculta en tristes voces
dan los nuncios de ruinas y esterminio.

Pregones de esos árbitros feroces,
que en el silencio de la noche oscura
expresan con sus cánticos atroces

Que en esta humana suerte y desventura,
hay un angel falaz, desapiadado
enemigo mortal de la criatura,

Y á quien la oculta Providencia ha dado
dominio entre los entes superiores,
duro y eterno que se llama el hado.

Maligno, inagotable en sus rigores,
al través de los tiempos reviviendo,
pulsa activo la escala de dolores,

De cuyas armonías con estruendo
en baja voz, ó silencioso tono,
sin principio ni fin va recorriendo

Con el atroz deleite de su encono,
desde el humilde ajuar de la cabaña
hasta el gualdado techo de aureo trono.

En su estímulo ingrato le acompaña
el genio poblador de cementerios,
que silencioso y con oculta saña,

Recorre los distantes hemisferios;
y obediente á su voz mata en un día
tribus, reinos, repúblicas, imperios.

Tal era lo que en símbolos veía
en el bosque fatal, donde campeaba
con ceño atroz la macilenta arpía,

Que avezada al dolor mustia lloraba
de lóbregas cavernas á la puerta,
y el rencor devorando blasfemaba.

Triste y maligna, de hediondez cubierta,
sin amor ni placer, era su aliento
pestilencia letal del alma yerta,

Que abrigaba por único elemento
de nefandos consuelos en su vida
despecho, maldición y sufrimiento.

Decrépita al nacer, envejecida
de prematura crápula sedienta
la hiena de apetito consumida,

Sin saciarlo voraz, y siempre hambrienta,
buscaba en cementerios afanosa
con irónicas risas la osamenta.

Estólida por fiera y maliciosa
gustaba por el hambre, y por instinto,
profanar el cadáver en la fosa.

Así se presentaba en el recinto
de pasiones humanas la criatura,
en que yace el amor yerto y extinto.

Injusta maldición de desventura
en sueño me condujo al ominoso
pasaje, que me llena de amargura

Por siempre del monarca luminoso
que desde el áureo trono del zafiro,
el etéreo escuadrón rije grandioso,

Que le cerca solemne en amplio jiro.
Creíme desterrado, despidiendo
de eterno adiós el postrimer suspiro.

Más bella en el recuerdo renaciendo
ansiaban ver mis ojos su lumbrera,
turbados con el pánico estupendo.

Cuando de un antro amenazando afuera
con estentóreo trémulo rugido,
salió á mi encuentro una encarada fiera.

Cual rápido relámpago encendido
por la ominosa selva retumbaba,
y á mí sus pasos dirigió tendido.

Mas cuando pareció que me alcanzaba
en el supremo tránsito violento,
sentí que oculta fuerza lo apartaba.

Ay mísero de mí! que en el momento
en que el monstruo apresarme parecía,
cual nave que en mitad del elemento

Azota el huracán con rabia inapía,
vanamente en el trance fatigoso,
que en horrores y espanto más crecía,

Busqué á mi rededor, de hallar ansioso
el angel invisible de consuelo,
que á salvarme viniera bondadoso.

Plegarias de aflicción dirijo al cielo,
y como es un rocío la esperanza
la fé no la abandona ni en su duelo.

Como el reo de muerte que no alcanza,
llegada del morir la fatal hora
de la humana justicia en la balanza,

Y en vano gime y compasión implora ;
tal yo, desamparado y suplicante,
ví eclipsada mi estrella salvadora.

Mas del terror cuando el primer instante
pasó como en relámpagos ligeros,
cuya efímera luz no vá adelante,

Seguí sin dirección por los senderos
que apenas en tinieblas distinguía,
al débil resplandor de los luceros.

Quizás á la sazón, ya se estendía
el manto de la noche tenebroso,
con profunda infernal melancolía.

Tal debe ser el piélago luctuoso,
donde es la eternidad el fiero norte
que señala al delito el rencoroso

Verdugo del dolor; y tal la corte
donde el réprobo arcángel se ve hundido,
sin hallar compasión que le conforte.

En tanto de los monstruos el bramido
con ímpetu mayor y más estruendo,
zumbando penetrante en el oído,

Y rudo y tempestuoso, iba creciendo
como airado huracán que se aproxima,
los mares á las costas removiendo.

O como del Altai en la alta cima,
desciende añoso roble que cortado
fue del pastor, y se le viene encima,

El malévolo monstruo apresurado
mis huellas por los ámbitos seguía,
alta la cola y de semblante airado.

Llegó al colmo de mi alma la agonía
en el sublime horror, sin esperanza
de hallar la salvación por donde huía,

Cual reo que al patíbulo se avanza
y el hacha del verdugo siente al cuello,
redoblando el tormento la tardanza.

Privábame de fuerzas el resuello
que con mayor esfuerzo repetido
pone al aliento postrimero el sello.

Me resigné paciente y convencido,
de imperdonable original pecado
juzgué ser su castigo merecido.

O me hallaba sin culpa en ese vado
donde era la plegaria vano empeño
de quien al fuego eterno es condenado.

O fué sólo visión de amargo sueño,
del que ya á despertar no volvería,
siendo el efecto de eternal beleño.

Mas, cuando ya anegado me creía,
sentí lejana voz como el señoelo
que el alma á sus acentos atraía.

Y dando á mi aflicción dulce consuelo,
me animó á interrogarle sin espanto:
Quienquiera que tú seas, desde el cielo

Inspírale valor á mi quebranto:
si eres alma ó espíritu en esencia,
emanado de Dios, angel ó santo.

No quiera tu Divina Providencia
que este cáos de horror triunfe y devaste
la fé que fortifica la conciencia.

Si al hombre para el mal sólo creaste,
¿por qué vino á sufrir en este mundo
el hijo cuya sangre derramaste?

Yo adoro el árbol de tu bien fecundo,
mas Tú, que eres su fuente creadora,
y el primordial amor de que es oriundo,

No niegues á mi mal tu bienhechora
piedad con que el espíritu sereno
encuentre esa confianza salvadora.

Acuérdate que abrigas en tu seno
una alma de mujer, que fuera un día
de mi primer amor el dulce estreno.

Que aún del bien hacia la luz me guía,
y en cuyo fiel amor el mío renace
como en su carne renació la mía.

Házme ver un instante dónde yace
ese angel protector y, al fin, glorioso ;
condúceme á su lado si te place,

Por la sangre de tu Hijo portentoso-
liberta á este infeliz que ha sepultado
el sueño en este báratro ominoso.

Dije, y al punto me sentí llevado
por invisible fuerza hasta la cumbre
de un mustio, solitario, alto collado.

Allí menos confusa era la lumbre,
distinguiéndose más desde su altura
la arena funeral á su vislumbre.

Entonces con angélica ternura
suavemente una voz llegó á mi oído,
como un canto lejano de ventura.

La misteriosa voz tenía el sonido
del candor inefable y generoso
al doméstico hogar tan conocido,

Cuando quiso otra suerte que dichoso
oyera sus consejos salvadores,
y que al alma inspiraron el reposo

Que no sabe encontrar, en los rigores
de un adverso destino, la experiencia
del mundo y sus constantes sinsabores.

Porque es vana del hombre toda ciencia.
Ninguna acalla el corazón turbado,
aun cuando se halle pura la conciencia.

Y aquella voz me dijo : oh bien amado !
no temas ya seguir que tu fatiga,
allende no andará de este collado.

No temas ya la víbora enemiga,
ni de esta selva de dolor el paso,
que de él te salvará tu fiel amiga.

Pero antes que las Parcas en tu ocaso-
de tu vida infeliz corten el hilo
fuerza es que veas el terrible caso

Del protervo sin Dios: está tranquilo!
que de ello te daré solo la muestra,
cuyo horror en mostrarte no vacilo,

Ya que sé de mi Dios, que tan siniestra
y desolada suerte en la otra vida
—bendito sea el Señor!—no será nuestra.

Aquí tendrán los malos su guarida,
cuando esa Providencia vengadora
disponga á este cadalso su venida.

Dijo: y cual brilla al asomar la aurora
suave y sereno el matinal lucero,
del cual fué negra noche precursora,

Con aureola del angel mensajero
apareció á mis ojos, de improviso,
de mi ilusión el genio verdadero.

No ya en aquel estado con que quiso
de nuestra carne el inventor que Eva
apareciese á Adán en paraíso,

Sino espíritu puro en forma nueva,
sin materia y borrones del pecado,
con que el alma en candor á Dios se eleva.

De amor indefinible enajenado,
la sombra al contemplar del ser querido,
los brazos le tendí; pero engañado

En mi ilusión quedé: desvanecido
ocultóse en tinieblas al momento,
mas de nuevo su voz vino á mi oído.

Diciéndome: ay de tí! vano es tu intento,
que al amor de ese mundo no volvemos!
más tarde en el celeste firmamento,

En más sublime amor nos uniremos,
que el que en la tierra fué nuestra amargura
santo y puro en el cielo gozaremos.

No existe acá esa infausta desventura
que persiguió á los dos en esa vida
de amor que acibaró la suerte dura.

El alma ya del cuerpo desprendida,
es flor que no renace donde cede
á otras hojas el puesto en su caída.

Pues aunque Dios en todo, todo puede,
á ese mundano amor de pocos años
el volverse á encontrar jamás concede.

—Tú lo sabes muy bien—y tristes daños
lenizó nuestro amor, que, hoy en el cielo,
donde todo es verdad y nada engaños,

Reconozco á su luz que fué un modelo ;
y el mío (yo lo sé, si no lo sabes,
porque aun te engañe ese terrestre velo

Que encubre ciencias y verdades graves)
fué tan noble y leal que allá en la fosa,
donde el cuerpo del alma halla las llaves,

La aterida ceniza de esta esposa,
al recordar la fé con que te amara
en sublime dolor por tí reposa.

Y si hoy á la alma luz no me llevara,
donde tu vida al terminar te espero,
al goce de otra eterna santa y clara,

Contigo unida en el amor primero,
á nuevos sufrimientos volvería,
conforme, á acompañarte en tu sendero.

Mas ¿ para qué á tu débil fantasía
me explico, si aun del mundo en la ardua pena,
comprenderme no puedes todavía ?

Prosigue, caro esposo, la cadena
en tu marcha arrastrando que te impuso
aquel cuya justicia te condena,—

Siempre viviendo de su luz confuso,—
á no ser más feliz que otros mortales
que sometió como árbitro inconcuso,

A tántas penas y horrorosos males
que todas tus desdichas, á porfía,
no pueden á las de ellos ser iguales,
ni la que fué también un tiempo mío

CANTO V

Calló la dulce voz que absorto oía,
creyéndola divina mensajera,
que á salvarme del báratro venía.

¿Quién eres? exclamé, ¿desde tu esfera
vienes acaso á libertar al ente,
de quien fuiste en la tierra compañera?

No me engañe esa voz que dulcemente
el alma alivia que en tu amor rebosa:
en tí vive mi espíritu doliente.

¿No eres, dime, la sombra vagarosa
de la que en vida fué mujer tán santa,
y en triste muerte inolvidable esposa?

Si el verme en esta selva no te espanta,
oh! vuélveme esa luz que me encamine,
y esa alma que á la tuya se levanta.

Dame aquella razón que me ilumine,
ya que tú la inspiraste al ser querido,
no niegues que á tus luces se avecine.

Es de este corazón cada latido
eco incesante de recuerdo amado,
y con perenne anhelo repetido.

Y como de tu amor nunca olvidado,
eternas son las penas del desvelo
con que me siento á tu memoria atado,

En el fúnebre abismo de este suelo,
y el otro de las dudas y esperanzas
de encontrarme á tu lado allá en el cielo.

Y afánase con dura destemplanza
el alma en el erial del desaliento,
de quien alivio en el sufrir no alcanza

Y para alimentar el sufrimiento,
con amoroso afecto en el oído
el eco de tu voz murmurar siento,

Aun del sueño á la ilusión rendido
aquel destello busco de tus ojos,
sin cuya amable luz ando perdido,

Ausente de este val lleno de abrojos,
do la humana existencia está encerrada
como en fatal prisión con mil cerrojos

Sin duda vivirás de mí olvidada ;
ni á tus oídos llegará mi ruego
y será mi aflicción de tí ignorada.

Y ¿ cómo divisar en tu sosiego
esta llama del alma aún encendida
que fué de amor temprano el primer fuego,

Y esta voz que te fué tan repetida
en el tiempo feliz de los amores,
ya no será de tu pasión oída.

E ignoras en tus auras los dolores
á que tu eterna ausencia me condena,
tus consejos no oyendo salvadores.

Y tu dulce palabra de amor llena
que al camino del bien me conducía,
¿ por qué fugaz en mis oídos suena ?

Oh! vuelve á mi desierto ! Esa tu guía
venza la niebla de la noche oscura,
y á mis ojos retorne el claro día,

Que fué de nuestro amor luz y ventura,
y en cuya dolorosa eterna ausencia
que aniega el corazón en amargura,

Apenas en tan mísera existencia
mis lares y penates, conmovido
advierto sollozar en mi presencia.

Y al ver que de ellos, y sin mí te has ido,
al monstruo que en el ánimo despierta
de venganza el deseo nunca olvido.

¿ Y por qué no olvidarlo, si es que muerta
no estará á mi recuerdo tu memoria,
y la mía del tuyo hoy vive cierta?

Olvida, prosiguió, tan negra historia!
Al débil la venganza niega el hado
ni en ella está el remedio, ni es victoria

Del justo, ser verdugo del malvado :
quien tiene el corazón tranquilo y lleno
con el temor de Dios ya está vengado.

Oh, no ! que de las furias el veneno,
en tu alma y corazón no hallen cabida,
ni dejes, por vengarte, de ser bueno.

Piedad, le respondí; que de esta vida,
ahogada por tu muerte en largo llanto,
que desató el felón de alma raída,

El resto ha de afanarse sin quebranto,
en resoplar la llama con violencia
del odio contra el monstruo de mi espanto.

Y si ha de ser al fin tal mi impotencia
que venganza ejercer no haya podido,
apacaré el dolor de la conciencia,

Que abate la soberbia del vencido,
con ver el triste resto de mis años
marchando firme hacia el deber cumplido.

Y cuando ya en mis crueles desengaños
oiga la voz que mi impotencia advierta
de labrarle una tumba, inmensos daños

Deseando seguiré que cubra yerta
y fétida su carne el alma impía,
y su sangre en veneno se convierta.

Que tenebrosa noche el claro día
á los ojos se torne del perverso
que convirtió en tristeza mi alegría.

Que á sus pasos se oponga siempre adverso
el hierro de cuchilla vengadora,
y séale enemigo el universo.

Que siglos de tormentos sea su aurora,
y ni en madre, ni en padre, ni en hermano-
oiga en llantos la voz consoladora.

Nieguen siempre insensibles al tirano
sus flores y verdor la primavera,
y en el hambre sus frutos el verano.

Serpiente maldecida horrenda y fiera
causadora del mal, halle iracundo
al Dios que en su furor la maldijera ;

O cual lombriz impura el lodo inmundo
devore en su vileza encenagado,
maldecido arrastrándose en el mundo.

Caiga el rayo sobre él del cielo airado,
y el maligno dragón dentro del pecho
atraviase en incendio devorado.

En diluvio de lágrimas deshecho,
acósele incesante pesadilla
de pavorosas sombras en su lecho.

Llene el llanto sin treguas la mejilla,
y ahogándose en el mar de su lamento
entre angustias, jamás llegue á la orilla.

Resuenen en su oído con tormento
de satánica orgía las endechas
que del Orco al horror ponen aumento.

Al seno envenenadas den las flechas,
porque fueron del héroe carne y veste
sin piedad de los númenes deshechas.

Persígale el contagio, el mal, la peste,
cual ciclones las plagas de la vida,
congregadas en él formen su hueste.

Ibis nueva del bardo maldecida
su nombre entre el bramar de las pasiones
sea apodado con frase envilecida ;

Y como sobre el ponto los ciclones,
retumben con fragor sobre su frente
del odio popular las maldiciones.

Que el cielo á su plegaria indiferente
concédale indulgencias en la tierra,
al que pena y dolor nuevos le invente.

En medio de la paz háganle guerra
los hombres y las bestias, desde el llano
hasta la altiva cumbre de la sierra.

De compasión indigno agena mano
le niegue amargo pan al alimento
del que pudo negárselo al hermano.

Que en caudalosos ríos, tras de hambriento,
no encuentre gota de agua que un amigo
se mueva á recogerla al sediento.

Proscrito en tierra extraña, de mendigo,
en vano implore á Dios le dé la muerte,
porque habrá de arrastrar vida consigo.

El dedo del Señor airado y fuerte
le oprima, y que hasta el hálito postrero
del supremo dolor sin fin despierte.

Dios sea en sus castigos tan severo,
que al ruego corresponda de María
como el lobo al balido del cordero.

Dispútense los canes á porfía
pedazos de su carne : y derramada
libe su sangre la tartárea arpía.

La tierra á su esqueleto horrorizada
rehuse concederle entre su seno,
la tumba que aun al crimen fué otorgada.

Como harapo infeliz de podre lleno,
ó lívido cadáver pestilente,
del hidrófobo can yazga en el cieno,

De cuya sola vista diligente
cual de peste ó contagio peligroso
huya espantada con horror la gente,

Absorta recordando que rabioso
murió, porque rabiando hubo vivido,
mordiendo por instinto malicioso.

Oh! llegue atronador á herir su oído
el ronco son del espantoso cuerno
con que Astolfo triunfó del pueblo infido.

Y como por las furias del Averno,
seguirlo en pos á la serpiente vea
que induce á perdiciones del infierno.

Catástrofe sangrienta, injuria fea,
lleve á su hogar la maldición divina,
y encanto de Aritman su infamia sea.

Complázcase con fiestas en su ruina
el genio que de horror, muerte y estrago,
se forja su alimento y golosina.

De víboras vibrantes el amago
su carne brinde al tigre negro hartazgo,
y al vámpiro su sangre ascoso trago.

Sus lágrimas, sus trenos de amargura,
ó del dolor sin fin el hondo grito
harán mis carcajadas de dulzura.

De un Tántalo la sed, el apetito
de un tigre, ante el potaje, harán mis goces
hartándome en su estímulo infinito.

Con su hambre, con su sed y anhelo atroces
inspiranse mis cantos, y armonía
la lira alcanza, majestad mis voces ;

En tanto que con risas de ironía
la hiena estimulando su deseo
llama al hartazgo su caterva impía.

Oh! vuelva á renacer de Prometeo
el buitre que devora las entrañas
y de las suyas haga su recreo.

Que en la cima de sierras y montañas,
su cuerpo un dios terrible multiplique
en que buitres ejerzan sus hazañas.

Ningún lenguaje humano en libro espliche
su cruel martirologio, tan horrendo
que á la lira del Orco magnifique.

Y sea su suplicio tan tremendo
que yo mismo ignorándolo, me sienta
de instintiva piedad y amor corriendo

Una lágrima sola, pero lenta;
surcando la mejilla descarnada,
mas siendo mi piedad mortal afrenta.

El llanto enmendaré con carcajada
de despecho y placer, viendo que ha sido
por el infando monstruo derramada.

O siéntame soberbio arrepentido
de haberme, aunque inconsciente, de tan fiero
y aborrecible endriago condolido.

El buho entre las sombras agorero
ejerza de la noche el predominio,
y con graznido de doliente agüero,

Cual de Alecto y Mejera vaticinio,
le anuncie aterrador con triste canto
en catástrofe eterna su exterminio.

Y Dios..... Quos ego..... la visión en tanto
con aflictiva compunción responde :
Oh ! deje de tus odios el espanto

Que á tu amor y bondad no corresponde :
al mundo deja que en sus leyes siga :
desecha esa pasión que en tí se esconde,

Oye el consejo de tu fiel amiga
que en la senda infeliz de nuestra suerte,
aquel amor sostuvo que aún abriga

Allende del imperio de la muerte,
donde el alma sin mancha en Dios reposa
porque ya el corazón no la pervierte.

Llegan ecos mundanos á tu esposa
Que ya me han revelado tus pasiones,
negras sombras de una alma luminosa ;

¿ Y no has visto en la patria mil varones
tan altos sobre tí, que padecieron
injusticias, dolor, persecuciones ?

Que ellos menos que tú los merecieron,
los que el padre, la madre, los hermanos,
la esposa y caros hijos ya perdieron.

Te olvidas de esos seres que á las manos
del verdugo, doméstico homicida,
artífice infernal de los tiranos,

Dieron bienes, honores, fama y vida,
y á cuya inmensidad de cruel tortura
la tuya no encontrara la medida ;

Porque hay tanto egoismo en la criatura,
que nunca asaz feliz se considera,
mas siempre sin igual su desventura.

Vuelve al mundo la vista : por doquiera
cuánta pena y dolor ante las cuales
son las tuyas un átomo en la esfera.

Abre el libro fatal de los anales
sangrientos y luctuosos de la historia,
y mira de infortunio á tus rivales.

Y si es que no has perdido la memoria
ó no te ha ensordecido el fácil ego,
convéznate ese horror que llaman gloria.

Y si al fijar tus ojos no eres ciego,
verás que nada fuiste en el estrago
de la hecatombe patria á sangre y fuego.

De lágrimas sin fin es hondo el lago,
dó nuevas no hallarás de un solo día
sin un itinerario triste, aciago.

El crimen y el dolor son la armonía
del corazón del mundo: pulsaciones
ó palpar eterno de agonía.

Desastres, infortunios y aflicciones
mayores que las tuyas, se aglomeran
en todos los humanos corazones.

Mil víctimas del mal que sólo esperan
en Dios, su pronta muerte, en el destino
un término á las penas que sufrieran.

No creas que tú solo en el camino
te encuentras, agobiado y solitario,
ó el único entre tanto peregrino.

Acuérdate que un hombre extraordinario,
libertador de un mundo, halló en el mismo
ingrato y despiadado victimario.

Aquel cuyo acendrado patriotismo
llevó á la libertad la servidumbre,
halló por recompensas un abismo

Que fué de su grandeza pesadumbre,
aun cuando comprendió que había subido
de la inmortalidad á la alta cumbre.

¿Y aquellos que su fama han compartido,
que fueron de la patria bienhechores,
mil veces más que tú, no han padecido ?

¿A cuántos persiguió con sus rigores
la ley por la que al justo en la existencia
se le obliga á pagar por pecadores ?

Si no, mira al Satán de la insolencia
premiado, por cambiar en tiranía
la cara libertad, con la opulencia.

¿Al Bolívar de ayer, no sigue hoy día
el Dios de los cadáveres, que yacen
de adoración perpétua en tumba fría ?

Si el hecho y la razón no satisfacen
tu excesivo rencor, y en tu cabeza
nuevas ideas de vengarte nacen,

Baste sólo este ejemplo de tristeza
sobre todos los tuyos que has sufrido:
¿No vé tu pequeñez tánta grandeza,

Que el hombre y la fortuna han perseguido ?
y tú que á tánta altura no has llegado,
ni al primer escalón te has suspendido,

Depón esos rencores, y humillado
no perviertas el alma generosa
con que Dios al nacer te ha regalado.

De la venganza la pasión odiosa
abrigue del mastín el seno impuro,
que al sepulcro llevó tu fiel esposa.

El olvido es remedio más seguro,
y mientras permanezcas en la tierra,
do persiguió á los dos un pan tan duro,

Que tanto mal por el destino encierra,
donde hice, por tu amor y mis virtudes,
á tu falta de fé constante guerra,

Te rogaré amorosa que te escudes
con ella, pues mi bienaventuranza
alcanzará de Dios, que de obras mudes.

En mí no te abandone la confianza,
y en Dios, que, como sabes, aunque tardo
nunca olvida al paciente en su tardanza.

Acuérdate que el mal es un retardo
fugaz, de la existencia desdichada,
comparado con ésta en que te aguardo.

En la mansión eterna, interminada,
alzando tu razón el denso velo
verás que de este mundo, el tiempo, es nada..

Contempla con el alma el alto cielo
de inmortales estrellas coronado,
que causa de los sabios el desvelo;

En él encontrarás al sér amado
al cual habrás de unirte, cuando el día
de santa bendición te haya llegado.

Entonces esa luz que todavía
se oculta á tu razón débil é insana,
de la verdad te enseñará la vía

Que nos lleva á la ciencia soberana,
allá conocerás cuán infecundo
es el rencor á la prosapia humana.

¿Qué alcanzas con odiar en ese mundo
en donde vivirás un solo instante,
si un amor infinito y sin segundo

Te espera, al lado del eterno amante,
do beatitud ideal nos ilumina
con placer sin dolores é incesante ;

Donde el hombre es un ángel que camina
al verdadero bien que es el del cielo,
y al de la perfección, que es la divina,
negada á los mortales en el suelo ?





CANTO VI

Calló segunda vez quien me tenía
al razonar de la verdad suspenso,
cual si oyera una célica armonía.

Convicto de justicia en lago inmenso,
de amor y compunción que dulcemente
el pecho me encendió con fuego intenso,

Respondíle con voz desfalleciente:
oh! tú que siempre fuiste tan amada
cuando los dos en la ciudad doliente,

—Pues tal debo llamar esa morada—
pasamos con dolor en la amargura,
pero en unión por tí santificada.

¿Olvidas en tu estado de ventura
que lejos de celestes regocijos
me anima la pasión terrestre é impura ?

Que aún conservo en la memoria fijos
aquellos largos días de tristeza
en que los dos y nuestros caros hijos,

En persistente ó en fatal pobreza,
nos negó la injusticia hasta el sustento,
y en que tú con afanes y entereza,

Mostrándome sonrisas de contento,
en el alma las furias aplacabas
con tu noble paciencia y sentimiento.

Oh! cómo de ternura rebosabas,
cuánto amor inspiraste al alma mía
con el cristiano ejemplo que me dabas !

Oh! cuánto el corazón por tí sufría,
al ver que á tus ejemplos de paciencia
me robaba el despecho la alegría !

Sentíame humillado en tu presencia,
y al abatirse el corazón inerte,
castigó mi dolor tu complacencia.

Mas tu ejemplo de amor sensible y fuerte,
faltando en el hogar, falta la calma
que en tí me arrebató la injusta suerte.

Hoy ciego sin tu luz, oscura el alma,
á todo su martirio se abandona,
que sin la fé no alcanzará la palma,

Ni del mártir paciente la corona,
que fuera de la mano recibida
del Dios que en lo alto tu virtud pregona.

Recuerdo con el alma compungida
el tiempo venturoso ya pasado,
y que no volverá más en la vida,

En que fuí tan feliz, por ser amado
de tí, como la tierna compañera
del doméstico hogar, cuando á mi lado

Cual prudente y honesta consejera,
supiste dirigir con tu cordura
los pasos de mi vida en su carrera.

Y á despecho de aquella desventura,
que fué tan persistente en mi destino,
de tu alma incomparable la ternura,

Que mi estela en el áspero camino
que anduve como ciego tras la gloria,
errante y extraviado peregrino,

Insensato de mí que la memoria
de este mundo perdiendo me olvidaba
que es de aquel que lo azota la victoria.

Cuando recuerdo cuánto yo te amaba,
cuán grande de ese amor fué el sentimiento,
y convencido hoy más de lo que estaba

De que amarte en verdad fué mi contento,
aunque te amé con el amor más santo,
no haberte amado aun más hoy más lo siento.

Y siente el corazón tal desencanto,
al verme sin el bien en tí perdido,
que sólo en este dédalo de espanto,

Adonde algún intento me ha traído,
de espíritus al ánimo sañudos
encuentro parangón aborrecido.

Mis días de sudarios van desnudos
á solas sin la voz de los amigos,
pues los que me interrogan quedan mudos,

Por ser de mi dolor falsos testigos,
que acaso con desdén juzgan tormento
de justicia divina en sus castigos.

Y corren arrastrando el macilento
y lívido fantasma de otros males,
como fiel expresión de lo que siento.

Mis sueños en deliquio ya son tales
y siguen con tan ruda pertinacia,
que he llegado á envidiar otros iguales,

En los míos temiendo alguna gracia
que sirva de señuelo á lo terrible,
y de estímulo nuevo á mi desgracia.

Porque fuiste en la vida tan sensible,
y son allá en el cielo aun más amantes
esa alma y corazón, juzgo posible

Que mis duelos comprendas, no como antes,
mas con aumento tal que aquí podría
el ánimo encontrarles semejantes.

Que es tan estéril la existencia mía,
que como dicha envidio el mal ajeno,
pues sin tí ni en el cielo revivía.

Y esta morada donde tánto peno,
tuviérala contigo por victoria
del combate moral que hay en mi seno.

No ambiciono sin tí, riquezas, gloria,
que si fueron mi bien, hoy sólo daño
causaran en tu fúnebre memoria.

Y es tanto más cabal mi desengaño
en la inconformidad que desespera,
que á mí mismo, sin tí, no me acompaño.

Y entonces, bien amada compañera,
¿ para qué tanto amor hay en la vida ?
¿ para qué esta pasión cuando es sincera ?

Si tanta dicha para mí es perdida,
pues que fuiste la víctima inocente
De súbito, la sombra, enternecida,

Que había al parecer atentamente
mis quejas y razones escuchado,
se presenta más clara de repente.

Y con tono en la voz un tanto airado
me interrumpió, diciendo: no prosigas
en el humano error, y exagerado,

Lamento y maldiciones que prodigas,
pues la ofensa sufrida y los dolores
que en vengar con exceso te fatigas,

Ni que otras de la tierra son mayores,
ni corresponde á ellas el castigo,
que anhelas imponer con tus rigores.

Y para convencerte, ven conmigo,
y verás con rubor cuánto exageras,
tu ofensa y tu venganza de enemigo.

Así dijo, y cual fuese en sus lijeras
y vaporosas alas elevado,
sobre simas, pendientes y laderas,

Desde la altura del fatal collado,
llevóme como en nube imperceptible,
á un centro en que me ví del otro lado.

Oh ; justicia de un Dios incomprensible !
qué objetos á mis ojos se ofrecieron,
en aquel espectáculo terrible.

Con majestad horrenda resurjieron,
entre sombras y luces fujitivos
los que son y serán con los que fueron.

Los fantasmas difuntos y los vivos:
se alzaron de cavernas horrosas,
á la mente, y al ánimo ofensivos,

Sarcófagos, sepulcros, hondas fosas:
presentaban del alma sus horros,
de sus hórridas larras ominosas.

El centro que regaban negras flores
estaba de cadáveres cubierto,
ó de móviles símbolos actores.

Del elenco infernal indicio cierto,
era aquel escenario tenebroso,
de humana podredumbre ó polvo yerto.

De nuevo oí el acento lastimoso,
el eco prolongado del gemido,
la ronca maldición, el cavernoso

Proferir de blasfemias, el rugido
que como bestia fiera el condenado,
lanzaba del suplicio repetido. .

Y por el vasto centro dilatado,
ví en su caos más hórrida la escena,
que á influjos de la sombra había olvidado.

El eco asolador de la cadena,
el golpe despiadado que tan rudo
breve, ó sin eco dilatado, suena.

Sobre el cárdeno lomo que desnudo,
la carne expone, ó al ardiente azote
del látigo que silva al aire agudo.

O del pesado y áspero garrote
todo de nuevo á explicación abría
del misterioso libro el arduo mote.

Otra vez en el ánimo sentía
morir las esperanzas á despecho
del genio cuya voz me conducía.

El alivio infundiendo dentro el pecho,
y con palabras consolando el llanto
en que de nuevo me sentí deshecho.

Abrióse otro espectáculo entre tanto
aun más que el anterior, de horrores lleno,
porque era más doméstico su espanto.

En parte mi historial siendo del seno
salido de este val do un ambicioso
á la licencia y crimen quitó el freno,

El buitre funeral de podre ansioso,
y en todas partes la falaz arpía
con su pellejo lívido y rugoso,

Vagando en los osarios se veía
el antro tenebroso, la caverna
en cuyas negras sombras se movía,

De la mansión del llanto sempiterna
la raza por sus culpas deplorable
que al rebelde proscrito es subalterna,

Tú, me dijo la voz, que inexorable
de venganza el fervor llevas contigo,
al ver á qué suplicio interminable

Un dios ha condenado al enemigo,
de sus malas acciones en el mundo
por eterna expiación y cruel castigo,

Aquí tendrás piedad de su profundo
inmenso padecer: ven que al instante
verás martirologio sin segundo.

Dijo, y su mano me ofreció delante
el espantoso cuadro de la esencia
que en nuestra humana vida es dominante.

Allí, martirizada la inocencia,
alzaba la plegaria en vano grito,
confiada en su pureza de conciencia.

Y sobre las virtudes, el delito
triunfante, desafiaba á la justicia
que el peso le inclinase á su apetito.

Y estaban la cueldad y la avaricia
su negro ministerio ejercitando
de hipocresía, dolos y sevicia.

La Ingratitud cobarde triturando
del desolado bienhechor los huesos,
que aun duda del impúdico nefando.

De lívidos y ascosos embelesos,
estaba el torpe vicio rodeado
de la carne febril de los excesos.

Pero en el pandemio desatado
un monstruo, *horresco referens!* había,
que de todos los monstruos el pecado,

En sus propias maldades contenía :
con sus negros borrones de atributo
en él la Ingratitud aparecía.

Cubríale la frente el pelo hirsuto,
de enroscadas serpientes venenosas
del Briareo rapaz, tal era el bruto.

Cual plutónicas lanzas engañosas,
salíanle mil brazos con cien dedos,
y de éstos, largas uñas sanguinosas.

Girando al rededor no estaban quedos,
cual arañas astutas apresaban
veloces, en diabólicos enredos,

A otros monstruos audaces que intentaban
en ellos ejercer también sus artes,
de que las pruebas con frecuencia daban.

Sobre el monstruo erizaba sus baluartes
la ambición cual los cuernos en el toro,
secuaz de sus fatales estandartes.

Iba tras ellos el becerro de oro,
como soberbia sierpe que despliega
las roscas protectoras del tesoro

Con que á los pueblos en su sangre aniega,
los cuales arrastrados en sus iras
causan los males con que el mundo brega :

Los odios, las venganzas, las mentiras,
el robo, la impiedad, las concusiones,
son ideales falaces de sus miras.

Siendo el cruel Satanás de las naciones,
en el hogar doméstico introduce
el germen inmoral de las pasiones,

Y el vicio cortesano que produce
la vil adulación y la bajeza.

¿Y quién es ese monstruo que conduce

La dignidad del hombre y su nobleza,
la virtud y honradez, al charco inmundado
en que pierde Minerva la cabeza ?

Es el *monstruo político* que al mundo
en nombre de la ley y sus poderes,
lanza al abismo del fatal, profundo

E ineludible mal . . . en que los seres
perdiendo el sentimiento religioso,
sin lazo entre los hombres y mujeres,

Pierde el alma también el generoso
encanto con que se unen en afecto
padres, hijos, amigo, novia, esposo.

El hace que perdiendo el intelecto
y el amor en el hombre, luz innata,
sufra el hogar el deletéreo efecto.

De la impiedad que la conciencia mata ;
que induce al padre á detestar al hijo,
el hijo al padre, y por la cual delata

El hermano á la hermana, y lo que dijo,
al revés lo propala y sin recelo
lo jura por el santo Crucifijo.

Y sin temores de ofender al cielo,
con cruel malignidad causando el daño
alza al pudor de la familia el velo.

Inmenso aunque menguado de tamaño,
pues tal es el temor que al mundo inspira,
servíale de paje el vil *Engaño*.

Que de la tierra en torno vuela, jira,
malévolo, venático, insidioso,
con artes del cobarde que conspira.

Por el labio del monstruo, venenoso,
manaban hiel podrida y la retama,
la charca, el barro, el cieno, el lodo ascoso :

Roja la lengua como ardiente llama,
afuera cual serpiente le salía,
con que azotaba su acerada escama.

Brotaban luengos dientes de la encía,
que así como las garras de sus manos
en la carne del mundo introducía,

Estaban á su lado los tiranos
que la vergüenza han sido y vituperio
del hombre con sus hechos inhumanos.

Dionisio, Mario, Sila, el cruel Tiberio,
Calígula, Nerón, que por el mundo
llevó la espada del romano imperio.

Aquella fiera y calamar inmundo,
que tanto mal y destrucción encierra,
por ser en el infierno el más fecundo,

Era el monstruo nefando de la guerra,
de huérfanos y madres cruel azote
que se llama *política* en la tierra.

Astuto Satanás, le dió por lote
de toda su maldad el estipendio
con que lleva la vida al estricote,

Al dolo, á la injusticia, al vilipendio,
y tiene las traiciones por decoro,
por gloria, sangre, lágrimas, incendio.

Y por dictados el becerro de oro,
en cuya adquisición pone en gran suma
de sus sangrientas artes el tesoro.

Agobiada del peso que la abrumba
allí estaba en ridículo la Envidia,
derramando del labio negra espuma.

Implorando el favor de la perfidia
al inocente objeto de su encono
preparaba el ataque con insidia

Que acusaba su inútil desentono,
y con despecho suyo, al atacado
servía de su mérito al abono.

Con diente venenoso y afilado,
y de bilis el hígado repleto,
ansiaba en su dolor desesperado,

Con imbécil afán y ánimo inquieto,
clavarlo sin piedad y sin medida
de su torpe injusticia en el objeto.

Lloraba inconsolable al verla herida,
sanar, sin destrucción, á poco rato
de haber sido en sus luchas inferida.

Mordiéndose en su mísero arrebató
de ver frustrado al fin su mal intento
y en bien del agredido su maltrato.

Y ocultando á la vez su descontento,
á solas se avergüenza, á solas gime,
y á solas su conciencia es su tormento.

Pues ante la verdad, clara y sublime,
que á solas le rebosa dentro el pecho,
le humilla la vergüenza que le oprime.

Y le convence á solas que el despecho
es causa primordial de su malicia,
y el insensato empeño, inhábil hecho,

Con que azuza el mastín de su injusticia,
cual perro mordedor, que al hombre injusto
aunque hijo de su sér, nunca es propicia,

Junto ella la calumnia, con el susto
de verse por el tiempo descubierta
procuraba á sus celos darle gusto.

Y la mordacidad, víbora alerta,
y pronta en desprestigio del ausente
á dar á sus colmillos boca abierta.

Servía á los insultos de asistente,
que con la ociosidad, madre del vicio,
en las tabernas moran diariamente.

Del tahir y fullero al bajo quicio,
del juego y de la gula compañera
y amiga de pendencias por oficio,

Estaba la insensata borrachera
convidando al escándalo y bullicio,
y allí estaban también la vil flojera,

La intemperancia con el rostro inculto,
la usura, la codicia, el fraude, el dolo,
que al bolsillo el puñal llevando oculto,

Y entre la multitud viviendo él solo,
se encuentra en todas partes, y campea
sin cansarse jamás de polo á polo.

La preñada ambición, de hartazgo fea,
en la diestra blandiendo su cuchillo,
y en la siniestra la incendiaria tea,

Llevaba en la cintura ancho bolsillo,
que henchía sin cesar de plata y oro,
de ambos manchado el pernicioso brillo.

Con lágrimas, miseria, sangre y lloro,
cual natural sinónimo la Envidia
en secreto deseando su tesoro.

Allí estaba, secuaz de la perfidia,
la execrable Traición que han engendrado
Pandora y Aritman, y de la insidia

En el oscuro ajuar, allí á su lado,
erraban las gazmoñas hechiceras,
de macilento rostro y ojo airado.

Que hipócritas, con voces plañideras,
á su lívida reina los horrores
la andaban defendiendo vocingleras.

Los bellacos engaños voladores,
con sus alas de tul y claro oscuro,
entre ambigua apariencia de valores

De su dédalo inmundo al negro muro,
cercanos, con halagos la cercaban,
con vuelo, en dirección, siempre inseguro.

Entre horrendos murciélagos estaban,
con todos sus malévolos amigos,
que en su grito fatal la acompañaban,

Trayéndole socorro en sus fatigas,
las pérfidas innobles dilaciones,
del pueblo y sus hogares enemigas.

La coja falsedad con sus girones,
por lábaros de triunfos, alcanzados
en la guerra infernal que con traiciones,

Hicieron á los débiles estados
con diplomacia aviesa de ironía
y faltando á la fé de los tratados,

Roncaba con la inícua hipocresía,
junto á su vil y miserable hermana,
la ímproba y rastrera felonía.

Acorde con sus leyes la inhumana
discordia de la guerra, cruel autora,
en su mano exprimía la manzana,

Que, arrojada al festín, la destructora
é inexorable furia de la diva,
llevó del Asia á la infeliz señora.

Mostrándose con mano inofensiva,
después que ya lanzó flecha certera,
y al dar de las razones siempre esquivada

Con finjida política rastrera,
hipócrita sin fé, la Diplomacia
mostrándose en sus trápalas sincera.

Estaba allí ostentando esa falasia,
con que engañó gobierno, pueblo y corte,
confiada en el poder que da la audacia.

No teniendo en sus fines otro norte,
que usurpación y robos á la amiga
nación que por flaqueza la soporta.

Ví á su lado sonriéndose á la Intriga,
y á la caterva pérfida y dolosa,
que le presta socorros y la abriga.

En profunda caverna tenebrosa,
como genio hasta indigno del recinto,
ví una larva mugrienta y andrajosa.

Deo gratia! aunque mujer era distinto,
su aspecto al de la angélica hermosura
que de amor es la ciencia en laberinto.

Porque era la infernal manufactura
del mismo Satanás, que se ha llamado,
por no hallarle otro nombre en su escritura.

Ingratitud! el único pecado,
entre los más odiosos que se han visto,
al cual no halló perdón, ni ha perdonado,
en su misericordia Jesu-Cristo.



CANTO VII

Trémulo, absorto y en silencio mudo,
ante aquel espectáculo de espanto,
confiaba en el espíritu que pudo

Suplir la fortaleza á mi quebranto,
quien con la voz que suspendido había,
interrumpiendo mi silencio en tanto,

¿ Ves aquéllos vestiglos ? me decía :
éllos son los espectros de esa banda
que en los antiguos tiempos existía.

Que sufre en la mansión triste y nefanda,
la pena del satánico flajelo,
que te hago ver aquí prenumeranda,

Alzándote del tiempo el denso velo,
verás muchos que fueron de las gentes,
causa de ruina, destrucción y duelo.

Ya muchos, no de aquellos diferentes,
de la moderna edad género infando
en delitos iguales, delincuentes,

Verás sin esperanza aquí pagando
aunque viven aún, por su delito,
la pena que ya ves prenumerando.

Escucha de antemano el hondo grito,
cuando el dedo de Dios, fuerte y airado,
los hunde en las hogueras del Cocito.

Aquí prenumerando condenado,
distinguirás entre los varios nuestros
de nuestro mal autor, aquel malvado :

Conocerlo podrás en los siniestros,
y con mirada torva, hundidos ojos,
y en imitar al basilisco, diestros :

Como lo ves aquí serán despojos
su espíritu y su cuerpo en lo futuro,
del tenebroso reo en sus enojos.

Oye cuál grita en su martirio duro !
¿ No tienes compasión de un sér que oprime
toda la rabia del infierno oscuro ?

Cómo en el antro renegando gime !
la lengua destrozándose con odio.
En tus deseos de venganzas, dime,

¿ Cómo puedes seguir viendo al custodio
de la mansión del llanto haciendo alarde,
de su ira en el diabólico episodio,

Con que á la carne viva del cobarde,
aplica el fuego lento, alegre viendo
cuán mísero el felón en llamas arde.

Y cómo de cenizas renaciendo,
del fin vuelva al suplicio comenzado
en fuego aun más ardiente siempre ardiendo.

Un diablo entre los diablos adestrado,
de nombre, en el infierno, Tintinillo,
ví asir de aquel espectro malhadado,

Y hundirlo como en olla molinillo,
en un lago pestífero de engrudo,
por la cabeza abajo hasta el tobillo.

El fiero capataz siendo el más crudo,
de todos los demonios del abismo,
después de revolcarlo allí desnudo

Volvióle á zabullir ya no en el mismo,
sino en otro albañal, ó charco hediondo,
usado en el tartáreo cataclismo.

Y como era en lo fétido el más hondo,
le empujó de los piés á la cabeza,
metiéndolo cien veces hasta el fondo.

Después, con su diabólica destreza,
cada vez más feroz y enardecido,
en dar á su tarea más fiereza,

Mantuvo al sucio reo suspendido,
sobre ancha paila de candente fuego,
hasta que hubo sus huesos derretido.

Pero en el martir renaciendo luego,
la carne sobre el hueso en el martirio,
lo derritió cien veces sin sosiego.

Sonriendo como hiena en el delirio
de su infernal placer, lo contemplaba
paveza incombustible dentro el cirio.

De llama hecho carbones lo sacaba,
y al convertirse en carnes lo ponía
en pailas de las cuales lo llevaba

A un estanque profundo, donde había
no de esa agua regada por el cielo,
que refriera el caloroso día,

Y vuelve la frescura al vasto suelo,
sino un inmenso cúmulo espantoso
de penetrante endurecido hielo.

Ufano Tintinillo, cruel, furioso,
con su ciencia inventando nuevo agente
que hiciese el padecer más doloroso,

Lanzábalo hasta el fondo, y de repente,
llevándolo á otra hoguera, paila ú horno,
de un fuego extra-tartáreo de candente,

Y cual paleta mísera en contorno,
con él á su sabor lo revolvía
de hueso y carne fresca hasta el retorno.

Largo tiempo después lo suspendía,
y cual si fuera del infierno hereje,
con el *auto da fé*, se entretenía.

No esperes un instante que lo deje,
me repitió la voz dando un sollozo,
porque Dios sin piedad no lo proteje.

En efecto, el impávido afanoso
de inventarle al martirio duro tema,
lo lanzó en el abismo tenebroso,

Del eterno diabólico sistema
donde rodando con eterno jiro,
siguió víctima infausta de anatema.

Mas de ésto y otro tanto no me admiro ;
siguió la voz de mi ilusión diciendo,
que otro hay más infeliz en su retiro.

Bien pronto lo verás : ya está saliendo !
Pocos instantes se pasaron cuando,
de un antro en sus visiones estupendo,

Surgió un jayan altivo renegando,
con voz tonante de palabra obscena,
que del recinto en torno iba tronando,

Con estentóreos ecos por la escena.
Su vista era feroz, y en su figura,
tronaba el rayo de soberbia plena.

De gallardas maneras y soltura
con magestad plutónica marchaba,
buscando con esmero y compostura,

Dar más truenos al nimbo en que zumbaba,
político, intrigante y atrevido,
con fácil elocuencia improvisaba.

Insaciable del oro, desmedido
en mando, y pretensiones cual ninguno,
y en su teatro dramático entendido,

Blandiendo la batuta del tribuno,
al pueblo conjuró en las tempestades
con el audaz *quos ego* de Neptuno.

Con una vanidad de vanidades,
que ni el cantor de Aquiles, conveniente
creyera en la deidad de las deidades,

Creyéndose en la tierra omnipotente,
un Dios providencial, del cielo un santo,
imposición divina, ó númen gente.

Celeste analogía bajo el manto,
de la belleza terrenal que vino
al mundo para ser terror y espanto

De quien se le opusiese en su camino ;
y al fin tocó al extremo de lo humano,
quien serlo se creyó de lo divino.

Y elevándose estatuas con su mano,
se vió cual nuevo Júpiter tonante,
sobre el *orbis terrarum*, soberano.

Surgieron luego, pares del gigante,
Aguirre el cruel tirano ; en pos Cisnero,
que, siervos ó edecanes : adelante !

Gritaron al soberbio y altanero
jayán, á quien ciñeron cual zodiaco
de un sol entre los signos el primero,

Sin cuya luz ideal quedara opaco
el centro de sus mil constelaciones.
De Alcides perseguidos iban Caco,

Masanielo, y Cartouche, los campeones
cuyo ideal les forjó en Sierra-Morena,
directores y centros de ladrones.

Aun de nuestro mundo en la condena,
donde fueron colegas de la silla,
y atletas de Dionisios en la arena,

Ví formándole cola á Veintemilla,
Iturbide, Carujo, Obando, Rosas ;
y entre aquella política gavilla,

Repetición histórica de cosas
en los antiguos tiempos ! fiel espejo
de las modernas testas afrentosas,

Ví honrándole en el fúnebre cortejo,
cual póstumo ciclón de Catilina,
al fiero Valmaceda y Melgarejo,

Siluetas de la pléyada latina,
que legadas al mundo americano
imitaban Pluton y Proserpina.

Calígula, Nerón y Domiciano
seguían, y detrás, el Anticristo,
Luzbel y Belthebúth, y mano á mano

De la cesárea cepa, el pueblo mixto,
de Astaroh, Balaal, Moloc, Locusta,
y cuanto en ambos géneros ha visto

El vulgo innoble de la raza Augusta ;
pues iban en su banda Mesalina,
Hez de Citera, cuyo nombre asusta

Al mundo, y si existiera, al de gabrina :
bien que el mundo es verdad, puesto en misterio,
mientras lo encubre la social Alcina.

Con Medusa y Gorgona iban Tiberio
y el ogro Maximino, aquel endriago,
de la púrpura intrusa vituperio.

Y Commodo, terror, horrendo estrago
de esperanza perdida, ansiada y vana,
en mejorar del hombre el signo aciago.

Otros secuaces de la edad temprana
salieron del abismo en el cortejo
del leviatán feroz ó larva insana,

Cuyo altivo talante era el reflejo
del rebelde al mirar, cuando caído,
por maldición del celestial consejo,

Fué del Arcángel San Miguel vencido,
al golpe de su espléndida tizona,
y á sus piés se encontró fiero y rendido.

Con Medusa, la Esfinge y la Gorgona,
también iban Thifon, la hidra de Lerna,
la apolínea serpiente que ocasiona

Terror y espanto en la mazmorra eterna :
Alecto y Tisifone, que al extremo
no llegan en su tala sempiterna.

Seguían tras las plantas del blasfemo
Laquesis, Cloto y Atropos, las Parcas
con Esteropes, Brontes, Polifemo,

Con Pyracmon, los cíclopes monarcas
que los rayos forjaban del tonante,
señor de los olímpicos patriarcas.

Siendo insaciable adorador y amante,
que incensa altares al becerro de oro,
amigo de la pompa y comediante,

Con falso brillo y oropel sonoro,
llevó su *fames auri* hasta el proceso
de las *mil y una noche* en su tesoro;

En nombre de la industria y el progreso,
con sus dones de mando, al pueblo trajo
la escuela y el espíritu de Crespo;

Mientras echó con su gobierno abajo
la ley, la dignidad, el patriotismo,
el amor del señor y del trabajo.

Aplicando la fuerza y despotismo
al talento y belleza de un Apolo,
usurpó con su genio y su cinismo

A la matrona de Bolívar, sólo
para sí convirtiendo las arenas
del Guaire en las doradas del Pactolo.

Cual mundos Alejandro, á sus cadenas
habría de oro un universo atado,
y hubiera, al ser posible, las almenas

Del cielo con sus garras escalado,
si en lugar de la luz que el sol nos brinda
nos diera en sus planetas un Dorado,

O las caninas perlas de Dalinda;
ni espera Satanás que ya en su infierno,
de su avaricia y ambición prescinda.

Su orgullo sin medida será eterno,
su amor á la riqueza, al falso brillo,
al poder arbitrario en su gobierno,

Quiso en vano imitar como estribillo,
quien sin tener un genio tan preclaro,
ya vimos en poder de Tintinillo.

Pero éste tan potente como avaro,
la patria convirtió en sus alacenas
en víctima de su odio lo más caro.

En propiedades tuyas las agenas,
el ageno poder en propio y suyo,
haciendo proclamar industrias buenas,

Las de industrioso caballero, á cuyo
desorden de un gobierno sin derecho,
las malas añadió, en mío y tuyo,

De no hacer diferencia en su provecho,
por ley estableciendo que su mío,
apesar de lo suyo, fuese un hecho.

Y por constitución el poderío
con que llevó su mando á la insolencia
de hacer y deshacer á su albedrío,

Confiado en su nativa inteligencia,
en su claro talento y energía,
desafiaba á la lucha la potencia

Del airado huracán, que se oponía
á su mano de hierro inútilmente ;
pues con su empuje vencedor salía.

Soberbio, ufano, altivo, diligente,
incansable, fecundo y orgulloso,
de vanidad hartándose insolente,

Y creyéndose en todo poderoso,
á Dios, al hombre y á la patria en nada
tuvo al juzgarse el sin igual coloso.

Ante quien de Bolívar empinada,
de Washington ó César la figura,
y la de Grecia ó Roma comparada,

Con su apolínea y sublimada altura,
al hombro no alcanzaban: ni de Francia
el mariscal más alto á la cintura.

Su excesiva soberbia y arrogancia,
con que insultó la dignidad del hombre,
dejaron á Luzbel á gran distancia.

Grandes, génio y valor, son en su nombre:
sus grandezas negar vano sería,
ni el decir la verdad, á nadie asombre,

Pues son genio, talento y valentía,
soles que brillan al través de nube,
cual tras la noche oscura el claro día :

Es Ormus, Aritman, que siempre sube
en vuelo á la región de lo excelente ;
pues no impide al Satán el ser querube,

Cual no quita al cortés el ser valiente.
Tirano de la patria, de sí mismo
lo fué con más crueldad, porque, demente,

No vió que su nefando despotismo,
le arrebató la gloria inmarcesible
de haber sacrificado al patriotismo

La uva de su Tántalo invencible :
En su naturaleza de ambicioso,
que el amor á su patria hizo imposible,

Aun más que por los bienes, es famoso
por los males que hiciera con su mano
de hierro, no tan sólo al poderoso,

Sino también al débil ciudadano ;
ya fuese su rival, ya su enemigo,
pariente, servidor, padre ó hermano.

No respetó los fueros del amigo,
pues cuanto de moral ó de derecho,
de religión y ley está al abrigo,

Por ley de sus pasiones fué deshecho :
dignidad nacional, honor, fortuna,
el templo, el tribunal, el juez, el lecho,

Decoro de familia, hogares, cuna ;
y la Nación, la Patria sometida
á su mando y querer sin ley alguna.

Cual los rayos del sol, clara, encendida,
hacer pudo pasar magna su gloria,
á la inmortalidad apetecida ;

Pero el juicio infalible de la historia,
que no tiene razones de gobierno,
ni soborna el bolsillo su memoria,

Habrá de condenarlo al fallo eterno
que su imparcialidad pronto concibe,
por ser su fuero del dominio interno.

Así la diosa que en el libro escribe,
y la musa que canta con la lira,
en quienes siempre esa verdad se exhibe,

Sin estudio parcial, sin causas de ira,
no halagará tiranos ni pasiones,
ni contará verdades por mentira,

Ni elevará mandil por pabellones.
Las obras de su orgullo y vanidades,
indignas de cambiar instituciones

Del pueblo, y las costumbres de ciudades,
serán como meteoro luminoso
que se habrá de apagar en las edades;

Pues aunque tienen luz de lo grandioso,
es de aquella grandeza que consiste
en hacerse, entre enanos, un coloso:

Y no la que trasciende, porque asiste
con virtud y honradez al ciudadano,
cuya obra es el bien que siempre existe ;

Porque sirve á la patria, no al tirano.
Engrandecerse el hombre, sin su alteza,
con bienes, transmitir de un fin humano,

Como el padre que lega su riqueza,
de su posteridad en beneficio,
es la obra del génio sin grandeza.

Así de esos tiranos el servicio
que de la patria al porvenir no quede,
no pasa de su tiempo, y sólo al vicio

Al crimen y desorden aliar puede ;
y pronto de los pueblos en la vida,
su puesto á la razón y al orden cede,

Que cuando pasa el vendaval lo olvida,
ó hacen que sirva con horror y espanto,
de ejemplo en otra historia repetida.

Si nó, dijo la voz, míralo en tanto,
á su soberbia sólo reducido,
y viendo á su nación en el quebranto.

Pues toda su grandeza le ha servido,
al vuelo de una fama pasajera
que, cual te dije, ó pasará al olvido,

O del templo inmortal quedará afuera:
en efecto, le ví desesperado,
bramando de furor, como una fiera,

Por su propia conciencia devorado,
absorto, al contemplar su tiranía,
vomitaba la hiel que había tragado,

Su faz, abofeteando, maldecía
el tiempo en que ejerciendo su dominio,
más ruinas no causó su diestra impía.

Violento, recordaba el vaticinio,
oído de las víctimas que hubiera
con júbilo arrastrado á su exterminio.

Ya tarde arrepentido en su carrera
la frente se golpeaba al ver que en vano,
volver al mundo á dominar quisiera.

De nuevo no acozar al propio hermano,
y ver la patria en nuevo horror hundida ;
y ser verdugo impávido inhumano,

No ver más sangre á su sabor vertida,
ni en guerra á la nación no ver ardiendo,
más deploraba que su triste vida,

Mas cuando ese dolor fiero, iracundo,
de sus maldades sea cruel castigo:
cuando aquí finalmente esté viviendo,

Cuando venga trayéndose consigo
el odio de ese duelo en las mansiones,
de quienes es sin fin el enemigo.

Hubiera la templanza sus acciones
contra Dios y el hombre refrenado,
á un génio de tan vastas proporciones,

Cómo habría su pueblo entusiasmado,
sublime pedestal de eterna gloria,
no indigno de Bolívar, levantado

Con honor de sus héroes en la historia ;
compartiendo el laurel de un nuevo Apolo,
oiría bendecir grata memoria.

De su nombre inmortal de polo á polo
y después de esos grandes, monumento,
de los contemporáneos, fuera él solo :

Mas Eolo-Plutón lleno de viento
no quiso que una patria agradecida
le adorase cual Dios, ni que el acento,

De la patriota musa envanecida
los dedos aplicando al harpa de oro,
loase las hazañas de su vida.

Antes las cuerdas del laud sonoro,
del canto con desprecio, destemplando,
prefirió ver sus glorias sin decoro,

Y la ofendida patria abandonando,
allende de los mares, en destierro,
y maldecido de su propio bando,

Baja la mano que le alzó de hierro,
no hallando á quien tendérsela de amigo,
pues hoy como sarcasmo de su yerro,

Teniendo por doquiera al enemigo,
sólo halló en premio á su fatal grandeza,
la pequeñez del hombre en su castigo.

¿ Qué prestan á su bien fausto y riqueza,
y al duro corazón sus falsos goces ?
cuando graves serán la cruel rudeza

Y atronador tormento de las voces,
que ya de la conciencia en el olvido,
prorrumpen con estímulos atroces.

Perdónelo el Señor que él ha ofendido,
y tenga El compasión de esas mansiones
para mí de un recuerdo tan querido ;

Porque en ellos dos buenos corazones
desunir no pudieron inhumanos,
de nuestro dulce hogar rudos ciclones.

Y prosiguió la voz : tigres hircanos,
que lágrimas y sangre asaz bebieron,
por su brutal instinto y odio insano,

Aquí de allá vendrán : y los que fueron
maligñas propagandas de anarquía :
inagotable fuente en que bebieron

Veneno, sangre y hiel de tiranía,
y en ella proclamaron los delitos
por lábaro de triunfos, cuya guía

Fué el eco, en el desierto, de los gritos
del huérfano ó la viuda, al sol hambrientos,
ó de aherrojados padres ó proscritos :

Fué en su marcha dejar rasgos sangrientos,
rellenar de esqueletos los osarios,
y de infantiles lágrimas sedientos,

De patria y libertad ser victimarios,
no aplacando su sed, su hambre de hiena,
la orgía de festines funerarios,

En cuya detestable hórrida escena,
las sombras evocando de Vitelio,
destrozaron cautivos en cadena.

Del hijo idiosincrático de Aurelio,
el fatídico impulso del milano
fué su ley, su doctrina, su Evangelio,

Renaciendo cual fénix inhumano
de sus almas quedando la ceniza,
atroz de un Caracalla ó Domiciano,

Y de éstas renaciendo la ojeriza
contra el bien de la especie la probaron,
que á Locusta tuvieron por nodriza.

Mas, oh, patria ! oh, dolor ! ¿ por qué llegaron
á tu suelo esos monstruos, cual meteoro
de pestes que á tus hijos devoraron ?

Oye aquéllos, bramando como el toro,
al eco de sus crueles remembranzas,
de la madre perínclita, desdoro.

Son los ogros González y Antoñanzas,
Y Morillos, y Boves, Zuazolas,
cuyos hechos de incendios y matanzas

Hoy con vergüenza recordar á solas,
cual manchas en sus iris de la guerra
oirás en las historias españolas.

Ay! de ellos porque fueron en la tierra
deidades del verdugo, y asesino,
y porque Satanás hoy los encierra,

Donde nunca verán el sol divino,
á cuyos resplandores la preclara
justicia ha de medir, en el destino

Del réprobo, los actos con la vara
con que midió al principio al ángel fiero,
que al solio omnipotente alzó la cara,

Rebelde, audaz, soberbio y altanero:
más de estos infelices el delito
el último no ha sido, ni el primero.

El crimen en la especie es el prurito
del soplo sucesor, porque el astuto
demonio con su espíritu maldito,

Logró engañar al hombre con el fruto
del primitivo amor, en la inocencia;
pues siendo la ignorancia su atributo,

No conociendo á Dios, toda su ciencia
está en la imperfección de un bien que adquiere,
en cambio de otro mal en su existencia :

Sin explicarse él mismo lo que quiere,
del fin vuelve al principio, y siempre el medio
es todo el resultado hasta que muere.

Virtud, crimen y honor son el asedio,
de su ambición fatal entre ellos gira
buscando aquel resorte en su promedio,

Que le descubra el fin á que él aspira ;
y si el honor y la virtud lo vedan,
entonces en el crimen es que mira

Los medios de alcanzarlo que le quedan ;
y ya de perdición en el camino,
hacia los hechos sus pasiones ruedan.

De aquí nacen el monstruo, el asesino,
el opresor rapaz de las naciones,
y en la escala inferior, el libertino ;

Pero en naturaleza hay propensiones,
agentes de aquel génio voluptuoso
que arrastra á su placer á los Neronés

A quienes contemplar es delicioso,
á la reina del Tíber incendiada.
Si nó, mira ese elenco tenebroso,

Del que vino ó vendrá, de esta morada
á explicarte el misterio de la vida :
mira á aquel infeliz ! es Torquemada.

Deshonor de una cruz mal entendida,
y de una religión, pura, inocente,
del mal en que se viera confundida.

Aquel que ves pavesa en llama ardiente,
que ni en ceniza del dolor se arranca,
y á quien el propio hermano de la frente

La corona arrancó por hueste franca,
es don Pedro el Cruel, contra el tirano,
ante Eleonora de Guzmán y Blanca,

Y ante el tío, el pariente y el hermano,
puso el Dios de justicia la cuchilla
del fratricida Henrique, en propia mano,

Para vengar al pueblo de Castilla.
Al par de estos diabólicos abortos
verás á los de Enoch en la Bastilla,

Hacer de los más largos los más cortos,
un parangón de la maldad que tánto
á los pueblos y reyes dejó abortos,

De extraña admiración, terror y espanto,
viendo del mundo en la extensión doquiera,
manar la fuente del dolor y llanto,

Que expresa por susurro en su carrera
el azote silbando á la memoria,
con cántico de risa plañidera.

Y ese baile, de máscara notoria,
que por ir y volver llaman los hombres
el drama repetido de la historia,

De estos pocos pasándote á otros nombres,
de los antiguos tiempos y modernos,
consuelo alcanzarás cuando te asombres

De ver, en la región de los infiernos,
que son, en el gentil y en el cristiano,
los crímenes tan grandes como eternos.

Contempla aquí á Nerón, ese milano,
duelo y vergüenza de la humana hechura
del vientre maternal roedor gusano.

Que en hora de funesta desventura,
engendró Belthbuth, y en los baluartes
de la ciudad soberbia, en cuya altura

El pueblo vencedor en todas partes
sufrió la humillación, como castigo
que el tirano llevó á sus estandartes.

Y Commodo es aquel ! lleva consigo
el odio y maldición de que Tiberio
en Caprea reinando, fué testigo.

Mira aquel de la historia vituperio
que una sola cabeza ambicionaba
tuviese el cuerpo del romano imperio,

Que de un golpe cortar se imaginaba.
Mira otro emperador, bestia felina,
virtiendo, aunque asno vil, del tigre baba ;:

Esposo de la torpe Mesalina,
estólido cabrón, tan cruel y necio
que gobernar á Roma se imagina,

Cuando de una mujer que puso en precio
el uso de su carne al libertino,
mirado fué con sin igual desprecio.

Allí está Caracalla, aquel mezquino,
que en brazos de la madre, del hermano,
oh! mancha de Caín! fué el asesino.

No te indignes de ver á Domiciano,
que bien merece un pueblo la insolencia
por sus culpas sufrir de tal tirano.

Ni llores al hacer reminiscencia
de Helegábalo atroz, el más odioso
que la púrpura expone en tu presencia.

Allí están Maximino, el tigre ansioso
de humana sangre con horror cubierto,
Othon, Galba y Vitelio el asqueroso,

Que como hiena hambrienta del desierto,
el campo visitando de batalla,
la carne, con placer, olió del muerto.

Y junto á Mario, Sila y Caracalla. . . .
más, para qué seguir? pasa! adelante!
esta plaga es sin fin; doquiera se halla;

Como peste es igual ó semejante,
desde que Adan, sin malicioso intento,
ofendió á su Creador por ignorante,

De tantos los primeros te presento,
pues llegar á los últimos sería
las estrellas contar del firmamento,

No pasa sobre el mundo un sólo día
sin que vibre, ó resuene destemplada
la cuerda que perturba su armonía.

De la perdida gente condenada
cuenta el número solo de los nuestros,
y admira con el alma desolada,

Cómo fueron en crímenes maestros!
pasa! adelante! y el fatal influjo
contempla de esos vámpiros siniestros :

Las ruinas y matanzas que produjo,
los pueblos arrastrando á la indigencia,
cuando el valor á menosprecio indujo.

Si estudias en su teatro la existencia,
y la fatalidad de su destino,
verás que son los frutos de la ciencia

Del primitivo amor, aunque divino,
la perdición del hombre en su perverso
conato de ladrón, falso, asesino :

Que el gran misterio con que el juez adverso
lo que alza la virtud hunde en su ruina
es ley providencial del universo.

Observa, cómo el hombre se encamina
al robo, al voluntario asesinato,
y el fin con que el traidor, roba, asesina,

Y en medio del desorden y arrebató,
muere uno sin hogar al desabrigo,
y vive otro en la pompa y el boato.

Con dineros robados al amigo,
mira al vil persiguiéndolo en desgracia
de que fuera el autor, y sin castigo.

Mira aquellos cobardes, con audacia,
verdugos de infelices inocentes
el fruto recoger, por la eficacia,

Con que el crimen se aplica al don de gentes ;
mira á esos siervos usurpar el mando,
y ser más que sus dueños insolentes.

Mira al reo y al juez, prenumerando,
castigos recibir en el infierno,
de su vida á los términos, y cuando

Vengan cuentas á dar de su gobierno :
y mira aquel traidor cómo recibe,
siendo esclavo servil ó subalterno,

En premio de maldad que ya concibe,
el mendrugo que es pan de los ladrones
pan que él roba tal vez cuando se exhibe.

Mira aquel ostentando sus traiciones,
á ese otro miserable hacer alarde
del crimen y vileza en sus acciones.

A su lado contempla aquel cobarde
que nunca halló en su tiempo, ni halla hoy día
quien en silencio su bajeza guarde,

O venda por valor su cobardía.
Payaso, petulante y embustero,
hasta hace : del embuste su maña,

Con el traje postizo del guerrero,
jamás del enemigo en la presencia
el pecho presentó, ni aun el sombrero :

Del soldado, eso sí, con la insolencia,
fué escándalo inmoral de iniquidades
de la taimada zorra con la ciencia,

Y natural talento en sus maldades,
del Satanás soez en la figura,
fué azote de los campos y ciudades.

Simpático, por diablo, en la finura,
adquirió entre la plebe el predominio
con que el bajo y audaz llega á la altura.

Con él fué de las leyes exterminio,
llevando por su astucia y malas artes
el oculto puñal, el latrocinio,

Estupro y violación, á todas partes
de pueblos ignorantes es la suerte,
venderle á su verdugo sus baluartes.

Con su vida comprar desgracia ó muerte
que prueban de la especie en el camino
de oculta Providencia el dedo fuerte,

Oh ! mira aquél estúpido beduino
que ajeno hasta de bárbara arrogancia,
tuvo solo talante de asesino.

Vulgar en su salvaje petulancia,
malvado, aunque ridículo y rastrero,
en la historia una voz sin resonancia

Sería, si no hubiera un pueblo entero
visto arrastrar, sin que pidiese amparo
la patria por quien fuera un Cancerbero.

Sin mérito tener útil ó raro,
con el que de la nada hombres se han visto
llegar de gloria patria á ser el faro,

Pero él del de política provisto,
llegó á ser de la patria inesperado
Mesías, con hazañas de Antecristo.

Ridículo brutal, soez taimado,
aunque tigre ignorante, supo el bruto
hacerse dictador de un gran estado :

No como el tigre ni la zorra astuto
ni menos como el león, noble ó valiente,
del verdugo ladrón dió sólo el fruto.

De aquí, adelante pasa : allá, detente !
y mira al fin político bisonte :
por ser ogro orador pareció gente.

Megaterio, Mammuth ó Mastodonte,
que el político Boreas en tormenta
encaramó de súbito en el monte.

La vista pon en él, fija y atenta,
y del principio al fin, de ese marrano
sus goces en el lodo observa y cuenta.

Payaso del Nerón, débil tirano
con la barrica inauguró ese infierno
que el híbrido redil venezolano,

En su orgía ó burdel llamó gobierno,
secuaz de su política miseria,
de sus vicios infames subalterno.

La botella, que fué su ninfa Egeria,
sus leyes le inspiró, el numen Baco,
el ron de sus arengas la materia.

Ella le dió la inspiración de Caco,
que fué también en su nefanda orgía
la diosa que llenó su roto saco.

Su Edén era el garito en que vivía,
y su Eva la impudente prostituta,
que en parte su gobierno dirijía.

Cual Caco aparecido entre su gruta
del ebrio y del tahir sucias cuadrillas,
rodeábanle por corte disoluta.

Jamás llegó el pudor á sus mejillas;
y al muladar, por tálamo, inclinado,
el lodo le sacó de sus casillas.

Y ya entre sus basuras arrojado,
ó de Baco en las fuentes embebido,
no conoció que de su espuma alzado

Debía en sus tormentos verse hundido,
cual lo vimos allá, sucio y hediondo,
su adorado tonel viendo perdido ;

Cuya luz despreciable allá en el fondo
es él, que ves ahora en el abismo
del popular desprecio triste y hondo,

De su propia bajeza en continuismo
ridículo y funesto, que al profundo
olvido, ha de llevar el fatalismo.

En tanto que proscrito y vagabundo,
es un ejemplo más de un mal gobierno .
vuelto cadáver que no importa al mundo.

Aquí, ya de antemano en el infierno,
por castigo, lo ves, prenumerando,
tras lenta chamusquina, en fuego eterno,

La pena de su torpe y loco mando,
con ridículo escarnio, y la balumba
de popular indignación, pagando.

Grita, improprio, acosadora zumba
serán las deshonrosas siemprevivas
que regarán las Parcas en su tumba.

Su alma de cieno y su entidad cautivas,
aún de la taberna en el comercio
darán á las Erinnis vengativas.

En sus crueles tareas más de un tercio
de infernales deleites, y á la Gloria
de su nombre en valores ni un sextercio.

De su crápula impura la memoria
sólo manchas, escándalos, borrones
darán á los anales de la historia.

En tanto por las fúnebres regiones
vagaba, las escenas recorriendo
del pasado y futuro en las acciones.

Del bajo cesarismo renaciendo,
al presente su antigua tiranía
en la de hoy sus maldades repitiendo.

Y de escena en escena discurría
cuando oí de repente un clamoreo
que de un pueblo energúmeno salía.

Entre ellos ví la sombra de Asmodeo,
que mentiras por credo predicaba,
y con la osada faz de un corifeo,

A sí mismo los títulos se daba
de ingenio liberal, prócer, patricio,
demócrata y patriota, que abogaba

Por la causa del pueblo, en beneficio
de patria y libertad, y sacros fueros,
que en aras del honor el sacrificio

Traía de su vida y sus dineros,
por la igualdad del hombre ante las leyes,
en pró de los principios verdaderos,

Y en contra de los príncipes y reyes,
cuyo cetro á los pueblos conducía
cual la garrocha del pastor los bueyes.

Con leal desinterés les prometía
de Bolívar en nombre y por su gracia
salvarlos de la odiosa oligarquía ;

Abatir para siempre la autocracia,
salvar de la república el tesoro,
y darles igualdad con democracia.

Vivas el pueblo repetía en coro,
oyendo ya los cánticos ideales
de República, leyes y decoro.

Que dar debían los principios reales
de luz, desprendimiento y fiel doctrina
de prácticas y formas liberales.

Siguiendo el Sicofanta en su rutina
de embustes, exclamaba con firmeza :
no habrá ya, por derechos, ley divina

Que usurparon los reyes á la alteza
del pueblo, que es el sólo soberano,
de raquíticos duques, vil nobleza.

Con su oro algún ladrón republicano
á mendigar no irá : ni al libertino
espurio de la corte á dar la mano,

Juzgando que ya al trono está vecino,
quien del noble bastardo y sospechoso
implora de nobleza el desatino.

No habrá quien ante el pueblo, vanidoso,
erigir se haga estatuas, arco ó busto ;
ni adorar con escarnio vergonzoso

En el altar de un dios, jamás augusto ;
ni de prócer ilustre darle el nombre,
que al verdadero darlo ha sido justo.

Ni habrá entre liberales sólo un hombre
que amase con sangrienta mano impía
de Cresos un caudal que nos asombre.

Tal de su credo y su verdad argüía,
y de su ingenuo patriotismo en prueba
audaz un nuevo embuste entretejía.

Y componiendo nna mentira nueva,
los pueblos arrastraba á su tribuna,
como el caco las reses á su cueva,

La mentira, que nunca es importuna
si halaga las pasiones, ó es resorte
con que abre á un Catilina la fortuna,

Del Sixto Quinto el arca, fué su norte,
y á él, de su ambición como instrumento,
condujo de insensatos la cohorte.

Desde aquel infeliz, fatal momento,
oh Bolívar! oh patria! oh cruel destino,
que das á las venganzas argumento!

La escala de aquel ángel en camino
se convirtió que á perdición condujo
al pueblo, y su ignorancia al desatino.

De ese Aritman al seductor influjo
brotó del hondo Averno la anarquía,
que al Viva el bravo pueblo le tradujo.

Con infructuosa muerte, guerra impía,
doscientos mil cadáveres encierra,
no el bronce que al olvido desafía.

Si no el inculto seno de la tierra,
do no hay marmórea tumba que la gloria
dore un nombre á los hijos de la guerra.

Helo allí con su fácil oratoria,
condenado en el hondo pandemonio
á la eterna voráGINE expiatoria.

Allí lo dejaremos! el demonio,
verdujo de la especie que castiga,
lo hará de sus funciones patrimonio,
que eternamente en el infierno siga.



CANTO VIII

No más, dijo la voz del genio amigo,
del presente al dolor prenumerando,
pasar no quiero, ni seguir, contigo,

Los réprobos del mundo enumerando.
Mostrarte quiero el bien que en el futuro,
á tí, como á tu amiga, está esperando.

Dijo, y del seno, á la piedad oscuro,
condújome su espíritu invisible,
de súbito, á un Edén, que aún me figuro,

Despierto ya del sueño indefinible,
con su esplendor iluminar la mente
que turbó el espectáculo terrible.

Brillaban en el cielo extensamente
de apacibles auroras rayos de oro,
y sobre el paraíso floreciente,

Suaves auras regaban dulce lloro,
y el ángel volador entre las rosas
gozaba de su espléndido tesoro.

Divisaba á lo lejos majestuosas
escenas de seráficas visiones,
que habitaban eternas y dichosas,

De aquel Edén bendito en las regiones :
el lábaro veía que adelanta
al alma sus futuras bendiciones ;

Porque en vuelo serena se levanta
de la región etérea á la aurea cima,
de donde se remonta á altura tánta,

Que el reino de los astros ver estima :
sublime y apacible el firmamento
se mostraba al través del dulce clima,

De topacio y zafiro el elemento
crearse parecía de sus flores,
cuya belleza y variedad sin cuento,

Al aire difundían mil olores :
el alma de ilusiones extasiada
un ambiente propicio á sus amores,

Con voluptuosa sed, nunca soñada
de goces y placeres, absorbía,
de su Dios y ventura enamorada ;

Porque eterna y perfecta su alegría,
é ignorante del mal, dolor y duelo,
sabedora del bien allí existía ;

cual las canoras aves en el cielo
esparcen su pintada muchedumbre,
así las flores por el fértil suelo,

Ya en el llano ó del monte hasta la cumbre,
de aquel feliz Edén que realizaban
celajes de poética vislumbre,

Su magia de matices prodigaban.
Espléndido, sublime era el tranquilo
aspecto que sus luces dibujaban.

En el ideal encantador asilo
sus vívidos colores parecían
realzar bello y gentil crisoférilo,

Bosques frondosos de verdor crecían
sobre el césped de nítida esmeralda,
y pámpanos y yedras les tejían,

Trepadoras, espléndida guirnalda,
y entre selvas y prados, la llanura
ornaban con su pompa hasta la falda :

Doquiera en la bellísima verdura,
de mágica ilusión y maravilla,
de un huerto ó paraíso de ventura,

Oía de ilusorias avecillas
el dulce gorgojar, tierno y canoro,
del murmurante arroyo á las orillas.

Sus bellas alas matizadas de oro,
en el cristal batiendo iban ligeras,
revoloteando á su partida en coro.

Llevaban su armonía á las praderas,
que alegraban con plácido concento
fugaces, y de amores vocingleras,

Y allá por el azul del firmamento
volar blancas palomas como vuela
sobre el sereno mar, lijera, al viento,

De segura barquilla blanca vela :
solemne en rosicler, dulce, apacible,
dejando de celajes linda estela.

Un astro de fulgor indefinible
cruzaba de záfros el palacio,
como un ángel de paz inextinguible.

Cual mágico diorama de topacio
ó aurora de espectáculos boreales,
cuya pompa y prestigio en el espacio,

Si al través se contempla de cristales
de variado color, más deliciosos
se ven que los paisajes naturales.

En aquellos Edenes misteriosos
la luna de la noche, el sol del día,
de la aurora luceros numerosos,

Y todo lo que en sueño aparecía,
con encanto mil veces más profundo,
al alma y al espíritu infundía

Un deleite más puro y más fecundo,
de ideal amor á Dios, y á su criatura,
que el amor y el placer del bajo mundo.

Como soles hundidos en la altura,
asi viven los justos de tu suelo,
nadando en los espacios de ventura ;

Que aun la dicha de aquí no es la del cielo :
ella es con las palabras inefable ;
del humano lenguaje no es su vuelo

Son sus goces de un bien t n adorable,
t n grandes, t n sublimes, t n serenos,
que es inútil afan que de ellos hable.

Qué digo ! si principia en esos senos
que ya viste, el castigo de los malos,
aquí comienza el premio de los buenos.

De dicha y de placer, mil intervalos,
de este Edén todavía los dividen,
tan grandes son del cielo los regalos.

Contempla, continu , dónde residen
los justos, cuyos goces y bonanza,
con los de los arcángeles se miden.

Decirte bastará que la esperanza
es un bien de la tierra, n  del cielo,
donde no es necesaria á quien alcanza

Goces sin mezcla del humano duelo,
que fuera otro morir all  en la vida
no hallar en esperanzas el consuelo.

Aquí la perfección est  cumplida
de quien, no obstante, el hombre en su locura
impide al mundo imbécil la venida.

—Aquí, dijo la voz, todo es ventura
perfecta, sin dolores ni pasiones :
todo de Dios en el amor perdura.

En esa eternidad sin divisiones,
entre el mal y el bien ; pues todo es bienes,
no teniendo los séres corazones,

Sino luz y amor que allí no tienes,
mas que ornar  tu luz cuando la muerte
con lauro de Adonai ci a tus sienes.

Que contra el crimen el cristiano fuerte
es el premio sin fin y sin fatigas ;
y para con las pruebas convencerte,

Y para que en mi senda al cielo sigas,
ven   ver el ejemplo verdadero
con que al morir la salvación consigas.

Verás que la virtud es el sendero
por donde pueden ir el comerciante,
los reyes y pastores, el guerrero,

El rico, el pobre, el sabio, el ignorante.
Porque el hombre, aunque ciego, no camina
con el temor de Dios, hacia adelante.

A tientas, la razón, que es luz divina
encontrarán tus ojos, y seguro
de escollos que ocultaba la neblina,

Al puerto salvador, no más oscuro,
triunfante llegará, donde las puertas
de *la ciudad de Dios* le abrirá el muro.

A tí, sin duda, te serán abiertas,
si de hoy en adelante mis consejos
á seguir, por mis súplicas, aciertas.

Dijo, y al punto describió á lo lejos
de un espléndido teatro los telones,
que abrieron del olimpo los reflejos.

Así como en ardientes estaciones
al sol radiante en luminosa puesta,
las nubes representan ilusiones

De magia celestial, que manifiesta
ser fantásticos génius de la tarde,
que ensalzan á Adonai con áurea fiesta,

Y arrobados ansiamos que retarde
Saturno los celajes encendidos
de aquel olimpo ideal que en llamas arde.

Tal fué la aparición que á los sentidos,
al alma, arrebatando el intelecto,
en éxtasis sublime confundidos,

Me arrobaron, atónito, al aspecto
de aquellos parabólicos encantos,
ó drama de un artífice arquitecto.

Parecíame ver series de santos,
perderse largamente en los confines,
y vírgenes envueltas en sus mantos

De refulgentes rosas y jazmines ;
y en la dorada pompa silenciosos,
con estendidas alas, serafines,

Lentamente marchando, majestuosos,
del uno al otro val de los espacios,
en terrenos enormes y vistosos.

Corceles y unicornios ir despacio,
sobre encendidas cumbres de áureos montes
de granates, rubíes y topacios.

Formábanla fantásticos bisontes,
centauros y elefantes dirigidos
por ángeles marchando al horizonte.

La ilusión pudo tánto en los sentidos,
y en tánto anacronismo éstos recrearse,
que, tiempo y religiones confundidos,

Alegres entre bosques solazarse,
ví ninfas, Amarílidas y Oreades,
ya de Proteo, sin temor, bañarse

En bosquereñas fuentes las Driades.
De sátiros y faunos ya seguros,
ví también mil nereidas y Amadriades.

En lagos de poéticas figuras,
entre cercas de rosas y azucenas,
ví salir hasta verse las cinturas,

Sobre las claras ondas las sirenas,
que atraían con plácidas sonrisas
al león habitador de las arenas ;

Al Céfiro, al Favonio y á las brisas,
la ruda tempestad y nube airada,
en el Edén feliz siempre sumisas.

Nunca se vió de su furor turbada
en su estación constante de fulgores,
la población celeste y encantada.

Las selvas con sus plantas y sus flores,
desde el excelso monte á las llanuras,
del Boreas roncador y sus rigores.

En su tranquilo prosperar seguras
mostraban al zafiro la belleza
de su esmeralda eterna de verduras.

Nunca del mundo la fatal tristeza
perturba las tranquilas alegrías
del paraíso, donde el cielo empieza.

Del infinito allí vuelan los días,
y eterna juventud, y eterno encanto,
se goza en sus eternas armonías.

Sin nociones de pena, duelo ó llanto;
porque es un privilegio de la gloria,
en éxtasis divino, puro y santo,

De esta vida del mundo transitoria,
y de sus horas de infortunio llenas,
perder enteramente la memoria.

Y sólo hacer mención de sus escenas,
cuando obtiene de su árbitro permiso,
como lo obtuve yo, cuando las penas

De algún amado sér vienen de aviso
al padre, madre, hermano, hijo, esposo,
ó deudo á la estación del paraíso ;

En donde hasta ese día victorioso
de remontar al cielo, se prepara
el alma al gran destino portentoso,

Que de aquí para siempre nos separa ;
pero antes del adiós, eterno y santo,
que el Arbitro también á tí declara,

Ven á ver á otros muchos, entre tanto,
que allende como á tí verán mis ojos
vestir de gloria el sempiterno manto.

Dijo, y al punto contemplé, de hinojos,
ante el trono de Dios concilio inmenso,
circundado de aureolas y despojos,

De indefinible beatitud : incienso
gozando de loor, que sólo alcanza
el lenguaje á explicar, profundo, extenso,

Con que rinden tributo de alabanza
los ángeles al Todopoderoso,
con quien hizo Noé pacto de alianza.

Ví entre ellos á Moisés ; padre glorioso,
que trasmitió á los hombres las nociones
del principio en el cáos tenebroso,

De do salieron luz y creaciones ;
y al patriarca Abraham con Sara hermosa,
y á Isac y á Jacob, con las legiones

Que á Gesen dió su prole numerosa,
desde el remoto Haran ya bendecida.
De jueces y de reyes la grandiosa

Extirpe ví también, que la venida
produjo de profetas salvadores,
de aquella tierra santa prometida.

Feliz, cuando no tuvo malhechores,
que contra Dios prevaricar se vieron,
no acatando consejos, ni favores

Con que alcanzar la salvación pudieron,
cual volcán apagado hecho favila
de fuegos que ciudades extinguieron.

Con reposada faz y alma tranquila
estaba allí Samson, cuya potencia
cortara la tijera de Dalila.

Más fuerte, del Señor en la presencia,
de haber sido tan fuerte ya olvidado,
y con divinas fuerzas por herencia,

Con Teseo y Alcides á su lado,
gozaba en Israel, porque veía
aquellos que no habían prevaricado,

Del paraíso al cielo en la alta vía.
Estaban con David, Ester, Debora,
Daniel, y la escogida jerarquía,

Que el pueblo de elegidos fiel adora ;
y como de Israel, libro divino,
en sus fastos sagrados atesora.

Mas dejémoslos ir en su camino,
que terminar de todos el retrato
sería vana empresa y desatino.

Allí estaba el heróico, el gran Viriato,
que sólo un día dominar pudiera
la cobarde traición del Tribunato.

Cual arrogante león en su carrera,
fué rayo de Mavorte, y su tizona
alcanzó la victoria donde quiera.

Todo el poder de la gentil matrona,
á dominar al león no fué bastante ;
pues hijo de Mavorte y de Belona,

Cada vez en la empresa más pujante,
fué siempre vencedor y no vencido :
como Jacob de su señor delante,

Que en el orbe romano conocido,
no en arinas superior, pero en combates
de Annibal parangón ; y en lo temido,

Incansable y tenaz, de Mitridates,
ví en sombras, no en las almas del concilio,
de Apolo ó de Minerva altos magnates.

A Homero junto á Rómulo y Virgilio,
á Píndaro, Aristóteles, Ulpiano,
Demóstenes, Platón, Numa, Pompilio,

Lucrecio, Mario, Tulio, Quintiliano,
Horacio, Tito Livio, y de la historia
al gran Tácito, padre y soberano.

De Licurgo y Solon, el Dios de gloria,
permite que las sombras anunciadas
en honor y homenaje á su memoria,

Recorran estas órbitas sagradas,
y junto á las de Sócrates y Naso,
y de otros por gentiles emplazadas,

Libre obtenían del Edén el paso.
A todos no verás, porque sería
Imposible nombrarlos de repaso.

Además la moderna gerarquía
del nuestro y del antiguo Continente,
que fueron, y serán, y son, hoy día,

De nuestra cara patria excelsa gente,
aunque hablaré también de otros mayores,
exigen la atención primeramente.

En tanto de los ramos, los mejores
que estaban en la huerta decorada,
gozando de inmortales los honores,

Ví de auréolas brillantes circundada
y entre vírgenes santas, á Teresa,
de su amado Jesús enamorada.

Ví á Susana, triunfante, en su entereza
de aquellos dos impúdicos ancianos
que mancharon sus canas de impureza,

Con deseos de sátiros villanos :
ví á Lucrecia triunfar de la lujuria
de Sextus, detractor de los romanos.

De la insigne matrona ví en Veturia
el dechado feliz, y otro modelo
del tierno amor filial, que mal é injuria

Perdona por la madre, tiende un velo
de olvido, por la ofensa y contumelia
que su orgullo sufrió del patrio suelo.

Ví á Marta, y Judit, y Biblia, y Clelia,
como hermana mayor en heroísmo,
la insigne Juana de Arc: y ví á Cornelia

Los hijos ofrendando al patriotismo.
Y entre tanto misterio, que renueva
cada vez el poder del cristianismo,

En su antro, gruta, su caverna ó cueva,
alzábase de Lourdes la Patrona,
con Bernarda y la santa Genoveva.

La cristiana perínclita Beloña
que dió al bastardo de Austria allá en Lepanto,
de siempre vivas rosas la corona.

Bajo el extenso y estrellado manto,
á todas solidario, de María,
y bajo el nombre primitivo y santo,

Con inefable rostro de alegría,
al darles de su amor advocaciones,
á todos tiernamente recogía.

Santísimas mujeres y varones,
de nombre, vida y honra veneranda,
por nobles, generosos corazones,

Que fueron en el mundo propaganda
de caridad y amor: porque vivían
con el temor de Dios, en la demanda

De preciadas virtudes que existían,
cual pruebas del espíritu divino,
que al hombre á su grandeza conducían,

Siguiendo del Señor en el camino,
aquí del santo cielo y sus favores
esperaban llegar al gran destino.

Del romano feroz, ví emperadores,
los pocos dignos que en el trono fueron
de llamarse del mundo los señores,

Porque han sido los únicos que dieron
al mundo, de virtud ejemplo raro ;
que de César y Augusto mantuvieron

El nombre con honor, digno y preclaro.
Allí estaban los grandes Antoninos
que lo dieron al siglo, y fué tñ caro.

Y Alejandro Severo, de latinos
irónico mentís : sí ! de Fenicia
vino á Roma aquel sol, en sus destinos

El más brillante ejemplo de justicia,
de virtud, de piedad y mansedumbre,
que tan mal le pagara la malicia

De un pueblo envilecido en la costumbre
del yugo ignominioso, y del maltrato,
y como esclavo infame en servidumbre,

Fué con su noble bienhechor ingrato.
¡ Pero cuál en el mundo el pueblo ha sido
que de esa ingratitud no sea el retrato ?

Pues qué! no ha visto el mundo, escarnecido,
al Salvador del hombre, en el madero,
por siglos de los siglos bendecido.

Y tras de aquel Santísimo Cordero,
¿ no repitió la tierra el cuadro triste
del pueblo en Pertinax, en un Severo,

Y en tántos vergonzosos que ya viste ?
De Colón y Bolívar bastaría
el modelo traer en cuanto existe.

Mas, vamos! adelante! que de guía
te servirá mejor en el gran templo
de nuestra solariega gerarquía,

Ese gentil imponderable ejemplo,
que libre de fanático arrebató,
sin mundanas pasiones hoy contemplo.

Mira, dijo otra vez, después de un rato,
á los que sin el brillo de la cuna,
como Fabio, Marcelo y Cincinato,

En alas de la gloria y la fortuna,
lleva en las suyas la parlera fama,
como á soles encima de la Luna.

Y mira aquellas sombras que proclama
de Palas, de Minerva y de Belona,
la fuerza que á los hombres encarama.

Mira al Dante : su fúnebre corona
se la debe al dolor : su nombre eterno
no sólo este vergel se lo pregona,

Sino también desde el sitial superno,
lo eleva su cantar del purgatorio,
del cielo, de la tierra y del infierno.

El centro del dolor blasfematorio
y el fiero Satanás su cruel monarca,
el numen le inspiraron expiatorio.

¿Quién es aquel espíritu que abarca
del pasado dolor profunda huella ?
Es, me responde, el infeliz Petrarca.

Triste, fatal, desoladora estrella
condújole á sufrir yugo tirano
de mujer insensible, cuanto bella.

Helo allí de su amor ya libre y sano.
En el de Dios, sin fin, vive en olvido
del que fué transitorio por mundano.

Y Laura, por ventura, á dónde ha ido ?
¿Qué te importa saberlo ? me responde.
Si de Laura es el nombre conocido,

Al Petrarca lo debe ; y no se esconde
á nadie que otra digna de más fama
se halla en el mundo sin saberse dónde.

Fortuna, caballero, amor y dama,
eso es de aquella vida en el torneo
con elenco diverso el mismo drama.

La verdad del amor, su honroso arreo,
su ornato, su magnífico atavío,
su triunfo en la victoria y su trofeo,

Están en ese heróico desafío
del alma al Satanás de la pobreza,
que combatió en tu vida el valor mío.

Consuelos inventando á tu tristeza,
y haciendo aparecer en nuestra suerte
de mi heróica paciencia la grandeza.

Es eso el noble amor ; el que se advierte
probado en el terrible purgatorio
de la inmoral pobreza, hasta la muerte.

Allá mira al Ariosto, aquel emporio,
así puedes decir, de fantasía,
de excelsas maravillas repertorio,

En quien la más sublime poesía
el mundo ha de admirar desde el Oriente,
hasta el confín donde termina el día.

Fecundo en invenciones, eminente,
satírico, burlón, serio, festivo,
su sal fué de aticismo sorprendente.

Panales de hiblea miel, néctar nativo
vierte sin treguas su feliz colmena,
volcán siempre en acción de un fuego vivo :

Exhalación, relámpago, que truena,
y tras del nimbo que zumbando gira,
cruel el dolor con que la cuerda suena,

Ya es de Orlando el furor que espanto inspira,
ya el deleite de Angélica y Medoro,
con que inconstante la argentada lira

Pulsa locuaz ; ó al laud sonoro
los dedos aplicando, pasa luego
las cuerdas á batir en arpas de oro ;

Ya el estro ardiente en incesante fuego,
en lágrimas se baña, ó en rocío,
de flébiles plegarias, llanto ó ruego.

Y sigue recorriendo á su albedrío,
damas, armas, amor, hazañas, guerra,
del monte al llano, de la mar al río

Mas para qué seguir ? cuanto en la tierra
de América brilló, de grande y bueno,
y cuanto hoy día de grandeza encierra,
hélo allí, de los grandes en el seno.



CANTO IX

Ante el trono de Dios miré, de hinojos,
entre todos los grandes al primero,
ceñido de laureles y despojos.

De virtud, patriotismo verdadero,
desprendimiento, gloria y los honores,
que adornan al patriota y al guerrero.

El único entre mil libertadores,
en la vida y la muerte tan amado,
que no puso en la envidia sinsabores

De no haberle defectos encontrado,
porque fué su virtud tan bendecida,
que de ella se encontraba siempre armado.

No pudiendo en la muerte, de su vida
calumnia fabricar, ante el modelo
que dejó de república cumplida.

La fama vocinglera, en raudo vuelo
sus glorias cantará de polo á polo,
y todas las grandezas de su suelo,

De la historia serán gran protocolo,
donde su pueblo el pedestal sublime
elevará de la grandeza á él solo.

Será el canto de siglos con que rime
el Homero sus versos : con que Clío
del Olimpo á la cumbre le aproxime.

By George! de tal nombre el poderío
será no sólo de la lira el tema
del Aquiles moderno en atavío,

Con que adorne la tierra su poema,
sinó el que al mundo mostrará invencible,
de Patria y Libertad el sacro emblema !

Nemrod de su Babel inamovible,
desafiara del mundo á los tiranos ;
y en su esfuerzo y tizona audaz, temible,

Harán de todo el orbe americanos
que del Boreas al Austro, prepotentes
serán de Albión é Iberia dos hermanos.

Sus dones lograrán, que entre las gentes
justicia, libertad, leyes y mando,
no sirvan de pretextos á insolentes,

Que incensan los altares al nefando
becerro del soberbio, que no obstante
blasfemia, negación, vive adorando.

Contempla allá en el orbe ese gigante
del mundo de Colón, bello coloso,
que con el *go ahead*, sigue adelante :

Libérrimo, demócrata, brioso,
y sobre todo pueblo de la tierra,
el más rico, feliz y poderoso.

En plena libertad él sólo encierra
del resto del Planeta la fortuna,
tan dispuesto á la paz como á la guerra.

Pues ya desde el columpio de la cuna,
con las alas del ángel voló al templo
del alma libertad, donde ninguna,

Mejera del hogar le dió el ejemplo,
de la ambición sin freno y despotismo,
que allá en la patria con dolor contemplo.

Por qué? porque el Creador de su civismo,
dió á la patria al nacer esa doctrina,
que le inspiró la fé de su bautismo.

No el soez demagogo le encamina,
ni recibe del cruento sicofanta,
ó esbirro delator, su disciplina.

Al coloso del Norte no quebranta,
del falso liberal mentida escuela,
ni el nombre, talismán que odioso espanta,

U.C. BERKELEY LIBRARIES



C038925674

